

Núm. Extra. dedicado a la  
muerte de José Díaz, secretario  
General del P.C.E. fallecido  
en la URSS, el día  
20 - Marzo - 1942

Año III Núm. Extraordinario  
Julio 1942

México D.F.



# EN MEMORIA DE JOSÉ DÍAZ

Firmado por Dolores Ibarruri, Jesús Hernández, Juan Modesto Guilloto, Enrique Lister, Antonio Cerdán, Manuel Tagüena, Francisco Antón, Enrique Castro, José Antonio Uribe, Rafael Vidiella, Doctor Planelles, Segis Alvarez, Dimitrov, Manuilski, Pieck, Marty, Ercoli, Varga, Koplenig, Rakosi, Pauker, Ulbricht, Gotwald, Friedrich, Furnberg; Kopetzki, Weinberger, Koehler, Bruno y Blagoieva, recibimos el siguiente documento:

Ha muerto José Díaz, jefe de la clase obrera de España, alma de la heroica lucha del pueblo español contra la banda traidora de Franco; el defensor abnegado de la libertad e independencia de España contra la intervención Italo-alemana. Esta noticia producirá profundo dolor en el pueblo español, y entre las masas trabajadoras de todos los países. En la persona de José Díaz, pierde el pueblo español el hombre político más grande de España, el organizador del Frente Popular Español contra el fascismo y la guerra, inspirador de la unidad de la clase obrera y de la unidad nacional del pueblo español.

Surgido de las masas populares, ligado por toda su existencia a los trabajadores de Andalucía, estuvo hasta el último suspiro al servicio de su clase y su pueblo. José Díaz nació en 1896 en Sevilla, de familia de un obrero panadero. Desde los 12 años en que comenzó a trabajar como aprendiz de panadero, atravesó una severa escuela de su vida. Desde muy joven participó activamente en el movimiento obrero. Teniendo aún 18 años, era ya un dirigente de Sindicato de Panaderos y varios años después era dirigente del Movimiento Sindical en Sevilla. José Díaz, forjó entre detenciones y cárceles su fé



inquebrantable en la fuerza de la clase obrera de España, convirtiendo ésta en un hecho, dirigiendo huelgas y manifestaciones obreras que adquirían de año en año formas más tempestuosas. José Díaz, estuvo más de una vez expuesto a caer bajo las balas de sus enemigos. Más de una vez rechazó con un arma en la mano la acometida de la reacción española contra los obreros. Su valor personal le granjeó una enorme popularidad entre los trabajadores. Pero éste valor no era solamente una manifestación espontánea de su firme carácter, sino que se había forjado y fortalecido mediante la asimilación del marxismo-leninismo, mediante el estudio de las obras de Stalin, cuyo discípulo fiel fué hasta el final de su vida.

Su ingreso en el Partido Comunista no fué un ingreso individual. Trajo consigo a las filas del Partido Comunista a las mejores capas de los obreros sevillanos. Llegó al Partido en el momento en que la reacción española asestaba al joven movimiento comunista los golpes más duros, cuando los comunistas eran cazados y asesinados. Durante la sangrienta dictadura de Primo de Rivera, tomó a su cargo la misión de restaurar la organización del Partido destruída. Y supo cumplir magníficamente ésta misión. En 1932, después de la revolución española, fué elegido miembro del Comité Central del Partido Comunista de España de su Buró Político y Secretario General del Partido. En este puesto se desarrollaron brillantemente las cualidades de José Díaz. Bajo su dirección creció el Partido Comunista de año en año, de mes en mes, y de pequeña organización que era, se convirtió en 1936 en uno de los partidos más influyentes, un gran factor en la vida política española.

José Díaz presentía el peligro que se aproximaba cuando la reacción levantaba la cabeza, presentía las maquinaciones tejidas en Berlín y Roma contra su pueblo, comprendía que la lucha del pueblo español contra sus enemigos jurados era inevitable, y empezó a forjar con insistencia de hierro el Frente Unico Popular, que se convirtió en temible fuerza, y que supo durante tres años sostener una guerra de liberación no sólo contra la reacción fascista española, sino también contra el enemigo cobarde, el fascismo alemán que ensangrentó a Europa y a otros continentes.

José Díaz, encarna y simboliza el papel jugado por el pueblo español en la guerra de 1936-39, que es la página más brillante de su historia. El pueblo español no sólo se defendió a sí mismo en esta guerra, sino que con su pecho defendió contra la agresión rapaz de Hitler a otros pueblos de Europa y de otros continentes; a la Francia que le traicionó, a la Francia de los capituladores que seguían la política del avestruz, ocultando la cabeza ante el peligro.

En el fuego de la guerra de 1936-39 José Díaz inculcaba insistentemente a su pueblo la idea de que España defendía, como decía el camarada Stalin "no solamente la causa privada de los españoles, sino la causa común de toda la humanidad avanzada y progresiva". Sabía que la infame camarilla de Franco, que trajo las bayonetas extranjeras para aplastar al pueblo español, era el peor enemigo de la nación española, y que ésta nación era representada ante todo por la clase obrera, la clase más progresiva de la sociedad, cuyos intereses son inseparables de los intereses de todo el pueblo.

Para José Díaz, el proletariado era la fuerza motriz, de todas las energías nacionales que se agrupaban contra los estranguladores de la libertad y la independencia de España. Y ésta profunda comprensión de la coordinación de factores de clase y nacionales, la aplicaba él en la política del Partido Comunista en el transcurso de toda la guerra española.

De este modo José Díaz se convirtió en el dirigente político más grande en escala nacional, cuyo nombre puede ser equiparado a los de los mejores hombres de las guerras de liberación nacional.



¡Cuán minúsculos e insignificantes parecen, comparados con él, todos esos "personajes de un día", promovidos por la ola potente del movimiento nacional a la superficie, y que traicionaron al pueblo pasándose al campo de la reacción en difíciles momentos de lucha!

José Díaz, junto con la Vanguardia de la clase obrera, exigió limpiar la España Republicana de la quinta columna que después minó desde dentro al Frente Popular.

José Díaz, exigía la subordinación de intereses egoistas de camarillas políticas a la causa sagrada de la defensa del país; exigía la transformación de las milicias en el Ejército auténticamente popular, la implantación de una disciplina de hierro, la construcción de fortificaciones, la creación de reservas militares y de una industria de guerra propia; y lo esencial, exigía la unidad de la clase obrera, la unidad del pueblo español frente al enemigo maldito.

La historia demostró que José Díaz tenía razón. Cobarde y grave enfermedad obligó a nuestro inolvidable camarada Díaz guardar cama largo tiempo. Durante los últimos dos años no pudo participar en la gran lucha, contra el odioso fascismo cosa que era para él un gran sufrimiento. Pero pese a la grave enfermedad, José Díaz estuvo ligado hasta el último momento de su magnífica vida a la lucha del pueblo español. Su corazón se le llenaba de júbilo por las heroicas hazañas del invencible Ejército Rojo. Dedicó sus últimos pensamientos y sentimientos a las victorias del Ejército Rojo y del gran pueblo soviético sobre las hordas germano-fascistas. Estaba profundamente convencido de que estas victorias facilitan también la lucha del pueblo español contra quienes quieren arrastrar a España a la guerra al lado de Hitler, y garantizan el éxito de la lucha por la libertad e independencia del propio pueblo español.

Hoy el pueblo español se inclina ante la memoria de su fiel amigo y primer soldado. Llegará el día en que el pueblo español traslade amorosamente sus cenizas para colocarlas en un monumento erigido en el corazón de Madrid, cuya defensa heroica, está indisolublemente ligada al nombre de José Díaz. Todos los amigos de la libertad e independencia de los pueblos se inclinan con veneración ante la clara memoria del que luchó por liberarles de la barbarie fascista. ¡Gloria eterna a José Díaz!





## EDITORIAL

# ANTE LA MUERTE DE JOSE DIAZ

El pueblo de España está de luto; ha muerto su hombre político más grande, el que más ha hecho por su progreso, independencia y libertad, en este período de la historia contemporánea: José Díaz.

Esta dolorosa noticia habrá dejado una huella de dolor profundo en los obreros, en los campesinos, en los intelectuales y las gentes del pueblo, en los cientos de miles de prisioneros que Franco tortura y asesina en sus sombrías prisiones. Todos cifraban su confianza y su fe en este gran Jefe, en este gran luchador que supo guiar con certero instinto y clara inteligencia al pueblo español, por la senda de la liberación y del progreso.

Ha habido en España muchos "grandes hombres" de un día, figuras de relumbrón que pasan por la historia de un pueblo como meteoros sin dejar rastro, y sólo son recordados con desprecio, cuando no olvidados. Pero hombres de la categoría de José Díaz que alcanzan a ser verdaderos guías del pueblo, y quedan en la historia como grandes patriotas y como creadores revolucionarios, hay pocos.

José Díaz pasará a la historia como un gran Jefe popular, un gran propulsor del progreso histórico de la nación española, que con su obra echó las bases para la destrucción de las trabas tradicionales para la libertad, la independencia y la grandeza de nuestro pueblo.

Para comprender las razones por las que José Díaz llegó a ser el más grande hombre político de España, el Jefe amado por todo un pueblo, hay que tener en cuenta ciertos rasgos característicos de su personalidad y de su obra.

En primer término, su origen proletario. José Díaz surgió de lo más profundo de las entrañas del pueblo. Era carne de la carne del pueblo. Nació y comenzó su vida de lucha en Andalucía, una de las regiones españolas donde más agudo es el contraste entre la España reaccionaria, feudal, fascista, y la España del pueblo, de los obreros y los campesinos, la verdadera España. Abrió los ojos a la lucha de clases en esa región y aprendió a odiar a la Andalucía de los terratenientes feudales, de los señoritos chulos fascistas, de la Guardia Civil, de la ley de fugas y los apaleamientos; donde unos cuantos señores son dueños de toda la tierra y la riqueza, mientras miles de obreros y campesinos hambrientos permanecen como esclavos, trabajando de sol a sol, por un salario de miseria. Pero esta imagen tenía su reverso: La Andalucía de las grandes revueltas campesinas, de las luchas proletarias; la Andalucía rebelde y popular, ansiosa de romper las cadenas de la reacción burguesa y terrateniente; la Andalucía verdadera, que algún día —muy pronto— prevalecerá.

José Díaz creció en este ambiente de lucha, trabajando como obrero panadero, desde que era un niño, para poder ayudar a sus padres, también obreros. Robando las horas al descanso, ya de por sí escaso, estudiaba tratando de adquirir los conocimientos que le negaba una sociedad cruel e



injustamente organizada. Era aún un chiquillo, cuando entró en el Sindicato; pero se imponía por su inteligencia, por su espíritu de compañerismo y su solidaridad de clase, por su enorme heroísmo y resolución en la hora de la lucha. Los obreros más viejos le respetaban; muchos de los que le conocieron recuerdan el heroísmo, el valor y la abnegación de aquellos primeros años de lucha; recuerdan el ejemplo de José Díaz en las huelgas, en las manifestaciones; en las luchas armadas contra las fuerzas represivas de la reacción, cuando su intrepidez y arrojo daba el ejemplo a todos. A los dieciocho años era ya un magnífico dirigente obrero del Sindicato de Panaderos de Sevilla.

Los obreros decían después, cuando le vieron ir elevándose hasta colocarse a la cabeza de todo nuestro pueblo: "Ese es de los nuestros; es como nosotros mismos somos".

La lucha contra la reacción capitalista y terrateniente, contra el fascismo, fué la escuela donde se forjó la recia personalidad de José Díaz. Bajo el fuego de la prisión y de las torturas, se templó como un luchador indomable, como un revolucionario proletario. De las largas temporadas de prisión, salía más decidido y más resuelto que nunca a seguir luchando.

Su experiencia de las luchas sindicales revolucionarias le mostró que no bastaban las luchas económicas ni la acción directa para derrotar a los explotadores de la clase obrera y del pueblo; que era necesaria la acción política revolucionaria del proletariado. Comenzó a leer a Lenin y a Stalin, a Marx y a Engels; se transformó en un comunista y pidió su ingreso en el Partido atrayendo consigo un grupo numeroso de los mejores luchadores del movimiento obrero sindical de Andalucía.

Aleccionado por la teoría del marxismo-leninismo-stalinismo y por su propia experiencia en la Andalucía de las grandes luchas campesinas y de la reacción feudal y fascista, José Díaz llegó a ver con toda claridad que el primer paso que tenía que dar la revolución española, era destruir el poder de los grandes terratenientes semi-feudales, de los grandes financieros, y de los altos jerarcas de la Iglesia, es decir, llevar a cabo la revolución democrático-burguesa.

"La lucha hoy —decía José Díaz— está entablada a fondo entre la democracia, en el terreno económico y político, de un lado, y de otro las castas semi-feudales, los privilegios de la Iglesia, las oligarquías financieras, la reacción y el fascismo, con su secuela de hambre y de miseria, de terror y de guerra. Sin despejar el camino de estas fuerzas negras del pasado, sin liquidar su base económica y social no podremos organizar las luchas ulteriores, encaminadas a la emancipación total de los oprimidos".

Al mismo tiempo José Díaz comprendía que la Revolución democrática sólo podía llevarse a cabo, si el proletariado la dirigía, "...hay que hacer comprender a nuestros aliados que sólo bajo la dirección del proletariado, fuerza consecuente e íntegramente revolucionaria, es como se marchará por la senda del triunfo sobre la reacción".

Surgido de las entrañas de la clase obrera, José Díaz sabía que sólo ésta, era capaz de dirigir a todo el pueblo por la senda de la libertad; tenía una fe sin límites en la capacidad y en los grandiosos destinos históricos de su clase; se sentía tan fundido con ella, que su gesto y su palabra, sus más pequeños modales, recordaban al hombre que vivía, sentía y pensaba como la clase obrera.

En 1936, cuando la reacción española de acuerdo con el fascismo internacional preparaba su levantamiento armado y las gentes claudicantes y



cobardes de siempre se echaban las manos a la cabeza con desesperación. José Díaz proclamaba su fe y su confianza en la clase obrera:

"Unas palabras en lo que se refiere a los pesimistas, que no ven salida a la situación, que consideran que vamos cada día hacia el fascismo; hay que decirles que no hay que ser tan pesimistas, pues si ellos lo son es porque no tienen fe en el proletariado; cuando hemos creado las condiciones actuales en un momento tan difícil como fué el que siguió a octubre y el proletariado derrumbó al Gobierno del Bienio negro, no hay que sentirse pesimistas. Tened confianza en el proletariado, porque por muy confusa que esté la situación, el proletariado será el que dirá la última palabra en beneficio de su clase y de todo el pueblo".

Su origen proletario, su ligazón con nuestra clase y su confianza y su fe en ella, este es uno de los rasgos más preciosos de la personalidad de José Díaz. En él se reflejaba el carácter de los trabajadores, de las gentes del pueblo; había nacido y aprendido entre ellos y hecho entrega de su vida a la causa de ellos.

En la historia del movimiento obrero de España y desde luego en la del movimiento obrero internacional, ha habido más de un "gran hombre político" al lado de las filas de la clase obrera. Pero aun salidos de las filas proletarias, llegaban a ser "grandes hombres políticos" de la burguesía. Fueron hombres que se elevaron alejándose de los obreros y poniéndose al servicio de sus opresores, traicionando a su clase. Hombres así serán recordados siempre con desprecio y con odio por los pueblos.

José Díaz, por el contrario, se elevó con su clase. Llegó a ser el Jefe más esclarecido del pueblo español, porque supo elevar a su clase también a la categoría de Jefe, de clase dirigente del pueblo en la gran lucha por la libertad y la independencia de España. Esto fué el resultado del esfuerzo grandioso realizado principalmente por José Díaz durante años de dura lucha.

Cuando José Díaz ingresó en el Partido Comunista, éste poseía una influencia muy limitada entre las masas trabajadoras. La política sectaria, oportunista, criminal, encabezada por el grupo Bullejos desde la dirección del Partido, impedía a éste ligarse con las masas, organizarlas y dirigirlas justamente, jugar el papel de Partido de vanguardia de la Revolución. La clase obrera se hallaba profundamente dividida en dos grandes corrientes, una bajo la influencia reformista y otra bajo la de los anarquistas. La clase obrera española era profundamente combativa y revolucionaria. En un largo período revolucionario se lanzó a grandes y gloriosos combates. Pero no conseguía asestar el golpe de muerte a la contrarrevolución; cuando parecía vencida, ésta resurgía cada vez más vigorosa y agresiva. Tal sucedió con la República del 14 de abril de 1931. A los tres años de haberse proclamado, fruto de grandes luchas obreras y populares, la reacción y el fascismo consiguieron reconquistar el poder. Si la clase obrera hubiera estado unida en ese período, y dirigida por un Partido revolucionario consecuente, por un Partido leninista-stalinista, el curso de la revolución democrática en España hubiera sido muy otro y la República hubiera aplastado para siempre a la reacción española, evitando al pueblo ríos de sangre y sufrimientos. Pero los dirigentes republicanos y socialistas no fueron capaces de ir hasta el fin; respetaron la base económica y social de la reacción, mantuvieron en pie el viejo ejército de casta, el aparato del Estado monárquico semifeudal, la Guardia Civil; reprimieron sangrientamente a los campesinos que pedían la tierra, en una palabra, malograron la victoria del pueblo.

Comprendiendo esta situación, José Díaz se propuso dedicar sus ener-



gías para dotar a la clase obrera de un Partido leninista-stalinista, de un Partido capaz de hacer fructificar tanto heroísmo, tanto espíritu revolucionario, como se albergaba en el corazón de los proletarios españoles. Este gran Jefe vivía con la preocupación de que no volviera a repetirse la experiencia del 14 de abril; de que la clase obrera y el pueblo no volvieran a dejar arrebatarse el triunfo que tanta sangre les costaba, en ninguna otra ocasión.

Empezó por luchar dentro del Partido hasta desalojar al grupo enemigo de Bullejos y su nefasta política; inmediatamente el Partido Comunista orientado por una justa línea política, comenzó a crecer, aumentó su ligazón con las masas, su autoridad entre éstas, comenzó a jugar el papel que le correspondía.

Bajo la dirección de José Díaz, nuestro Partido orientó a las masas trabajadoras por la senda del Frente Unico. A pesar de que las Alianzas Obreras, que comenzaron a crearse antes de octubre, tenían un contenido estrecho y sectario y permanecían aisladas de las grandes masas campesinas y de la pequeña burguesía urbana, el Partido decidió su ingreso en ellas para tratar desde dentro de ampliarlas y de darles un contenido más unitario y justo. Ya antes de octubre la unidad de la clase obrera comenzó a hacer extraordinarios progresos. Gracias a la bien orientada actividad de nuestro Partido, bajo la dirección de Pepe, la idea del Frente Unico prendió y se extendió como el fuego, entre los obreros de todas las tendencias, y se convirtió en el norte, en la aspiración de las grandes masas del pueblo trabajador. "Organizar el Frente Unico, de lucha —decía José Díaz— en forma permanente y con carácter nacional para dar la batalla a la contrarrevolución: ¡Tal es anhelo de las masas trabajadoras!"

Al mismo tiempo, gracias a la actividad del Partido Comunista dirigido por José Díaz, la conciencia revolucionaria de clase del proletariado se desarrollaba rápidamente; los problemas de la revolución aparecían más claros cada vez ante las masas. Y miles de obreros volvían los ojos a nuestro Partido Comunista, convencidos de que de él venía la palabra justa. José Díaz insistía: "...el problema cardinal para asegurar el triunfo de la Revolución, lo constituye la organización y la unificación de las fuerzas de la Revolución bajo una dirección firme y consciente de sus objetivos".

En el curso de la lucha comenzaron a surgir órganos de unidad en numerosos lugares. En el período posterior a octubre se llegó a la fusión de la UGT con la CGTU, y con una serie de Sindicatos Autónomos. Más tarde las juventudes comunistas y socialistas pasaron de la unidad de acción a fundirse en una sola organización, la JSU.

Se estableció la unidad de acción entre nuestro Partido y el Partido Socialista.

Más tarde, en el curso de la guerra de liberación nacional de nuestro pueblo se llegó a la unidad de acción entre la UGT y la CNT.

Pero la unidad de la clase obrera y de las masas trabajadoras no significaba sólo una poderosa suma de fuerzas, la creación de un gran Ejército de lucha; significaba también la elevación de la madurez política de las masas. "...esta unión —decía José Díaz— no puede ser un conglomerado sin principios, sin programa y nosotros decimos que la unión requiere formas de organización y un programa común de lucha".

La política leninista-stalinista de nuestro Partido iba prendiendo en la clase obrera, que, en medio de este proceso de su propia unificación, se estaba situando en condiciones de dirigir al conjunto de las fuerzas populares a la lucha contra la reacción semifeudal, fascista. En el curso de su



propia unidad, la clase obrera selló su alianza con los campesinos, la pequeña burguesía urbana y la burguesía liberal. Se puso en movimiento el gran Frente Popular, que en las elecciones del 16 de febrero de 1936, infirió una notable derrota a la reacción y la desalojó del Poder, liberando a miles de presos, poniendo fin al terror fascista y devolviendo las libertades al pueblo.

Paralelamente se iba desarrollando el Partido, como el dirigente, adquiriendo una gran autoridad entre las masas y todos los elementos verdaderamente democráticos. La personalidad de José Díaz, cuya gran visión había conducido el pueblo a aquel resultado, fué reconocida por las masas y por los dirigentes del movimiento popular. Nuestro guía entrañable se elevaba, a medida que se elevaba la unidad, la conciencia, y el papel político de su propia clase y ésta se convertía en el dirigente de la política del pueblo español en la lucha contra las trabas reaccionarias y fascistas.

Por este camino, la clase obrera y el pueblo alcanzaron grandes triunfos como el del 16 de febrero, y también la gran victoria sobre la sublevación fascista en las poblaciones más importantes del país, el 18 de julio de 1936; la resistencia gloriosa de cerca de tres años contra las tropas invasoras italoalemanas y el Ejército franquista, superiores en número, técnica y armamento, por el Ejército popular, organizado de la nada en el fuego mismo de la lucha. Batallas históricas y victoriosas como las de la defensa de Madrid, Levante y el Ebro.

Es cierto que a pesar de todo, el pueblo español no llegó a alcanzar la victoria definitiva sobre sus enemigos. La razón principal de esto, hay que buscarla en el hecho de que el pueblo español desarrolló su lucha en las circunstancias internacionales más desfavorables, cuando el fascismo desencadenaba su guerra de agresión y conquista mundial poniendo la planta sobre los países más débiles y enviaba a España grandes fuerzas para ayudar a los sublevados, cuando la política de capitulación y entrega que realizaban los dirigentes de Inglaterra y Francia hacia Hitler, bloqueaba prácticamente a la República, impidiéndola incluso, adquirir los medios para defenderse mientras los fascistas adquirían armas en abrumadora superioridad, cuando sólo contábamos con la valiosa ayuda de la Unión Soviética, de México y otros pueblos, desde cuyas fronteras la ayuda tenía que burlar el bloqueo nazi y el de la "no intervención" anglofrancesa. A todo esto se unió la traición interior que culminó en el golpe infame casadista.

Si la lucha hubiera estado planteada solamente entre el pueblo español y la reacción fascista de nuestro país, ésta hubiera sido rápida y fulminantemente aplastada por el pueblo unido en armas. A pesar de haber conservado en sus manos la organización militar y el armamento, la reacción española era mucho más débil que el pueblo unido en el Frente Unico y el Frente Popular, y sin la intervención extranjera sus días hubieran sido contados.

Cuando los gobernantes muniquenses de Inglaterra y Francia llevaban a sus propios países al abismo en el año 1936, José Díaz advertía ya con genial visión: "La lucha que se desarrolla en España es una parte del combate mundial entre la democracia y el fascismo que quiere destruirla". "La política reaccionaria de Inglaterra no evita sino que acelere la preparación de una guerra en la que los bandidos fascistas se lanzarán a la destrucción de las libertades de todas las naciones europeas".

Aún con todo, el pueblo español hubiera podido vencer a tan poderosa coalición de enemigos, prolongándose la resistencia, si los consejos de José Díaz, hubieran sido escuchados por los dirigentes de todas las organizacio-



nes. Esto no fué así, si bien la clase obrera hizo progresos extraordinarios en el camino de su unidad y del desarrollo de su conciencia, no fué posible llegar a la creación del Partido Unico del Proletariado, a una sola Central Sindical, a la creación de una Unión Nacional mucho más amplia que nuestro dirigente y maestro reclamaba.

"Condición esencialísima para poder triunfar sobre el fascismo, para el triunfo decisivo del pueblo sobre la reacción —decía Díaz— sobre los grandes terratenientes y el gran capital, es el logro de la unidad política de la clase obrera".

"La creación del Partido Unico del Proletariado no significará la supresión o absorción de los demás partidos, sino la creación de una fuerza de orden, de disciplina consciente, y de apyo al Gobierno y a las reivindicaciones de las masas; será el cimiento del Frente Popular, porque aportará a la Unión de todas las fuerzas antifascistas en el Frente Popular, la fuerza de la unidad política del proletariado.

"Sobre la base del Partido Unico, el Frente Popular podrá desarrollarse cada vez más, trayendo a las organizaciones antifascistas a los millares de trabajadores que aún no están en ellas..."

En otra ocasión Díaz proclamaba, refiriéndose al movimiento sindical: "...nuestra mayor aspiración es que la CNT y la UGT refuercen su unidad de acción y se llegue lo antes posible a la creación de una sola central sindical en España. Esta es nuestra política sindical; en esta dirección trabajamos. Entendemos que constituye una necesidad este hecho histórico de de la unidad política del proletariado".

Desgraciadamente estos consejos de José Díaz no fueron escuchados por todos a pesar de que reflejaban el estado de espíritu y las aspiraciones de las grandes masas trabajadoras. La influencia de los elementos que trabajaban para la capitulación en el extranjero y en el país sobre ciertos dirigentes lo impidió.

Pero la clase obrera pudo ver que los comunistas y su gran Jefe a la cabeza, eran los que ajustaban todas sus consignas, toda su actividad práctica y política al logro de los fines fundamentales que convenían al pueblo. Y a pesar de que éstos no se lograron totalmente, los progresos del proletariado fueron extraordinarios. La clase obrera se transformó en la clase dirigente del pueblo y en la abanderada de la lucha por la independencia nacional, frente a la reacción fascista traidora y entreguista. Esta había acusado por años a los comunistas de no ser patriotas, de ser un Partido extranjero. José Díaz desenmascaró el falso patriotismo de la reacción y la puso al desnudo como la Anti España, la heredera de las tradiciones criminales de la Inquisición; la que abrió las puertas a la invasión napoleónica; la que llevó al fuego a los mejores hombres de España; la que ahogó en sangre el progreso y la libertad de nuestro país; la que entregó por último, el territorio nacional a los invasores hitlerianos.

José Díaz llamó a los obreros y a todo el pueblo a la defensa de España contra sus enemigos de dentro y fuera; inculcó en los trabajadores un profundo y sincero patriotismo, y les señaló la tarea de encabezar la lucha por construir una España verdaderamente grande, libre y culta donde el pueblo pudiese vivir feliz.

Hasta el mismo momento de su muerte José Díaz estuvo preocupado por la idea de activar y organizar la lucha contra los opresores hitlerianos para acelerar la derrota de éstos y el triunfo de la Unión Soviética y sus aliados y con él la liberación de España; José Díaz no admitía en este sentido la pasividad; consideraba ésta como un verdadero crimen cuando algo tan grande





se halla en juego. El veía en la política de Unión Nacional el arma poderosa capaz de impulsar la lucha del pueblo español contra sus opresores y sus verdugos.

La historia de la elevación de la personalidad de José Díaz a la categoría de un gran Jefe nacional, de un Jefe de todo el pueblo español, es la historia de la unidad y del ascenso de la clase obrera española al rango de clase dirigente del pueblo en la lucha por la libertad, por la independencia y el progreso, es la historia de la construcción de un gran Partido Comunista, vanguardia aguerrida leninista-stalinista del proletariado y de las masas trabajadoras. He aquí cómo José Díaz llegó a ser el más grande hombre político de España, sin separarse de su clase, sino cada vez más fundido con ella y su Partido. Ésta es la obra grandiosa de José Díaz que superó un período largo, de profunda excisión de la clase obrera, de retraso de su conciencia revolucionaria de dirección inepta y vacilante, y que colocó a la clase obrera en condiciones de hacer frente a su misión histórica en la sociedad. Es cierto que aún habrá que realizar muchos esfuerzos para coronar esta obra. Pero los primeros y más difíciles pasos fueron dados bajo la dirección de José Díaz. Es por esto que su nombre quedará gravado con letras de fuego y permanecerá en la memoria de las generaciones venideras, porque su obra, lo que él forjó con su cerebro poderoso y su energía indomable de revolucionario proletario, de stalinista, queda en pie. Porque el genio creador revolucionario de José Díaz no muere con él: Ha quedado en el Partido que construyó y en la conciencia de sus fines que supo inculcar a la clase obrera. El genio creador, la firmeza revolucionaria, el heroísmo, la abnegación, la fidelidad a Stalin y a la gran Internacional Comunista, viven en cada uno de los miembros de nuestro Partido: En el comunista que organiza la lucha ilegal desafiando el terror en cualquier punto de España, está Pepe. Está también, en el que cae ante el pelotón gritando su fe inextinguible en el comunismo y en la causa de la libertad y la independencia de España. En el que lucha en las guerrillas hostigando a los verdugos y a los opresores extranjeros. En el que sufre la esclavitud en las prisiones franquistas sin que su temple se quiebre. En el que trabaja como un forzado en los campos de Francia, o en el Sahara o en la Alemania nazi, aguardando la hora próxima de la libertad.

José Díaz vive en el corazón del pueblo como viven los grandes luchadores, los hombres que saben empujar hacia adelante, hacia la libertad y el progreso la rueda de la Historia.





# DOLORES IBARRURI

## EL MANDATO DE JOSE DIAZ

José Díaz ha muerto. ¡Es penoso decíroslo, camaradas, pero aún es más penoso vivirlo! El amigo de todo corazón, el jefe querido, el camarada entrañable, nos dejó para siempre. ¡El Secretario General del Partido Comunista de España, José Díaz, ha muerto! ¡Negros crespones cubren las banderas de España! Nuestra patria sojuzgada pierde a uno de sus mejores hijos. Porque la muerte de José Díaz no es sólo una pérdida irreparable para el Partido Comunista de España; es luto y duelo para todo el pueblo español que, en José Díaz, tuvo su más abnegado defensor. No murió solamente el máximo dirigente del Partido Comunista, murió el luchador de la causa antifascista, murió el corazón que alentó la heroica resistencia de España frente a las fuerzas invasoras italogermanas; murió uno de los principales impulsores del ejército popular. Murió un hombre de férrea voluntad que, en momentos críticos, supo movilizar en veinticuatro horas al pueblo de Madrid, supo inflamar confianza en sus propias fuerzas en la victoria y lanzarle al frente haciendo inmortal defensa de la ciudad amada. Cuando la triste noticia de la muerte de este hijo del pueblo, tan grande en su modestia, llegue a ese presidio que se llama España, nuestro pueblo, que, en dura lucha, aprendió a conocer el temple de los hombres, inclinará la cabeza con dolor. José Díaz no estará a su lado cuando España sea reconquistada. No escuchará sus ardientes palabras henchidas de emoción celebrando la victoria. No podrá ser el acusador implacable de los traidores y verdugos de su pueblo.

José Díaz fué un obrero, hijo modesto del pueblo; él hizo honor con su vida y sus obras a su clase y a su patria. A los dieciocho años, José Díaz ya era dirigente de la organización de panaderos "La Aurora", de Sevilla. Por difíciles que fueran las circunstancias en que se hallase, no perdía su alegre confianza y siempre su ejemplo servía para infundir nuevos ánimos a los compañeros más tímidos. Durante el período de la Dictadura de Primo Rivera, José Díaz actuó contra el régimen dictatorial infatigablemente. Fué detenido y maltratado con dureza, tal y como el tristemente célebre Arlegui sabía hacerlo con los trabajadores detenidos, pero ni las torturas ni la cárcel, abatieron la confianza del joven obrero que llegó a ser Secretario del Partido Comunista de España y una figura nacional de relieve. Su vida activa de lucha le llevó, paso a paso, a la dirección del Partido Comunista. Es en momentos difíciles cuando la reacción lo perseguía con dureza. José Díaz dió vida a las disueltas organizaciones del partido, y en 1932, después del Congreso de Sevilla, fué elegido Secretario General del Partido Comunista.

José Díaz, honradamente preocupado por la situación del proletariado español, desde su puesto de Secretario del Partido Comunista, dedicó sus mejores esfuerzos a laborar por la realización de la unidad del proletariado, en la que veía la mejor arma de los trabajadores en su lucha contra el fascismo. Pero José Díaz, no era dirigente político de miras estrechas. José Díaz comprendía la necesidad no sólo de la unidad del proletariado en su lucha



cada día más aguda contra reacción fascista, o fascistizante, sino la unidad del proletariado y las fuerzas democráticas para la lucha contra el enemigo común: el fascismo.

José Díaz fué el alma de la unificación de las fuerzas democráticas bajo las banderas del Frente Popular. A su tenacidad puede decirse que se debió la formación del Frente Popular; durante la gestación de esta potente arma de lucha contra el fascismo, surgían diferencias y dificultades que gracias a la firmeza de José Díaz podían ser vencidas; y cuando algunos consideraban la existencia de insuperables dificultades, gracias a la firmeza de José Díaz podían ser vencidas; él nos enseñaba cómo podían vencerse aquellas dificultades teniendo siempre puesta la vista en el fin que se quería conseguir, dando de lado lo accesorio y circunstancial.

José Díaz en el Parlamento y en los mítines, despertaba constantemente la atención de las masas sobre el peligro del fascismo, y señalaba el camino de la lucha implacable contra este enemigo de la libertad de los pueblos. Pero donde más se puso a prueba su capacidad como dirigente político fué en el desarrollo de nuestra guerra de liberación. Y ello no era extraño. José Díaz era carne y sangre de nuestro pueblo heroico, que se levantaba para defender no sólo su libertad e independencia, sino las de todos los pueblos amenazados por los bárbaros que, después de arruinar a España, ensangrentaron Europa. Desde los primeros momentos de la insurrección fascista, José Díaz demostró a las masas que no se trataba de una de tantas guerras civiles, sino de una guerra de liberación nacional contra la agresión italo-germana, que se sirve de sus agentes falangistas para esclavizar a España, y por ello se imponía no sólo el mantenimiento de la unidad de las fuerzas antifascistas, sino de todos los españoles patriotas que amaban la independencia de su patria. José Díaz exponía incansablemente ante el Gobierno las medidas pertinentes para encauzar y desarrollar la lucha con posibilidades de victoria: Creación del ejército regular, organización de la industria de guerra, movilización de todos los recursos del país para la guerra.

Desgraciadamente, sus consejos no siempre fueron aplicados a tiempo. El pueblo, que sentía la política del Partido Comunista y de su hombre más representativo, amaba a José Díaz y tenía en él absoluta confianza. El nombre de José Díaz va unido de una manera imperecedera a la defensa de Madrid. Rompiendo las maniobras de capitulación y de abandono de la capital de traidores y de quienes no creían posible detener el avance del enemigo, José Díaz, al frente del Partido Comunista, puso en pie a toda la población madrileña, y se realizó primero lo que se llamó el milagro de la defensa de Madrid y después la resistencia de todo el pueblo durante cerca de tres años, a las fuerzas coaligadas del fascismo nacional e internacional.

La traición y la obra del quintacolumnismo, tantas veces denunciados por José Díaz, pudieron quebrantar esa resistencia heroica y transformar España en un inmenso campo de concentración.

Los acontecimientos que se desarrollaron después de la derrota de España republicana, pusieron de manifiesto el gran sentido político de José Díaz, cuando repetía un día y otro día que la derrota de España no era un hecho aislado, sino el comienzo de una agresión directa de la Alemania hitleriana contra el mundo entero. "La seguridad de Francia se defiende en el frente de Madrid", dijo un día José Díaz llamando la atención del pueblo francés. Y de no haberse realizado por parte de los gobernantes franceses, desde mucho antes del derrumbamiento de Francia, una práctica constante de la capitulación ante el fascismo, la resistencia heroica del pueblo español le hubiera permitido a Francia defender y mantener su independencia.



La experiencia dada por los acontecimientos, tanto en el interior del país como fuera, reforzó en José Díaz la profunda convicción de que sólo con la unidad nacional, con la unidad estrecha de todos los que quieran defender la integridad y la independencia de su patria, puede derrotarse al agresor, pueden salvarse los pueblos de la dominación fascista. La preocupación de José Díaz fué constantemente en España por el pueblo español, que llevaba tan hondamente arraigado en el corazón; José Díaz, afectado de una grave dolencia que requirió tres difíciles operaciones quirúrgicas, encontró en tierra soviética, en su pueblo, en sus organizaciones y dirigentes, un inmenso cariño. Todas las atenciones y cuidados que su delicado estado de salud exigía. La ciencia soviética hizo todo cuanto pudo por salvar a su gran amigo y camarada. En la persona de José Díaz, el pueblo soviético y sus dirigentes mostraron su amor al heroico pueblo español. En la lucha titánica del pueblo soviético y del Ejército Rojo, dirigida por su genial jefe, camarada Stalin, y en su próxima victoria sobre los agresores hitlerianos, veía José Díaz el camino de liberación de España. **Pero José Díaz repetía incansablemente, hasta el último momento de su vida, que el pueblo español no podía esperar pasivamente a ser liberado por el Ejército Rojo, que su deber histórico era organizar la lucha, apoyándola en la unidad nacional, tan amplia, que abarcase a todos los españoles que aman a España libre de tutelas extranjeras y de regímenes extraños.**

Y éste es el mandato legado a nuestro partido y nuestro pueblo, por su gran dirigente. José Díaz ha muerto, pero su espíritu de firmeza y resistencia ante el enemigo, que él supo inculcarnos a todos, se mantiene vivo. Su obra permanece.

El gran Partido Comunista de España se mantiene en pie a pesar del terror fascista.

**JOSE DIAZ: ¡EL PARTIDO QUE TU FORJASTE Y EDUCASTE, Y QUE LUCHA SIN DESMAYO EN EL INTERIOR DEL PAIS, MANTENIENDO VIVA LA LLAMA DE LA RESISTENCIA, CUMPLIRA TU ULTIMO MANDATO CREANDO LA UNIDAD NACIONAL COMO BASE PARA LA CONQUISTA DE NUESTRA ESPAÑA, DE LA ESPAÑA A QUE TU DEDICASTE INTEGRAMENTE TU VIDA!**





# José Díaz y Pasionaria

A lo largo del período de la construcción de nuestro Partido Comunista, de las grandes luchas contra la reacción en los primeros años de la República, del movimiento de Octubre y de la gloriosa guerra de liberación del pueblo español, al lado de nuestro querido guía y maestro José Díaz, se destaca otra gran figura, la de su más entrañable amiga, su más fiel compañera de lucha, su mejor discípula, nuestra gran camarada Dolores Ibarruri.

Cuando los obreros y los campesinos, españoles, cuando nuestro pueblo se refiere al Partido Comunista, suele decir con amor y orgullo "el Partido de José Díaz y Pasionaria".

Efectivamente, Dolores ha sido la ayudante, más próxima de José Díaz en la lucha, por transformar el pequeño Partido de 800 militantes, en el gran Partido de 350.000; por dar a los comunistas una línea justa, por ligarles con las masas; por impulsar y realizar la unidad obrera y el Frente Popular. Dolores fué la colaboradora más eficaz de José Díaz en la lucha heroica de nuestro pueblo contra el fascismo; ella jugó un enorme papel en la tarea de explicar a las masas y convertir en patrimonio de éstas, la línea política del Partido, de la cual era, junto con José Díaz la principal artífice.

Sería imposible tratar, de separar la enorme obra revolucionaria llevada a cabo por nuestro entrañable José Díaz, y su gran personalidad, de la personalidad de Pasionaria. Sus relaciones de trabajo, son un ejemplo notable y emocionante de amistad y compenetración revolucionaria. En los frentes, arengando a los combatientes, infundiéndoles su es-

píritu de lucha y su fe en la victoria, en los momentos difíciles, en que el enemigo avanzaba amenazadoramente, allí estaban juntos José Díaz y Pasionaria.

Juntos trabajaron también en Madrid, en los días heroicos de la gran defensa. Juntos fueron personalmente a abrir trincheras dando un ejemplo vivo al pueblo.

Juntos hicieron frente en Marzo de 1938 a los intentos de capitulación, movilizándolo al pueblo de Barcelona, contra los traidores y capituladores que trataban de entregar España a sus enemigos y huir al extranjero.

En los períodos en que su traidora y dolorosa enfermedad impedía a José Díaz acudir personalmente a donde la lucha del pueblo lo exigía era Pasionaria quien transmitía sus consejos en la forma emocionante y combativa como sólo ella sabe hacerlo.

Pasionaria era la mano derecha de José Díaz, su más firme apoyo en las ingentes tareas de la conducción de la lucha de nuestro Partido y nuestro pueblo contra sus enemigos. Educada en el ejemplo de José Díaz, Pasionaria, obrera e hija de obreros, no tiene un solo minuto en su existencia que no haya sido dedicado íntegramente a la causa de la emancipación de los explotados y oprimidos, de la defensa de la libertad y la independencia de España. Ella ha llegado a ser junto a Pepe, la personificación de nuestro Partido, de la clase obrera, y de las aspiraciones de libertad e independencia del pueblo español; ha llegado a ser una gran figura nacional. Al mismo tiempo, su nombre es hoy una bandera de combate para todas las



mujeres y hombres que en los cinco continentes pelean contra la bestia negra del nazismo. Su nombre es repetido con emoción y cariño, junto con el de Díaz, en todas las lenguas del mundo.

José Díaz, sentía hacia Dolores Ibarri una profunda estimación, la consideraba como una gran dirigente, de talla excepcional del Partido y del pueblo. Hablando de ella decía: "...Han visto también como símbolo de nuestro Partido y encarnación de todas sus virtudes, llena de sacrificio y abnegación por la causa del pueblo, a nuestra gran Pasionaria".

En el Pleno ampliado del Comité Central de nuestro Partido, celebrado en Valencia en Mayo de 1937, refiriéndose a ella, José Díaz, decía: "Contamos en la dirección con nuestra querida camarada Pasionaria, con nuestra gran Pasionaria, que no es solamente una de las camaradas más queridas en el Partido, su mejor figura tribunicia, sino una de las personalidades más acusadas de la España actual, la que concentra el fervor entusiasta de todo el pueblo español, el símbolo de la España popular que lucha para salvarse de la esclavitud fascista; es toda sacrificio, toda modestia, toda fuerza revolucionaria, algo tan unido al proletariado, al pueblo todo, que ya Pasionaria es casi algo legendario, y cuando va a una provincia, a un local, a una casa de familia—yo lo he visto y vosotros lo habréis visto también—, la palpan las manos para comprobar si es de carne y hueso..."

En estas palabras expresaba José Díaz los sentimientos de las grandes masas de nuestro pueblo hacia Dolores; la gran admiración que sienten por ella los obreros y los campesinos de nuestro país.

Pasionaria quería y admiraba entrañablemente a José Díaz, y sentía por él gran respeto. Díaz la ayudó a forjarse como una gran dirigente; cultivó sus grandes cualidades de inteligencia, combatividad, amor y fidelidad a la causa del pueblo y la clase obrera.

Fué ella, la encargada de pronunciar las últimas palabras de despedida a José Díaz ante su tumba y de forma emocionante y sencilla ella hizo en nombre de todo nuestro Partido la promesa de ser fieles hasta el fin a la causa de la lucha contra la barbarie fascista.

Fué ella quien recogió el mandato legado a nuestro Partido y a nuestro pueblo por su dirigente y lo expresa así en su artículo:

"José Díaz, repetía incansablemente hasta el último momento de su vida, que el pueblo español no podía esperar pasivamente ser liberado por el Ejército Rojo. Que su deber histórico era organizar la lucha apoyándola con una unidad nacional amplia, que abarcase a todos los españoles que aman a España libre de tutelas extranjeras y de regímenes extraños".

Muerto el gran dirigente de nuestro Partido cuya pérdida es un golpe tan tremendo para nuestro pueblo, y en primer término para los comunistas, nuestra compañera Dolores, recoge en sus manos firmes, de proletaria revolucionaria, de leninista-stalinista, la enorme carga que representa la dirección del Partido. Es ella, la compañera tan cercana de Díaz, que tan directamente compartió con él las tareas de dirección, quien mejor puede conducir al Partido y al pueblo por la senda que José Díaz trazó.

Dirigido por Dolores Ibarri EL PARTIDO DE JOSE DIAZ Y PASIONARIA seguirá el camino de la lucha hasta la completa libertad e Independencia de España, del yugo de los opresores nazifalangistas, EL PARTIDO DE JOSE DIAZ Y PASIONARIA junto con todas las fuerzas obreras, republicanas y patriotas, forjará el arma poderosa de la Unión Nacional que restablecerá a España al rango de un país libre.

Pasionaria sabrá mantener en nuestro Partido el espíritu que Díaz le inculcó; sabrá llevarle por la senda de la lucha hacia la victoria.



Todos los comunistas nos unimos de corazón a la promesa hecha por Dolores "¡José Díaz! lo que tu forjaste y educaste y que lucha sin desmayo en el interior del país, manteniendo viva la llama

de la resistencia cumplirá tu último mandato, creando la unidad nacional, base para la salvación de nuestra España, de esa España a la que dedicaste tu vida entera".



**E**L triunfo de la reacción en España no ha eliminado las causas que llevaron a nuestro pueblo a la lucha, sino que las ha hecho más agudas. La clase obrera, los campesinos y las masas del pueblo han visto tiempos mejores. Han tenido las fábricas y la tierra en sus manos, han comprendido lo que es la libertad y han sido dueños de su destino. Nuestro pueblo ha vivido sin terratenientes, sin grandes capitalistas, y sabe lo que esto vale.

Por esto, la lucha continúa en forma nueva en la nueva situación, una lucha por reconquistar lo que ha sido robado a las masas, una lucha para ampliar éstas conquistas hasta la completa emancipación. Para esta lucha, las masas tienen las ricas experiencias de una guerra y de una revolución que constituyen un arsenal inestimable para las batallas venideras".

De "Las enseñanzas de Stalin, guía luminoso para los comunistas españoles" de JOSE DIAZ.





VICTORIO CODOVILLA

# JOSE DIAZ, ejemplo de dirigente obrero y popular de la época staliniana.

“El Partido ha forjado hombres tan maravillosos, stalinistas, tan firmes como José Díaz y Dolores Ibarruri...”

Manuilsky

Escribir sobre la actividad política y social, sobre las enseñanzas dejadas por ese gran jefe proletario y popular que fué José Díaz, no es tarea fácil de realizar dentro del marco limitado de un artículo... José Díaz surgió del seno de la clase obrera, de la clase más progresista de la sociedad actual, fuerza motriz y dirigente de las luchas de los pueblos por su libertad e independencia nacional. Por eso, la vida y la actividad dirigente de Díaz están tan estrechamente entrelazadas con los acontecimientos políticos y sociales más sobresalientes de la España contemporánea—desde la época de las luchas obreras y populares contra la dictadura militar-fascista de Primo de Rivera, a través de la lucha por la instauración, consolidación y desarrollo de la República democrática, de su preservación contra los embates de la reacción, hasta la grandiosa epopeya del pueblo español en defensa de la libertad y de la independencia nacional contra los vende-patria franquistas y contra sus amos hitleristas—, que no es posible escribir sobre José Díaz sin hacer referencia a esos hechos históricos.

La actividad política y social de Díaz se destaca en los períodos más álgidos de las luchas que la clase obrera y el pueblo español libraron contra la España militar-feudal y contra las hordas fascistas empeñadas en impedir que ese país marchase por caminos de progreso y de libertad, al mismo ritmo y nivel alcanzado por toda la humanidad civilizada y progresista. En los momentos decisivos de esa lucha histórica, la España proletaria y popular encontró en Pepe Díaz y Dolores Ibarruri (Pasionaria) sus mejores adalides. Esa España que asombró al mundo durante la guerra civil y la invasión fascista extranjera con su energía combativa, su heroísmo y su capacidad organizativa en el terreno económico, político, social y militar, es la misma España que hoy—vencida, pero no dominada—continúa luchando inspirada en el ejemplo de sus grandes dirigentes y del Partido que los educó; es la misma España que hoy se mueve, se agita, se reagrupa y se reorganiza bajo la bandera de la Unión Nacional y, con su acción, impide la consolidación del régimen de esclavitud franquista. A pesar de sufrir un terror bestial, propio del salvajismo fascista, el pueblo español se mantiene irreductible ante el “nuevo régimen”. Al mismo tiempo que lucha para impedir la consolidación del franquismo, sigue con ansia las alternativas de la lucha en los frentes de batalla—particularmente en el frente soviético—y se propone aprovechar las coyunturas favorables que se le presenten en el orden nacional e internacional, para reanudar la lucha armada interrumpida trágicamente hace tres años arrojando del suelo pa-



La combatividad, el espíritu de sacrificio, el heroísmo ejemplar de que han dado y dan muestras la clase obrera y el pueblo de España no son casuales. Ese temple fué forjado a través de las luchas libradas—en diversos terrenos y bajo distintas condiciones—contra la reacción y el fascismo. Es el resultado de las enseñanzas que la clase obrera y el pueblo han recibido del Partido Comunista y de sus dirigentes más esclarecidos, José Díaz y Pasionaria. Es el fruto de su política consecuente de **unidad** obrera y popular, de Unión Nacional, que tan poderosamente contribuyó a crear las condiciones para que las hordas fascistas chocaran en España, por primera vez, con la enérgica resistencia armada de un pueblo que—a pesar de encontrarse semidesarmado, traicionado por los vende-patrias de adentro y abandonado por los gobiernos de países democráticos que tenían el deber de ayudarlo—les hizo frente durante casi tres años, a fuerza de arrojo y de heroísmo, con la ayuda de la URSS y la solidaridad de los pueblos, demostrando al mundo cómo se puede **detener** el avance del fascismo cuando existe la voluntad férrea de **luchar** y de **vencer**.

La experiencia española es tan rica en ejemplos dignos de imitarse, que todos los demócratas y patriotas, todos los que luchan por la libertad y la independencia de los pueblos, harían bien en estudiarla, seguros de que tendrán algo que aprender de ella. Las enseñanzas que dejó José Díaz a la clase obrera y al pueblo español, son válidas no sólo para España, sino para todos los pueblos. Particularmente lo son para los pueblos de América Latina, que hoy se ven avocados al problema **urgente** de organizar la defensa de su libertad y de la independencia nacional, amenazadas desde dentro por la Quinta Columna y desde fuera por las potencias agresoras del Eje fascista, con la agravante de que, en muchos casos, deben afrontar la hostilidad y el sabotaje de gobiernos oligárquicos que, antes que el triunfo de su pueblo, prefieren la esclavitud de su patria.

Por ser útiles al pueblo argentino y a otros pueblos, es un deber comunista, proletario y patriótico, difundir las enseñanzas que dejó José Díaz, y hacer conocer su vida ejemplar, consagrada por entero a la defensa de **su** clase, de **su** pueblo y de **su** Patria.

## I

Los rasgos sobresalientes de José Díaz, de ese obrero sevillano educado en el Partido de los comunistas, son los de un Jefe obrero y popular de extraordinaria inteligencia, de gran sensibilidad política, con sólidos conocimientos teóricos adquiridos por el estudio y en el fragor del combate, dotado de un espíritu práctico y realizador, de una capacidad de organización demostrada en todos los terrenos: económico, político, social y militar; todo lo cual, unido a una modestia innata y a un hondo sentimiento de compañerismo, determinaba, en cuantos tuvieron la suerte de conocerle, admiración y cariño personal, y respeto y adhesión a la causa por él defendida.

José Díaz representa un **nuevo tipo** de dirigente, propio de la época stalinista. Fué un dirigente proletario y popular de nuevo tipo, que sólo ha podido y puede surgir y desarrollarse **rápidamente** en una época en que, gracias a la asimilación de la teoría marxista-leninista y de las experiencias vivas teórico-prácticas del stalinismo, el Partido de vanguardia de la clase obrera está en condiciones de elevar el grado de conciencia y la madurez política del proletariado a una altura que le permite penetrarse hondamente de su misión histórica como abanderado, organizador y dirigente de la lucha en defensa de los intereses **vitales** de todo el pueblo y de toda la Nación. La clase obrera produce este nuevo tipo de dirigente político en un momento **crucial** de la historia de la humanidad, en que le corresponde a ella, como la clase más progresista de la sociedad, ponerse a la cabeza de todo el pueblo para liquidar los elementos de descomposición y de regresión engendrados en el seno de la sociedad capitalista—cuya expresión más descarnada y bestial es el fascismo—a fin de que la humanidad





pueda continuar su marcha ascendente. La fé que José Díaz inspiraba a la clase obrera y al pueblo español, provenía del hecho de que supo demostrar, en la práctica, su temple stalinista, firme como una roca, "refractario a todo pánico, a toda sombra de pánico, cuando las cosas empiezan a complicarse y en el horizonte se vislumbra algún peligro" (Stalin). José Díaz unía a la firmeza de principios, la flexibilidad en la táctica; al entusiasmo revolucionario, el realismo para determinar el momento de la acción; al espíritu de sacrificio y de abnegación, la voluntad de luchar y de **vencer** en el combate a las fuerzas de la regresión y de la barbarie fascista, de hacer triunfar a las fuerzas de la civilización y del progreso.

¿Cómo ha podido surgir y desarrollarse tan rápidamente un líder de esta envergadura en un país como España, donde el proceso de desarrollo del capitalismo ha sido trabado y retrasado por las fuerzas de la reacción y del feudalismo, y donde, por consiguiente, la clase obrera ha sido menos numerosa y menos educada políticamente que en los países de alto desarrollo capitalista? El hecho tiene una explicación precisa. Si un hombre como José Díaz ha podido, en un período tan breve (al caer la monarquía Díaz no era todavía un dirigente conocido nacionalmente), convertirse en el líder nacional de la clase obrera y del pueblo español—rebasando las fronteras nacionales para transformarse en un líder mundial de la clase obrera y de todos los abanderados de la causa antifascista—, esto se explica por el hecho de que España ha conocido, en un corto espacio de tiempo, una **variedad** de situaciones políticas como no las ha conocido otro país del mundo capitalista. Los militantes de la clase obrera española y de su partido de vanguardia, el Partido Comunista, han pasado por la escuela de la clandestinidad; han dirigido grandes movimientos económicos, políticos y sociales de carácter popular en condiciones de ilegalidad o de semi-legalidad; han pasado por la escuela de la guerra civil, de la guerra contra la invasión de las potencias fascistas; y en la lucha por la libertad y la independencia nacional, han pasado de la ilegalidad a la legalidad completa, actuando desde el llano y desde el poder.

De la dictadura militar-fascista de Primo de Rivera—dictadura ejercida en beneficio de los grandes terratenientes y de la gran burguesía industrial y financiera—, España pasó por un período de semi-dictadura ejercida por los gobiernos de Berenguer y de Aznar (1930-31), cuyo propósito fué apuntalar, mediante concesiones de carácter político, el tambaleante poder de la monarquía. El movimiento popular, las luchas de la clase obrera y del pueblo en defensa de sus intereses económicos, políticos y sociales, los conatos de insurrección contra la dictadura militar-fascista realizados por los sectores republicanos del Ejército, no sólo impidieron la consolidación del poder de la monarquía, sino que lo hicieron tambalear cada vez más hasta hacerlo caer. La República proclamada el 14 de abril de 1931 fué el resultado de la acción revolucionaria de la clase obrera y del pueblo. Sin embargo, por el insuficiente grado de conciencia política y de organización del proletariado, su partido de vanguardia no pudo jugar el papel **decisivo** que le correspondía jugar en esa situación. En consecuencia, la burguesía industrial agraria, comercial y financiera se adueñó del poder. Bajo la presión de las masas, el Gobierno republicano-socialista dió al pueblo una Constitución progresista, propia de un país en que la revolución democrático-burguesa estaba en vías de realización. Tomó algunas medidas contra los causantes del estado de atraso económico y social del país, y de la miseria en que habían sumido al pueblo español. Realizó algunas reformas de carácter económico, político y social que beneficiaron al pueblo. Pero, en la medida en que transcurría el tiempo, en la medida en que el pueblo adquiría una mayor conciencia política y exigía la puesta en práctica de medidas tendientes al desarrollo de la revolución democrático-burguesa, el gobierno republicano-socialista frenó y reprimió el movimiento obrero y popular; en cambio, permitió que la **parte más reaccionaria** de la burguesía republicana estableciese compromisos de cola-



boración con los reaccionarios pro-fascistas desalojados del poder por el advenimiento de la República. Con ello, consciente o inconscientemente, el gobierno republicano-socialista allanó el camino a los actos de agresión de que los reaccionarios y fascistas hicieron víctima al pueblo español, repetidas veces, desde el advenimiento de la República. Permitió que los militares vende-patria continuaran en sus andanzas criminales, hasta que desencadenaron la rebelión de julio de 1936 y abrieron las puertas del país a la invasión extranjera que, durante tres años, sembró la destrucción y la muerte, y que aun hoy tantas lágrimas y sangre cuesta al sufrido y heroico pueblo español.

La negativa del gobierno republicano-socialista a aplicar medidas drásticas con el fin de liquidar la base material y social de la contrarrevolución monárquico-fascista, permitió a ésta recuperar el poder en 1933. Lo que no pudo conseguir en agosto de 1932, con el golpe de Estado de Sanjurjo, lo consiguió mediante la corrupción y el cohecho, a través de elecciones amañadas, preparadas por sus agentes incrustados en el gobierno. Bajo la inspiración de la reacción monárquico-fascista, el gobierno de Lerroux creó un Estado de tipo policíaco con el fin de preparar las condiciones para que Gil Robles y sus secuaces pudieran escalar el poder sin resistencia popular, a objeto de traspasarlo luego a las hordas militares fascistas de Franco.

Sin embargo, la operación planeada por la reacción y el fascismo no se realizó con la facilidad que ellos esperaban. A pesar de las medidas policíacas, el movimiento obrero y popular, lejos de declinar, se desarrolló con vigor renovado. Huelgas políticas, manifestaciones de masas, acciones populares diversas, impidieron al gobierno de Lerroux llevar a cabo "pacíficamente" sus planes contrarrevolucionarios. A la entrada de Gil Robles en el gobierno, la clase obrera y el pueblo respondieron con una huelga general que asumió carácter insurreccional (octubre de 1934), y que, si bien no consiguió impedir la instauración de la reacción en el Poder, logró impedir la implantación de una dictadura militar-fascista.

La persecución sañuda que el gobierno Lerroux-Gil Robles desencadenó contra el movimiento obrero y popular y contra el Partido Comunista, no amedrentó al pueblo. Bajo la dirección de José Díaz, el Partido Comunista procedió a replegar ordenadamente sus fuerzas, y a adaptar su actividad a las condiciones de ilegalidad. A pesar de las persecuciones, el Partido trabajó con éxito para reagrupar las fuerzas del movimiento obrero y popular, y organizar el movimiento popular de masas como base para la unidad de todas las fuerzas obreras y democráticas. La acción de las masas fué resquebrajando paulatinamente la dictadura reaccionaria pro-fascista, y terminó por romper el dique de contención de la reacción, abriendo cauce a una formidable oleada democrática que culminó en el triunfo del Frente Popular (elecciones de 1936) y en la instauración de un gobierno democrático. Con el apoyo y bajo la presión del pueblo, este gobierno se encaminó hacia la realización de medidas tendientes a impulsar el desarrollo de la revolución democrático-burguesa por vía pacífica. Desgraciadamente, no extrajo la debida lección de los errores cometidos durante el período anterior, pues no tomó las drásticas medidas necesarias contra la reacción y el fascismo. A causa de eso, la obra progresista iniciada después del triunfo de febrero por el Frente Popular fué interrumpida bruscamente por el alzamiento armado de los generales felones al servicio de Hitler y Mussolini. A éste siguió la invasión del país por las fuerzas armadas de las potencias del Eje fascista. De este modo, lo que en un principio fué una guerra civil, en que el pueblo ajustaba las cuentas, con éxito, a los traidores "nacionales", se transformó en una guerra de defensa de la independencia nacional.

Es conocido el grandioso papel que en esta emergencia jugó el partido de Pepe Díaz y de Pasionaria. Todos y cada uno de los afiliados al Partido Comunista centraron su pensamiento, su preocupación y su acción en la ley suprema del momento: **ganar**



la guerra para asegurar la libertad y la independencia de la Patria! Su política acertada, su capacidad de organización, el heroísmo sin reservas de sus afiliados, determinó que el Partido Comunista se transformara en el partido de todo el pueblo, pues éste lo veía el **primero** en iniciar el combate y el **último** en terminarlo. El Partido Comunista se transformó en el factor decisivo de la Unión Nacional de todos los españoles gracias a la cual se crearon las condiciones para la prolongada y heroica resistencia del pueblo español a los agresores fascistas.

## II

José Díaz se formó como jefe proletario y popular en la escuela de esas grandes batallas históricas libradas por el pueblo español contra la reacción y el fascismo. Enseñó y aprendió de las masas. Asimiló hondamente lo fundamental de la teoría de Marx, Engels, Lenin y Stalin, y, sobre todo, las enseñanzas contemporáneas del stalinismo, y se esforzó por llevarlas a la práctica teniendo en cuenta las condiciones **específicas** de España. Díaz no fué un "devorador" de libros; pero estudió metódica y perseverantemente, y **asimiló lo esencial** de la teoría marxista-leninista. Se posesionó a fondo y aplicó consecuentemente el principio staliniano de que "la teoría deja de tener objeto cuando no se halla vinculada a la práctica revolucionaria, exactamente del mismo modo que la práctica es ciega si la teoría revolucionaria no alumbra su camino (Stalin). Por eso, se dedicó con tesón y entusiasmo a la movilización y organización de la clase obrera, de las masas campesinas, de la población laboriosa, con el propósito de **unir** a todo el pueblo en la lucha común por la defensa de sus intereses inmediatos de carácter económico, político y social, esforzándose por orientar siempre la lucha hacia este objetivo estratégico central: **el desarrollo de la revolución democrática**. Comprendía que solamente procediendo así se podía llegar a asegurar la **tierra, el pan, el trabajo remunerado, la cultura y el bienestar** a su pueblo y la libertad y la independencia de la Nación.

Díaz no era un gran orador tal como lo concebía la tradición política española, un orador que hacía discursos "bellos de forma", uno de esos oradores que, según Stalin, hablan "sobre todo y sobre nada". El hablaba siempre sobre **algo**, sobre cuestiones concretas y sobre asuntos candentes que preocupaban a la clase obrera y al pueblo, y lo hacía utilizando palabras **claras y sencillas**, sin frases rebuscadas. Con la misma sencillez con que hablaba en sus conversaciones con los obreros, hablaba desde la tribuna pública o desde la tribuna parlamentaria. Sin embargo, sus argumentos eran tan convincentes que producían un entusiasmo delirante en el público obrero y popular que lo escuchaba. Y es que los obreros, la gente sencilla del pueblo, tenían en Pepe Díaz su portavoz, lo consideraban como su hermano de sufrimientos y de lucha, **carne de su carne y sangre de su sangre**, que hablaba como ellos lo querían y como ellos lo **sentían**.

Su primer discurso en el Parlamento produjo una honda impresión. Los viejos y nuevos diputados se encontraron ante un parlamentario de **nuevo** tipo. Y es que Díaz, como sus compañeros de diputación, había asimilado la enseñanza leninista de que los comunistas "deben aprender un parlamentarismo nuevo, que no tenga nada de arribista". José Díaz hizo su entrada a las Cortes en 1936 hablando un lenguaje desconocido hasta entonces en el ambiente de palabrería y retórica fútil que había caracterizado tradicionalmente al Parlamento español. Transformando las Cortes en un torneo de declamadores huecos, los parlamentarios de viejo estilo lograban escamotear los **problemas esenciales** cuya solución esperaba el pueblo. La entrada del grupo parlamentario comu-



nista, integrado por 17 proletarios auténticos, constituyó toda una revolución en las costumbres parlamentarias de España. El 15 de Abril de 1936, José Díaz se levantó para pedir que el Parlamento juzgara a los ministros del Gobierno Lerroux-Gil Robles y a todos los responsables de las masacres y torturas de Asturias. Los sectores de la derecha, aterrados por las acusaciones de Díaz, formuladas en un lenguaje **incisivo**, provocaron un escándalo pidiendo al Presidente de las Cortes que exigiera al diputado Díaz un lenguaje más moderado, más en consonancia con la "seriedad" del lugar. A esto respondió José Díaz:

"Yo no creo que la seriedad de la Cámara consiste en hacer muchas triquiñuelas para medir las palabras precisas. Esa podrá ser la tradición y la costumbre de una Cámara de cuellos tiesos. Pero ésta es una Cámara de cuellos flojos y de puños fuertes, y tiene que decir al pueblo la verdad tal como la siente."

Esta fué la norma de José Díaz durante toda su actuación parlamentaria, hablar en el Parlamento el lenguaje del pueblo para ser escuchado por el pueblo.

### III

A pesar de su origen anarco-sindicalista, —y quizás como reacción contra ese origen— José Díaz fué, ante todo y sobre todo, un gran **realizador**. Luchó tenazmente para desterrar del movimiento obrero y popular el **verbalismo**, revolucionario, la agitación **abstracta** y la "teoría" de la **espontaneidad**.

La lucha por desterrar esos vicios del movimiento obrero y democrático español no era tarea fácil de realizar en un país como España, donde el anarquismo y otras corrientes "revolucionarias" pequeño-burguesas tenían raíces muy profundas. Las características económico-sociales de España —la existencia de gran cantidad de pequeñas fábricas y talleres, de pequeños centros de producción (mismo en zonas industriales tan importantes como la de Cataluña), la continua afluencia a las fábricas de campesinos que llevaban a los medios obreros sus características individualistas— favorecieron de modo particular, durante mucho tiempo, la difusión de las concepciones "filosóficas" y de los métodos **desorganizadores** del anarquismo.

El verbalismo revolucionario propio del anarquismo y de los demás "revolucionarios" pequeño-burgueses, consiste, precisamente, en dar consignas "ultrarrevolucionarias" y lanzar a las masas a la lucha sin preocuparse de si las consignas corresponden o no a su espíritu combativo y a su estado de organización. Consiste en elaborar las consignas sin tener en cuenta la **realidad** del ambiente, sin escuchar el parecer de las masas y sin tener en cuenta sus necesidades reales, y en lanzarlas luego a la circulación —para ver lo que pasa...

Cultores de la "teoría" de la **espontaneidad** del movimiento de masas, los anarquistas españoles declararon huelgas "generales", repetidas veces, sin dar a las masas perspectiva alguna acerca del desarrollo ulterior de la lucha. Desencadenaban las huelgas sin preparación y organización previas. Utilizaban en muchos casos la violencia contra los obreros que no se plegaban a la imposición de participar en tales huelgas generales sin perspectivas. Pero, ante los primeros golpes de la reacción, se dejaban dominar por el **pánico** y abandonaban las masas a su suerte, dejando que las huelgas se extinguieran sin prestarles la ayuda y solidaridad necesarias y achacando a los obreros la culpa de la derrota.

Aprovechando la indignación de las masas contra las provocaciones de los reaccionarios después del triunfo de febrero del 36, los anarquistas españoles estuvieron poseídos de una verdadera **huelgomanía**. Más tarde se comprobó que en la mayoría



de los casos, los inspiradores de las huelgas eran **provocadores** trotskistas y agentes fascistas, que lo hacían con el propósito deliberado de desorganizar la vida económica de la República y crearle dificultades.

El Partido Comunista denunció públicamente esa actitud criminal de los anarquistas. José Díaz fué a denunciarla en el mismo foco del anarquismo: Zaragoza. En un grandioso mitin realizado allí declaró: "hay quien provoca y atiza las huelgas por conveniencias políticas de sabotaje, hay elementos fascistas que se introducen como agentes provocadores en algunas organizaciones para servir los fines de la reacción. A los intereses del proletariado y de la revolución no conviene que se declaren huelgas por cualquier motivo sin antes meditar bien sobre las posibilidades de resolver los conflictos sin apelar a este procedimiento. La huelga es un arma formidable que hay que esgrimir diestramente, para que no sirva a fines distintos de los que interesan a los trabajadores y al pueblo."

Gracias a la energía de Díaz y del Partido Comunista, esa fiebre huelguística —atizada por el enemigo— disminuyó, y los propósitos de los enemigos del pueblo español se vieron frustrados en gran parte.

Bajo el pretexto del "respeto" al libre albedrío, el anarquismo desarrolló entre las masas la "teoría" de la espontaneidad que —con gran regocijo de la burguesía reaccionaria— sirvió durante mucho tiempo para obstaculizar e impedir que los elementos más conscientes del proletariado se agruparan en un partido político de vanguardia capaz de **movilizar, organizar y dirigir** a la clase obrera y a todo el pueblo, no sólo en la lucha por sus intereses inmediatos, sino, sobre todo, en la lucha por sus intereses **vitales** de carácter económico, político y social.

En cada período decisivo de la lucha del pueblo español contra la reacción y el fascismo, en que la movilización de las masas y su participación activa en las elecciones decidía, en gran parte, el curso ulterior de la política del país, los anarquistas incitaban a los obreros a abstenerse de votar, bajo el pretexto de que no debían distraer fuerzas en contiendas electorales, sino prepararse para realizar la "revolución" y el "comunismo libertario", en el caso de que la reacción llegase a adueñarse del poder. Pero, una vez triunfante la reacción —así ocurrió, por ejemplo, en noviembre de 1933— los anarquistas no sólo dejaron de hacer la "revolución", sino que se dedicaron a realizar actos terroristas de carácter local, que dieron pretexto a la reacción para extremar las medidas de represión; luego, se retiraron a cuarteles de invierno y "justificaron" su actitud de pasividad acusando a las masas de incomprensión y de falta de espíritu revolucionario. Desde la tribuna pública y desde la prensa, Díaz fustigó duramente estas andanzas de los "jefes" faistas (Federación Anarquista Ibérica) y los denunció como agentes de la reacción pro-fascista —calificativo que éstos justificaron **sobradamente** durante la guerra de independencia nacional al trabajar, junto con los trotskistas, como espías y saboteadores al servicio de los franquistas y del fascismo internacional. Al mismo tiempo, José Díaz llamó a la reflexión, **fraternalmente**, a los obreros anarquistas engañados por sus jeres, demostrándoles —sobre la base de la experiencia de Asturias— que se puede votar sin dejar de ser revolucionario. "El uso de la papeleta electoral, —les decía— no impide el uso del fusil. Una cosa, no excluye la otra, cada cosa a su tiempo."

Habiendo militado en las filas del anarquismo, Díaz comprendió, mejor que nadie, lo que ha demostrado la experiencia de varias décadas de luchas: que los derroches de energía combativa y de heroísmo realizados por la clase obrera y el pueblo español bajo la "dirección" de los cultores del "comunismo anárquico" no servían más que para cosechar **derrotas**. Comprendió que para despejar el camino a la formación y al desarrollo de un gran partido proletario, para crear un gran movimiento sindical unificado, para realizar la unidad obrera y popular y la Unión Nacional, era preciso des-



arraigar **definitivamente** del movimiento obrero y popular de España las "teorías" y las prácticas desorganizadoras del anarquismo. Y los hechos dieron la razón a José Díaz.

#### IV

Partiendo del principio stalinista de que "la teoría es la experiencia del movimiento obrero de todos los países tomada en su aspecto general" (Stalin), José Díaz estudió minuciosamente las experiencias obreras y revolucionarias más importantes de los demás países, con ánimo de extraer enseñanzas para una justa aplicación de la línea política y de la táctica a las condiciones **concretas** de España.

Convencido de que la política del Partido del proletariado, para poder triunfar, no sólo debe ser estudiada y asimilada por sus afiliados, sino que debe ser propagada **persistentemente** hasta convertirla en la línea política de **toda** la clase obrera, del pueblo y de **toda** la nación, Díaz y su Partido la llevaron metódicamente al conocimiento de las amplias masas. Las conclusiones del VII Congreso Comunista Internacional, la línea del Frente Unico Obrero y del Frente Popular Anti-fascista para detener el avance de la reacción y del fascismo en todo el mundo —magistralmente trazada por el gran luchador proletario, el mundialmente conocido y querido dirigente anti-fascista Jorge Dimitrov— fueron estudiadas y **asimiladas** por José Díaz de manera profunda, pues comprendió que de su justa aplicación a las condiciones de España dependía la **rápida** transformación de la situación política, la sustitución del Gobierno reaccionario pro-fascista por un gobierno democrático y popular, capaz de dar un fuerte impulso a la revolución democrático-burguesa. Por eso, la política del Frente Unico Obrero y del Frente Popular Antifascista fué popularizada por Díaz y el Partido Comunista a lo largo de todo el país, a través de mítines y de publicaciones diversas, de conversaciones y de discusiones públicas, que provocaron una expectativa y un interés tan acentuados que todos los sectores políticos y sociales del país tuvieron que hablar de **esa** política. La discusión fué llevada al seno de las organizaciones sindicales, del Partido Socialista y de todos los partidos democráticos. Toda la prensa del país se pronunció **por o contra** la política del Frente Popular Anti-fascista: **nadie pudo ignorarla**. En ningún otro caso, como en éste, pudo comprobarse en la **práctica** el aserto marxista de que la idea, al penetrar en las masas, se transforma en **acción**. Puede afirmarse que en el proceso de unificación de las fuerzas obreras y populares de España, en la formación de la Unión Nacional para la lucha armada en defensa de la libertad e independencia de la Patria, el hilo **conductor** fué la aplicación **consecuente** de la política del Frente Popular Anti-fascista.

Si esta política triunfó en la práctica, si rindió tan admirables resultados en la desigual lucha contra la terrible máquina de agresión armada montada por Hitler y Mussolini, con la ayuda de su lacayo Franco, débese a que José Díaz y el Partido Comunista supieron convencer a las grandes masas obreras y populares de España de que la línea de **unidad** era la línea **justa**. Al obrar así, Díaz se inspiraba en la máxima staliniana de que los comunistas "igual que Anteo, son fuertes cuando están ligados a la madre, las masas que les han dado nacimiento, los han nutrido y educado, y mientras estén unidos a su madre, el pueblo, tienen todas las probabilidades de permanecer invencibles" (Stalin).



## V

Uno de los grandes méritos de José Díaz y del Partido Comunista de España fué el de haber asimilado profundamente la teoría marxista-leninista-stalinista sobre los **distintos tipos de revolución** y sobre el problema de los **aliados** del proletariado en las diversas etapas de su desarrollo. Los "teóricos" del socialismo español no reconocían más que **dos** tipos de revolución: la **burguesa** y la **proletaria**. Los "teóricos" del anarquismo "puro" y de otras corrientes "revolucionarias" pequeño-burguesas no reconocían otro tipo de revolución que la "suya": el "comunismo libertario" y el federalismo.

Aplicando el método leninista-stalinista al estudio de las características de España, Díaz y su Partido llegaron a la conclusión de que se trataba de un país semi-feudal, con un desarrollo capitalista considerable, que, en pleno siglo XX, todavía no había realizado la revolución burguesa; de un país imperialista que oprimía varias nacionalidades (Cataluña, Euzkadi y Galicia) dentro de la Península, y que sojuzgaba cruelmente a un pueblo colonial (Marruecos); y que, por consiguiente, en esas condiciones, la tarea **esencial** del proletariado era establecer una estrecha **alianza** con los campesinos y marchar junto con **todas** las fuerzas progresistas del país para derrumbar el régimen semi-feudal, liquidar la base **material** de la contrarrevolución y desarrollar la revolución democrático-burguesa.

Esta definición del carácter de la revolución, hecha por los comunistas, representó un rompimiento abierto con las falsas concepciones existentes en otros sectores obreros y democráticos del país. Al abrir nuevas perspectivas con respecto al desarrollo ulterior de la revolución, despejó el camino para el reagrupamiento de las fuerzas que luego marcharon unidas durante la lucha por la libertad y la independencia de España. Pero, ese proceso se realizó con lentitud y a través de grandes dificultades debido a las incomprendiones de socialistas y anarquistas. Al no admitir otro tipo de revolución que la burguesa o la proletaria; al no admitir la revolución democrático-burguesa, popular, en que el proletariado, en alianza con los campesinos y con el apoyo de todos los sectores progresistas de la sociedad, juega el papel **dirigente**, los socialistas se colocaban a la zaga de los acontecimientos. Por eso, el 14 de abril, al instaurarse la República en España, los socialistas consideraron que— tratándose de una revolución burguesa— le correspondía a la burguesía industrial, comercial, agraria y financiera —y no al proletariado— la hegemonía en el poder; como consecuencia de esta concepción, el proletariado debía pasar a jugar un papel de mero **auxiliar**. Todos los esfuerzos de los socialistas durante el primer período de la República (1931-33) se encaminaron a mantener la revolución dentro de los marcos puramente burgueses y a evitar que el impulso y la acción de las masas liquidaran, al estilo plebeyo, la base material de la contrarrevolución; a evitar que se impusiera la **hegemonía** del proletariado y se desarrollara la revolución democrático-burguesa. Es decir, la **clásica posición** de los mencheviques. Esa falsa posición llevó a los socialistas a colocarse en la misma situación que la burguesía reaccionaria con respecto al problema nacional y al derecho de auto-determinación de los pueblos de Euzkadi, Cataluña, Galicia y Marruecos. Para ellos, como para la burguesía reaccionaria, en España no existía un problema nacional: sólo se trataba de luchas regionales alimentadas por la burguesía local, con fines "egoístas" de predominio en el poder central. A lo más, sólo reconocían como aceptable la "autonomía cultural". El desconocimiento del problema nacional, los llevó al desconocimiento del papel del campesinado como **segunda fuerza motriz** de la revolución democrático-burguesa.

Eso explica por qué los socialistas, una vez arrojados del Gobierno en 1933 por la burguesía reaccionaria aliada a la contrarrevolución monárquico-fascista, lanzaron (en



vísperas del movimiento de Octubre) la consigna de formar Alianzas Obreras, en vez de Alianzas Obreras y **Campeñas**, y la consigna de "todo el poder al Partido Socialista" y de "revolución socialista", en lugar de Gobierno obrero y campesino, de Gobierno **democrático y popular**, que era la solución propiciada por los comunistas con el fin de liquidar la base material de la contrarrevolución e impulsar la revolución democrático-burguesa. Esa posición sectario-oportunista persistió en un sector del socialismo e hizo sentir sus consecuencias **nefastas** hasta después del triunfo del Frente Popular y durante la guerra por la libertad y la independencia nacional.

En cuanto a los anarquistas, al no concebir ningún tipo de revolución que no fuese la revolución "pura", "espontánea", que les trajere el "comunismo libertario", al desconocer toda forma de poder **político**, se dejaron llevar siempre durante la monarquía como durante la República burguesa, durante la República democrática, como durante la guerra de independencia nacional — a acciones "revolucionarias" inconsultas y **desorganizadoras**, que sólo beneficiaron a los enemigos del pueblo.

Unos y otros, es decir, los anarquistas faistas y los socialistas que siguieron afe-rrados a su posición menchevique y trotskizante, son los que, durante la guerra contra Franco, se dedicaron a ensayos de "socialización" y a experimentos de "comunismo libertario", obstaculizando con ello la política de Unión Nacional sostenida **consecuentemente** por los comunistas.

De ese modo trabaron la labor de reorganización de la economía nacional sobre la base de las necesidades de la guerra. Con ello, no hicieron más que favorecer la labor de sabotaje de los espías trotskiztas y de los falangistas, con los cuales, en muchos casos, colaboraron conscientemente.

## VI

Contra esas "teorías" falsas y contra esos métodos desorganizadores, que en lugar de acercarlos, tendían a alejar a los aliados del proletariado y, por consiguiente, a retardar el momento de su redención, José Díaz y su Partido lucharon **tesoneramente** y con éxito. Gracias a esa lucha y al proceso de **esclarecimiento** que le siguió, el proletariado y el pueblo español pudieron extraer y asimilar la lección que arrojó la derrota momentánea de octubre del 34, uno de cuyos factores principales fué la incomprensión de los socialistas de "izquierda" respecto a la necesidad de realizar una política tendiente a ganar a los **aliados** del proletariado. Aprovechando esta lección, la clase obrera fué apartando los obstáculos que se le oponían en su camino unitario y realizó la unidad obrera y **popular**. Esta unidad fué la que deparó el triunfo al Frente Popular en febrero de 1936. La Unión Nacional fué la que llevó al pueblo español y a los pueblos de Euzkadi y de Cataluña al Frente Nacional, a participar en común en la lucha contra los traidores "nacionales" y contra las hordas invasoras fascistas, y a crear de ese modo las condiciones para su eficaz y heroica resistencia armada.

Antes como después de estallada la rebelión militar-fascista, cuantas veces los socialistas de "izquierda" y los aventureros anarquistas trataron de romper la unidad del pueblo, otras tantas veces encontraron la **admonición** y el **repudio** de José Díaz y de su Partido. Antes del 16 de febrero dirigiéndose a los "revolucionarios" que declaraban que el Frente Popular debía ser transitorio, sólo para ganar las elecciones, y que luego el proletariado debía marchar solo para hacer "su revolución", Díaz decía: "La tarea a cumplir es muy grande y la ejecución del programa obliga a los anti-fascistas a permanecer unidos. La lucha no termina el 16 de febrero. Tenemos todavía mucho camino que recorrer junto con los republicanos de izquierda. ¡No rompáis, no rompamos jamás el Bloque Popular!"



La defensa de la República agredida por los militares fascistas sublevados dió a los partidos políticos obreros y populares y a las organizaciones sindicales de la clase obrera —que fueron los primeros en acudir a su llamado— un predominio acentuado en la vida económica, política y social de España. Esta situación indujo a ciertos socialistas de "izquierda" influenciados por los trotskistas y, en particular, a los anarquistas, a considerar una vez más, que en la nueva situación creada por la guerra, el problema de los aliados había dejado de tener importancia para la clase obrera, es decir, que ésta podía marchar "sola" hacia la instauración de un "poder proletario" o del "comunismo libertario". José Díaz salió al encuentro de estos funestos desatinos en diciembre de 1936. Dijo:

"No pararse demasiado en ensayos de tal o cual doctrina económica, de tal o cual sistema político, en querer construir demasiado el futuro, olvidándose del presente. ¿Comunismo libertario, dictadura del proletariado, socialismo de Estado, república federal? ¡Ya hablaremos de eso! ¡Ahora, vamos a ganar la guerra! Cuando el pueblo haya vencido, entonces el pueblo soberano dirá qué gobierno quiere darse y qué forma han de revestir sus instituciones."

La política de unidad obrera y popular, de unidad **nacional** —que con tanto calor defendía José Díaz— se basaba, y se basa, en la **coincidencia** de intereses de diversos sectores sociales en la lucha común en defensa de la libertad y de la independencia de la Patria. Por tanto, no era **ni es** una maniobra política. Esta idea, Díaz la expresó con claridad al combatir la posición "izquierdista" de los socialistas trotskizantes, que, proponían excluir del frente nacional a los sectores burgueses, haciendo el juego a los elementos capituladores que, levantando el "espectro del comunismo" como resultado del triunfo armado de la República sobre Franco, también propiciaban la ruptura del frente popular anti-fascista.

"Se pretende dar de lado a nuestros aliados: bien a los campesinos, bien a la pequeña burguesía o a los burgueses republicanos. Esta alianza debe ser reforzada durante la guerra y después de la victoria. Nuestro lema es: "Unidos ahora para ganar la guerra y unidos después para cosechar los frutos de la victoria", y el que trata de romper la unión del pueblo español, que lucha por la independencia de España, que se lo juega todo en esta lucha, labora consciente o inconscientemente a favor de nuestros enemigos."

A los aliados del campo burgués y pequeño-burgués que se asustaban de la fraseología "revolucionaria" y de ciertos actos inconsultos de esos mal llamados revolucionarios "impacientes", Díaz los tranquilizaba con este acertado razonamiento: "no temáis, no veáis en el proletariado el "peligro rojo" sino el eje, la vanguardia de toda lucha eficaz contra la barbarie fascista; ved en él la base de toda cultura y de todo bienestar, frente al fascismo que destruye los pueblos y cierra el paso a la cultura y al progreso de la humanidad."

En la medida en que la guerra se prolongaba, y que los gobiernos fascistas de Alemania y de Italia enviaban un cuerpo de ejército tras otro a España; en la medida en que la guerra de defensa de la independencia de la Patria exigía que el frente popular se ensanchara hasta abarcar a todos los españoles que —por su sola condición de españoles y de patriotas— estaban dispuestos a contribuir a la liberación de España, Díaz y el Partido Comunista no solo reforzaban su oposición a todo acto "extremista" que pudiera distanciar a algún sector del Frente Popular, sino que planteaban como necesidad urgente la de realizar la Unión Nacional. Con ese objeto, ya en 1938, José Díaz definía con claridad y precisión lo que debía entenderse por Unión Nacional.

"La Unión Nacional —decía— no es una formación política o parlamentaria cualquiera: es el agrupamiento de todo el pueblo cuando están en peligro los bienes comunes, como son la independencia del país, la integridad territorial, la existencia misma



de España como Estado. Por eso, cuando hablamos de Unión Nacional, nuestra mirada no se dirige sólo a los que en nuestro territorio deben estar unidos para cerrar el paso al invasor, sino especialmente a los del otro lado de las trincheras. El fortalecimiento y la ampliación de la Unión Nacional coinciden con el renacimiento de una conciencia nacional en todos los españoles que no se han vendido al extranjero, y esta conciencia coincide a su vez, con la comprensión de los intereses de todos y cada uno de nosotros".

Esta magnífica definición de lo que había de ser la Unión Nacional, todavía es válida para España, y no lo es solo para España si no también para los países de América Latina.

Esta fué la política **consecuente** de José Díaz y de su Partido en pro de los aliados del proletariado, en pro de la Unión Nacional, política, que él desarrolló **como un hilo rojo** durante todo el transcurso de la guerra y que se esforzó por mantener a costa de no pocos **sacrificios**. Sólo después de que la unidad popular y nacional fué quebrada por la **traición** de adentro —ruptura del frente y entrega de Madrid por los casadistas— y por los "consejos" de afuera —presión de los gobiernos reaccionarios munitistas de París y Londres, sin que los comunistas pudieran ya impedirlo—, sólo entonces el **fascismo pasó**.

## VI

Ya en 1935, es decir, el año anterior al levantamiento de Franco, José Díaz caracterizó con exactitud la lucha contra el fascismo como una lucha **única e indivisible** en el plano internacional y nacional. Comprendió que la agresión de las potencias fascistas contra China, contra Etiopía y otros pueblos era la iniciación de una segunda guerra mundial, y que las actividades del nazi-fascismo en el interior de España, como en todos los países de Europa y del Mundo, representaban ya una parte integrante de la próxima agresión armada.

Esta concepción la expresó José Díaz en un discurso que pronunció en noviembre de 1935, al decir que: "Alemania, Italia y el Japón se preparaban abiertamente para sumir al mundo en las nebruras de una guerra cien veces más espantosa y contrarrevolucionaria que todas las conocidas hasta hoy", y que, a causa de eso, "la lucha se plantea en un plano internacional y muy especialmente en España, donde la ola antifascista crece por todo el país". Y agregaba Díaz: "Hay que impedir, en un esfuerzo sobrehumano, que el fascismo triunfe totalmente en nuestro país. Si triunfara, la inaudita represión del movimiento de Asturias, el refinamiento en los métodos bárbaros de represión cobrarían proporciones monstruosas".

Pocos meses después, al producirse el alzamiento fascista, los hechos se encargaron de justificar la previsión de José Díaz: lo que en un comienzo apareció como un motín de generales felones y de formaciones fascistas "nacionales", no fué otra cosa que el comienzo de la agresión armada de las potencias imperialistas del Eje Berlín-Roma, contra la independencia nacional de España y una operación **preparatoria** para el desencadenamiento de la guerra en el continente europeo. Por eso, en agosto de 1936, José Díaz pudo decir que "en nuestro país se está librando una lucha **histórica** entre la democracia y el fascismo, por la independencia o la esclavitud de un pueblo, por la paz o por la guerra del mundo".

En 1937, con clarividente previsión, José Díaz dirigió una alocución a los pueblos de Europa, particularmente al pueblo francés, señalando que la agresión de Hitler y Mussolini contra el pueblo español no estaba dirigida sólo contra España. "¡No! —ex-





clama Díaz—. Objeto de esta agresión son todos los pueblos libres e independientes. La tragedia consiste en que estos pueblos, engañados o ilusionados por las palabras de sus gobiernos, hasta ahora no han logrado comprender esta verdad".

En aquellos días, no eran pocos los politicastos —inclusive muchos demócratas miopes—, que en Francia, en Inglaterra y en América rechazaban las graves advertencias que salían del campo comunista y del campo anti-fascista en general. Contestaban —unos, por falta de visión sobre la gravedad de la situación internacional; otros, por cobardía y espíritu de "apaciguamiento"; y otros, finalmente, por complicidad **directa** con el fascismo—, que aquellas advertencias eran **exageradas** y alarmistas.

La política de "no intervención", sirvió a los agresores fascistas a las mil maravillas para intervenir impunemente contra el pueblo español y para preparar la agresión armada contra otros pueblos. Y pensar que —¡todavía hoy!— después de las trágicas experiencias vividas, existen hombres políticos y gobernantes que se obstinan en creer que es posible mantener una posición de "neutralidad" o "no beligerancia" y evitar con eso la agresión armada de las hordas fascistas... No ven, o **no quieren** ver, que el plan de agresión de las potencias imperialistas abarca al mundo entero, que nuestro continente ya ha sido agredido, y que todos y cada uno de nuestros países serán **agredidos, sojuzgados y esclavizados** si es que no preparan a tiempo una defensa armada eficaz.

Ya en 1938, en una alocución dirigida a los pueblos de América Latina, José Díaz advirtió que "en el caso de una victoria fascista en mi (su) país, España sería el punto de apoyo del fascismo internacional para realizar la conquista de América con que sueña Hitler". Esta previsión —por desgracia los hechos la van **confirmando**. En todos aquellos países del continente donde la Quinta Columna nazi-nipo-fascista es descubierta y reprimida, son los falangistas españoles —protegidos por el pabellón de la "no beligerancia" que enarbola la España franquista—, los que reorganizan e impulsan las actividades criminales de los agresores hitleristas y de sus cómplices vendepatrias.

Basados en este plantamiento justo del carácter **nacional** y del alcance **internacional** de la lucha armada del pueblo español, como una "guerra por su independencia nacional y por la independencia de la República democrática", José Díaz y el Partido Comunista lanzaron la consigna de: **¡todo y todos para ganar la guerra!** Esta consigna se transformó rápidamente en la palabra de orden de todo el pueblo español.

Predicando con el ejemplo, el Partido Comunista ajustó su actividad política, su agitación y propaganda a la tarea urgente del momento, que era la de **movilizar** y **organizar** a la clase obrera, al pueblo y a toda la Nación con el propósito de batir y aniquilar al enemigo, de ganar la guerra y liberar a España del yugo fascista.

## VII

Lo primero que hacía falta para eso, era crear un Ejército regular. Las potencias del Eje Berlín-Roma, enviaban material bélico moderno y tropas a los generales fascistas alzados contra la República, y, en esas condiciones, ya no era posible pensar en conquistar la victoria sin crear un poderoso Ejército, sin concentrar todas las energías y todos los recursos materiales y humanos de la Nación bajo una sola dirección, supeditando todo al **objetivo supremo** de ganar la guerra.

Donde se puso de relieve el dinamismo, el tesón, la capacidad organizativa, las dotes **políticas** y **estratégicas** de José Díaz, fué en la realización de la ardua tarea de ayudar al pueblo español a forjar, bajo el fuego enemigo, un verdadero Ejército popular; de formar centenares y miles de aguerridos y competentes jefes militares y Co-



misarios políticos de crear, sobre la marcha de la misma guerra, una industria bélica y cuadros capaces de hacerla producir: de organizar la economía nacional, y, sobre todo, la economía campesina de acuerdo a las necesidades de la guerra; y de **unir al pueblo** y orientar toda su actividad en esa dirección. Díaz supo **infundir** sus propias cualidades, no sólo a su Partido, sino también a la clase obrera y a todo el pueblo. Solo así la República pudo hacer frente con éxito a las dificultades propias de la situación de desorganización creada por el estallido de la rebelión militar, y a las dificultades **suplementarias** creadas por las incompresiones de ciertos sectores "izquierdistas", del movimiento obrero, y por el sabotaje consciente de los faistas y de los espías y saboteadores trotskistas (POUM).

Díaz y su Partido pudieron cumplir con éxito esas tareas —si bien a veces fueron cumplidas con un retraso criminal, debido a las causas precitadas— porque tenían como lema el de decir siempre la **verdad** al pueblo, por amarga que fuese, y de recurrir **directamente** al pueblo para **vencer** las dificultades.

Por ejemplo, cuando Franco avanzó sobre Madrid en forma amenazadora y el desaliento se adueñaba de los que "vivían alegres y confiados" en las esferas oficiales, ocultando al pueblo la seriedad de la situación y consolándose con la idea de que "el Madrid popular tenía el entusiasmo necesario para impedir que el enemigo pudiese conseguir su propósito", José Díaz les advirtió: "El entusiasmo es mucho; pero no es suficiente para derrotar al enemigo". Para detener al enemigo, señalaba Díaz, es preciso crear las condiciones materiales necesarias. En primer lugar, "hay que crear un Ejército regular bien disciplinado, con mandos seguros y aguerridos".

"El enemigo —decía Díaz—, se da cuenta de que, a pesar de poner en juego todas sus reservas y traer moros y legionarios y de utilizar la ayuda de técnicos extranjeros, no está en condiciones de poder vencer. Por eso recurre a sus aliados y mentores, los fascistas alemanes e italianos, para que, además de los técnicos y de las armas le envíen contingentes sacados de los Ejércitos alemán e italiano, con el fin de hacer frente a las tropas republicanas".

"La guerra toma desde este instante un carácter abierto de guerra de independencia nacional contra un ejército imperialista de invasión que domina la técnica moderna, y que despliega toda su capacidad técnica y militar para obtener la victoria. Frente a esta situación, ya no solo son insuficientes las formaciones armadas de milicianos, sino que se hace imprescindible crear un Ejército nacional poderoso capaz de dominar la técnica militar y aplicar la táctica y estrategia que corresponden a una guerra moderna".

Esto significaba terminar con las milicias de organizaciones y de Partidos. La argumentación de Díaz era incontrovertible: tenemos enfrente a un enemigo **fuerte** en armamentos, organización y disciplina. Para vencerlo necesitamos otro Ejército más poderoso en armamentos, organización y disciplina. Sin embargo, para hacer triunfar la proposición de organizar un Ejército popular fué necesaria una **dura lucha**, pues chocó con la resistencia de ciertos militares profesionales; de los faistas y de ciertos dirigentes políticos que, como Largo Caballero, nunca llegaron a comprender que sin un Ejército de ese tipo era imposible la victoria.

Díaz, y el Partido Comunista no se limitaron a insistir sobre la necesidad de la creación de un Ejército popular sino que desde los primeros días del estallido de la rebelión militar-fascista, dedicaron sus mejores hombres y sus mayores esfuerzos a la creación de un cuerpo militar —**el glorioso 50. Regimiento**—, que sirviese para instruir militarmente a millares de obreros y campesinos y para encuadrarlos en formaciones armadas. Así fué como salieron del 50. Regimiento los primeros **Batallones de Acero** que llevaron al frente el ardor combativo y la **disciplina** militar. Fueron estas formaciones militares de **nuevo tipo**, integradas por patriotas probados, pertenecientes a di-



versas ideologías y dirigidas en su inmensa mayoría por comunistas, las que en los primeros momentos de la lucha fueron enviadas a los lugares más peligrosos del frente con la consigna de: "¡Ni un paso atrás!" Ellas fueron las que cerraron los boquetes abiertos por los "chaqueteos" desbandes provocados en gran parte por el pánico que sembraban los agentes del enemigo emboscados en las filas republicanas. Ellas fueron las que sostenían o atacaban una posición, sacrificando hasta el último de sus componentes, para dar tiempo a reorganizar el frente o para permitir la creación de reservas. El 5o. Regimiento y la llegada de las primeras formaciones de las gloriosas Brigadas Internacionales fueron los factores que, en gran parte, decidieron la suerte de Madrid, y permitieron resistir con éxito, en las históricas jornadas de Noviembre de 1936, los furiosos ataques del enemigo. Su ardor combativo, su espíritu de disciplina, su fe en la justeza de la causa por la que luchaban, infundieron a todo el pueblo la seguridad de que —unidos el frente y la retaguardia— se realizaría la consigna de Pasionaria: "¡No pasarán!" Y la consigna se **realizó**.

Cuando el 5o. Regimiento se disolvió, era ya un pequeño Ejército —60 mil hombres—, con sus formaciones regulares, con sus reservas, con su Intendencia, en fin, con todo lo que caracteriza a un Ejército regular. Ese ejemplo **vivo** —obra de José Díaz y de su partido—, de cómo se podía y se **debía** formar el Ejército popular, terminó por dar a tierra con las últimas resistencias. Y el Ejército regular **se formó**. Pero, una vez más, se formó con **retraso**, por no haber escuchado a tiempo la voz de los comunistas.

A medida que iban desapareciendo las milicias autónomas y se iba formando el Ejército regular, se crearon las condiciones para el mando **único** indispensable para conducir con éxito la guerra.

El reforzamiento de la disciplina militar en las filas del Ejército popular sólo podía basarse sobre la presencia de mandos militares de absoluta confianza desde el doble punto de vista de lealtad a la República y de su combatividad y capacidad militar, "Queremos que los militares leales procedentes del antiguo Ejército —decía Díaz— sean elevados a la máxima categoría para que jueguen el papel que les corresponde; pero queremos que los nuevos valores que ha revelado el 5o. Regimiento y que son capaces de mandar batallones, brigadas y divisiones, jueguen también el papel que les corresponde". Y la proposición audaz de miles de combatientes de primera fila, hijos del pueblo, que se habían destacado en el combate por sus cualidades militares, dió un resultado maravilloso: Modesto y Lister son la mejor demostración de ello.

Paralelamente a la organización del frente, José Díaz y su partido prestaron, desde el primer momento, una atención muy seria al vital problema de las **reservas** del Ejército y de las fortificaciones, cuya importancia no era comprendida en toda su amplitud por los dirigentes de algunos sectores democráticos. La argumentación de José Díaz al bregar por la implantación inmediata del servicio militar **obligatorio** —tan reñido con las concepciones individualistas e idílicas del anarquismo y de los pequeño-burgueses incontrolados— fué contundente: "Servicio militar obligatorio, porque la lucha es por el bienestar y la independencia de España, y el que no quiera luchar voluntariamente, que vaya a la fuerza... Todos, absolutamente todos, debemos ayudar. Hay que formar reservas. Muchos hombres que sepan manejar las armas, el fusil, la ametralladora; que conozcan la organización y la disciplina". ¡Reservas y fortificaciones! Tal fué su consigna. Por no haberse llevado a cabo con la rapidez necesaria, más de una vez peligró la situación en el frente y más de una vez no se pudo explotar a fondo las ventajas militares obtenidas.



## VIII

La lucha de José Díaz y del Partido Comunista porque el esfuerzo de guerra se realizara de acuerdo a normas de orden y de disciplina —indispensables para el triunfo sobre un enemigo adiestrado por técnicos de Hitler y Mussolini— no se circunscribió al ramo del Ejército. Todo estaba en desorden al comienzo. Eso era inevitable en la primera etapa de la movilización popular contra la traición de los generales fascistas —pero, poco después, cuando la agresión del Eje amenazaba con arrasar la República, era necesario y urgente **centralizar** la dirección militar, económica y administrativa de la guerra. Los comunistas —tan calumniados como factores de desorden por sus enemigos y particularmente, por lo motineros fascistas— fueron el guía del pueblo español en esta lucha por el **orden** y la **disciplina**. He aquí cómo José Díaz se expresaba con respecto a ciertas organizaciones anarquistas y socialistas que formaban verdaderos Estados dentro del Estado:

"Si tenemos un Gobierno reconocido por el pueblo, hay que acabar con todos los "gobiernos" pequeñitos. No queremos más que un Gobierno, y si el pueblo ve que no representa bien sus intereses, que nombre otro. Pero, mientras sea Gobierno, toda la autoridad para él, y a los gobiernos pequeñitos meterlos en una espuerta y enterrarlos.

Bregando contra los tristemente célebres "incontrolados", que desorganizaban las funciones gubernativas y militares, decía José Díaz: "Hay que terminar con las gentes sin controlar y que van y vienen al frente como el que va a una romería". En otra oportunidad: "Máxima autoridad del Gobierno, y si quieren mantener la desobediencia al Gobierno, para fines particulares, no se lo permitiremos".

La lucha de José Díaz y de los comunistas no tardó en dar sus frutos. Cuando aquellos elementos "incontrolados" faistas y trotskistas comenzaron a verse estrechados y limitados en sus correrías criminales y contrarrevolucionarias, tanto en el frente como en la retaguardia, arrojaron la careta y desencadenaron en mayo de 1937 una rebelión militar en Cataluña, en combinación con el enemigo. Esta intentona traicionera fue aplastada rápidamente, si bien, por momentos, puso en peligro el frente —especialmente el de Aragón— amenazando a España republicana con una catástrofe. Una vez más, el pueblo comprobó que José Díaz y el Partido Comunista tuvieron razón al prevenirlo contra las actividades criminales de los trotskistas, de los faistas y demás "incontrolados".

José Díaz y su Partido, al mismo tiempo que plantearon el problema de la creación de un ejército regular, plantearon el problema de la organización de una **industria de guerra** capaz de abastecer el frente de los materiales primordiales para la lucha armada, como condición indispensable para ganar la guerra.

Crear una industria de guerra significaba transformar las principales industrias del país en industrias productoras de armas y materiales de guerra, instalar nuevas fábricas con ese mismo objeto, nacionalizar a ese efecto todas las grandes empresas susceptibles de producir para fines relacionados con la guerra, organizar el trabajo sobre un pie de producción intensiva y de rendimiento máximo, establecer un "control organizado de los obreros y de los sindicatos" sobre la producción con miras a elevarla lo más posible.

También en este terreno, José Díaz y el Partido Comunista se vieron obligados a conducir una severa lucha política contra los elementos demagógicos y desorganizadores que, habiéndose apoderado de varias fábricas e industrias, querían producir lo que querían, y no lo que el país necesitaba para poder ganar la guerra.





José Díaz durante la campaña electoral del Frente Popular.





José Díaz, durante la celebración del pleno ampliado del C. C. del P. C. de E. en marzo de 1937 en Valencia.



"¿Cómo es posible que en España haya grandes fábricas que estén produciendo cosas que no son necesarias para la guerra —denunciaba José Díaz— y que las industrias militares no trabajen durante las veinticuatro horas? Eso tiene que terminar rápidamente." Además, criticando los procedimientos burocráticos y desorganizadores de ciertos dirigentes de sindicatos que querían "dirigir" a su manera la producción, José Díaz decía: "debe haber un control organizado de los obreros y de los sindicatos. Esto es justo; pero, los sindicatos no deben olvidar tampoco que su deber, en el momento actual, es organizar e intensificar la producción a toda costa, bajo la dirección del Gobierno, haciendo todos los sacrificios que sean necesarios para ganar la guerra... Lo que no es posible consentir es que prosperen la desorganización y la indisciplina; que se pongan todo género de dificultades para conseguir lo que es deber e interés vital y sagrado de todos: **ganar la guerra.**"

Así es como procedieron José Díaz y su Partido, con energía y firmeza, para contribuir a formar el **ejército** regular, organizar la **industria de guerra**, crear las **reservas** y **disciplinar** la producción. Este fué el papel de los comunistas en la guerra patriótica por la libertad e independencia de España.

## IX

Consecuentes con su política de aliados y comprendiendo que para asegurar la victoria sobre los agresores fascistas, era necesario el respeto a los intereses de todos los sectores sociales fieles a la República, y de todos los españoles, organizados o no, que participaban en el gran frente de lucha en defensa de la independencia nacional, José Díaz y el Partido Comunista fueron sus más ardientes defensores.

Frente a los abusos perpetrados por los jefes anarquistas de la FAI y por no pocos socialistas de "izquierda", eficazmente auxiliados por los espías y sabotadores trotskistas y demás agentes de Franco, y muy particularmente frente a los excesos cometidos por los anarquistas en el campo, se alzó continuamente la voz de protesta de los comunistas. En un discurso pronunciado a fines de 1936 ante el Parlamento, José Díaz pidió al Gobierno que tomara medidas enérgicas contra los que cometían abusos con los campesinos y con los pequeños industriales y comerciantes.

"Es preciso que acaben los abusos —decía— que de vez en cuando se producen en el campo, donde bandas de desalmados, arrogándose la representación de organizaciones políticas o sindicales, se apoderan de los bienes de los campesinos, bajo el pretexto de proceder a una pretendida colectivización.

"El campesino, el trabajador de la tierra en general, tiene derecho a disponer libremente de su producción y nadie está autorizado para confiscarsela.

"Lo que decimos de los campesinos, lo decimos en general de todos los pequeños comerciantes, de todos los modestos industriales, de todos los pequeños productores, de todos los que —industriales o comerciantes— no sean enemigos de la República y del pueblo. Sus bienes y sus vidas deben ser y serán respetadas dentro de la República democrática.

"Lo mismo decimos de los bienes de los extranjeros."

Visto que el Gobierno de Largo Caballero no tomaba medidas eficaces, unas semanas después, en febrero de 1937, Pepe Díaz denunció ante el país, con energía aún mayor, los criminales atropellos que anarquistas, "incontrolados" y trotskistas cometían bajo el pretexto de la "colectivización" agraria. "No podemos consentir —decía— que un grupo determinado, en nombre de no sé qué ideología o de no sé cuál organización,



vaya un buen día al campo y le arrebate la cosecha que tantos sudores y tanta sangre le ha costado recoger. El campesino es nuestro aliado y sus cosechas deben ser sagradas para nosotros. El que atropelle los intereses de los campesinos pobres, ése no puede invocar ninguna ideología: es un bandido, un enemigo del régimen."

Aquellos que, huérfanos de toda concepción sobre el papel de las clases sociales, acusaban a los campesinos de ser reaccionarios pretextando sus resabios ideológicos, José Díaz les replicaba certeramente:

"Los terratenientes, se han encargado de decirle al campesino que su enemigo es el obrero de la ciudad. Los campesinos no están todavía curados de ese veneno que han inculcado en ellos los terratenientes, los caciques, los curas, los bandidos del partido agrario, todos los explotadores que hacían aquella propaganda para seguir explotándolos. Si los que se dicen representantes de los obreros, cometen abusos criminales con ellos, al final, como represalia se negarán a trabajar y a sembrar la tierra. ¿Es esto lo que se quiere?"

La República debía dar a los campesinos la ayuda que reclamaban a objeto de poder sembrar y vender sus cosechas a un precio remunerativo, sin trabas ni violencias. Había que concederles la libre disposición de la tierra, créditos y toda clase de facilidades para la colocación de sus productos. La mano dura del poder popular debía caer exclusivamente sobre los **grandes** terratenientes, que en su noventa y cinco por ciento se habían plegado a la insurrección fascista.

Esta política es la que los comunistas exigían se aplicara con respecto a los campesinos, y fué la que realizó el obrero metalúrgico Vicente Uribe —miembro destacado de la dirección del Partido Comunista— como Ministro de Agricultura de la España republicana. El principio esencial de su política consistió en conseguir el aumento de la producción agrícola mediante el respeto a la voluntad y a los intereses de los campesinos. Esa voluntad fué respetada también cuando dispuso la distribución de las tierras de los nobles, del alto clero y de todos los facciosos entre los campesinos, por obra de Juntas Calificadoras integradas por las organizaciones campesinas, los ayuntamientos y los sindicatos obreros agrícolas.

Idéntica era la política que José Díaz y su Partido aplicaron con respecto a los industriales modestos. "Hay que curarse un poco —decía Díaz— de eso que podemos llamar el sarampión de las incautaciones, de esos casos de incautación de bienes de pequeños industriales, de "socialización" de pequeñas industrias, de todos los abusos de esa naturaleza."

En su lucha perseverante y patriótica por unir bajo la bandera de España a todos los españoles amantes de la independencia de su país. José Díaz y el Partido Comunista aplicaron con firmeza la norma de **respetar** y hacer respetar las creencias religiosas, de no perseguir y no permitir que se persiguiese a nadie por profesar y practicar el culto.

"Hay una campaña fascista de tipo internacional —dijo Pepe Díaz— para hacer creer que nosotros asesinamos a los católicos, quemamos todas las iglesias y cometemos qué sé yo cuántas tropelías más contra los creyentes. Nosotros, el Partido Comunista, respetamos las creencias religiosas, y nosotros no tenemos el menor interés en derribarlas ni en destruir lo que hay dentro de ellas. Si los fieles van a la Iglesia a profesar su culto, a rezar o dar fe de sus creencias, que lo hagan; nosotros no los molestaremos."

"A los que no respetamos —agregaba Díaz— es a los falsos religiosos que convierten el crucifijo en trabuco, que empuñan las armas contra el pueblo y que se parapetan en las iglesias como si fuesen fortalezas de guerra."

Esta política fué un hecho tangible en la España republicana durante todo el período de la guerra nacional. El Gobierno republicano protegió el culto católico —a veces



con la fuerza pública— contra ocasionales atropellos de elementos fanáticos y provocadores.

Tales fueron los esfuerzos que los comunistas, bajo la conducción de José Díaz, desplegaron para unificar a la nación española en la guerra por su liberación del yugo extranjero.

## X

Relacionada íntimamente con esta política de unidad, estaba la lucha de Díaz y de su Partido por hacer efectiva la práctica de la **democracia** en la España republicana, sin reparo en el estado de guerra.

Si se quería que la República se desarrollase como una república **democrática**, era necesario que todos los sectores sociales y políticos que compartían los sacrificios de la guerra liberadora, participaran igualmente, con plenos derechos, en la vida política del país y en su dirección. Por eso Díaz y su Partido propusieron en 1937 que se hiciera una consulta al país por medio de elecciones generales.

Aunque parezca extraño, esta proposición no fué recibida con entusiasmo por muchos demócratas y encontró contradictores obstinados en todos aquellos elementos que, como los anarquistas y trotskistas, habían cometido abusos y traiciones desde sus cargos gubernativos o administrativos, y temían el veredicto de la opinión popular. José Díaz defendió la proposición argumentando de la siguiente manera:

Ningún partido, ninguna organización anti-fascista puede tener miedo a una consulta electoral, a una amplia actividad política de las masas.

“¿Quiénes son los únicos que pueden temerla? Los políticos personalistas y sus grupos incondicionales, los que se alegran de las alternativas desfavorables de la guerra y pretenden utilizarlas como armas contra el Gobierno y contra el Frente Popular; los que defienden a los traidores y espías del POUM.

“Los partidos populares, el Gobierno, por el contrario, sacarían de este contacto con la masa una fuerza mayor, más poderosa, para continuar la guerra hasta la victoria.

“¿Quién debe votar? Soldados y civiles, el frente y la retaguardia, hombres y mujeres, los jóvenes desde los 18 años.”

Tales postulados, sostenidos en pleno fragor de la lucha armada contra la agresión nazi-fascista, demuestran que José Díaz y los comunistas —tan calumniados como enemigos de las instituciones democráticas por los peores enemigos de las mismas— actuaron en España como actúan en todas partes: como **verdaderos demócratas**. Claro que los comunistas son partidarios de una democracia popular efectiva, no de una democracia amañada a base de representantes “elegidos” —es decir, **impuestos**— por el fraude y la violencia.

## XI

Precisamente por ser demócratas **consecuentes**, nunca José Díaz y los comunistas españoles confundieron democracia con debilidad o capitulación ante las actividades conspirativas y criminales de los enemigos **jurados** de la democracia, los reaccionarios y fascistas. Para defender la democracia, era preciso —desde mucho antes del estallido de la guerra civil— aniquilar implacablemente a estos enemigos. José Díaz y su Partido no



se cansaron de advertir al Gobierno surgido de las elecciones del 36 acerca del inminente peligro que entrañaba su complacencia hacia los conspiradores reaccionarios. El 5 de abril, Díaz señaló que "la reacción trabaja en diversas formas. En el Parlamento trata de presentarse como legalista, aparenta someterse al triunfo de la voluntad del pueblo, pero por otra parte está preparando la rebelión. ¿Quién no conoce la preparación del Golpe de Estado? Si no se han decidido aún a dar el golpe es porque las condiciones no les son favorables."

El 5 de julio, pocos días antes de la sublevación fascista, José Díaz insistía en el Parlamento sobre la misma cuestión.

"Es preciso afianzar las fuerzas de la democracia. Y para ello, el Gobierno tiene que acabar con los mandos reaccionarios, con los jefes monárquicos y fascistas dentro del ejército, con los jueces fascistas y con toda clase de enemigos dentro de la República, que lo son más aún de los trabajadores. ¡Fuera los Franco y Godet del ejército!"

"El Gobierno considera que, haciendo algunas concesiones a la reacción puede dominarla, y tenemos que decirle al Gobierno que a la reacción no se le puede vencer haciéndole concesiones."

El 15 de julio, tres días antes del alzamiento reaccionario, Díaz reiteraba la demanda de su Partido.

"El Gobierno se ha quedado corto al no meter mano a fondo a los elementos que provocan la guerra civil en España. Pedimos que se apliquen esas medidas. Si se hace lo que pedimos —se lo aseguramos al Gobierno— no habrá guerra civil."

Pero, el Gobierno republicano perseveró en la política de la **tolerancia** hacia los conspiradores militares-fascistas, en lugar de aplicar las drásticas medidas **preventivas** exigidas por José Díaz y su Partido. Como consecuencia, Franco tuvo tiempo para desarrollar su plan conspirativo y para retribuir esa tolerancia con la traición a la Patria y con el desencadenamiento de una guerra civil brutal y sanguinaria.

Apoyándose en esta **amarga** experiencia, el Partido Comunista insistió con más fuerza que nunca, desde el comienzo de la guerra de independencia nacional, sobre la necesidad de perseguir al enemigo emboscado, de extirpar de raíz la organización de la Quinta Columna. En ésta, como en otras cosas, José Díaz y los comunistas españoles atendieron al sabio consejo dado por Stalin al Partido Comunista (b) de la URSS sobre las consecuencias nefastas del debilitamiento de la vigilancia sobre el enemigo. "Para vencer en una batalla —ha dicho Stalin— serían necesarios, quizás, varios Cuerpos del Ejército Rojo; pero para comprometer su victoria bastaría con que hubiese en el Cuartel General o simplemente en el Estado Mayor de una División unos cuantos espías dispuestos a sustraer el plan de operaciones y hacerlo llegar a manos del enemigo. Para construir un gran puente de hierro se requieren muchos miles de hombres, pero para hacerlo volar por los aires bastan unos cuantos hombres. Y así podríamos dar decenas de ejemplos..."

A los comunistas españoles corresponde el mérito de haber alertado al mundo sobre el peligro que representa la Quinta Columna, en las condiciones de la guerra de agresión del Eje fascista. En marzo de 1937, al denunciar la obra traidora de los quintacolumnistas españoles, decía José Díaz: "El fascismo, el trotskismo y los "incontrolables" son los tres enemigos del pueblo que deben ser eliminados de la vida política, no solamente de España, sino de **todos** los países civilizados." En lo que concierne a las medidas de represión preventiva que el Gobierno debía tomar con respecto a los quintacolumnistas, decía: "Primero, poner a buen recaudo a los fascistas y a los vagos, y luego mandarlos a que construyan trincheras y parapetos para mejor proteger la vida de nuestros combatientes. El que no haga algo útil para la guerra en el frente o en la retaguardia, hay que meterle mano sin vacilación."



Desgraciadamente, no todos los antifascistas españoles estaban convencidos de la necesidad de perseguir a los quintacolumnistas, lo que costó bastante caro al pueblo español. El descubrimiento de la labor criminal desarrollada por la quinta columna española confirmó sin lugar a réplica lo que ya habían demostrado sobradamente los procesos de Moscú del año 1938, a saber: que los trotskistas no eran más que una banda de espías y saboteadores al servicio de la Gestapo y del fascismo internacional. La rebelión fascista-trozkista-falangista de mayo de 1937 en Cataluña, demostró que los trotskistas españoles (POUM), y su organización, eran una parte integrante de la Quinta Columna falangista y del servicio de espionaje y sabotaje de Franco. En presencia de las vacilaciones del Gobierno, Díaz tuvo que insistir una vez más sobre la necesidad de aniquilar rápidamente a los quintacolumnistas trotskistas. "Los descubrimientos de la policía —dijo— han probado que los falangistas y los poumistas trabajan unidos en la ilegalidad en su obra de espionaje y de sabotaje. Pues bien, si trabajan juntos, hay que aplastarlos juntos."

¡Hay que aplastar a tiempo la Quinta Columna, si no se quiere caer víctima de ella! Esa es la **gran lección** de España. Desde que la Quinta Columna fué descubierta, reconocida y "bautizada" en España, ha ido extendiendo y perfeccionando su actividad criminal. La Quinta Columna nazi-nipo-fascista-falangista opera en todo el mundo, y es tan larga que —según una frase feliz de Díaz— "nunca se le ve el rabo" ... **Espía, realiza obra de sabotaje, desorganiza, trata de dividir** a los pueblos y a las naciones, se esfuerza por **impedir la unidad nacional** de los pueblos en defensa de su libertad e independencia. Y, sin embargo, existen países de América en que los gobiernos la toleran y la estimulan. ¡Guay de los pueblos que no reaccionan a tiempo contra esa tolerancia antipatriótica! Perderán su independencia y su libertad, y sufrirán el hambre, la miseria, la esclavitud y la muerte, a igual que muchos pueblos de Europa y del Asia sojuzgados por el Eje fascista...

## XII

Uno de los factores decisivos que permitieron al pueblo español sortear todas las dificultades internas y resistir heroicamente durante casi tres años a la agresión armada de las hordas invasoras fascistas, fué la solidaridad internacional de los pueblos, y, **sobre todo**, la ayuda decidida y generosa que Stalin, el Gobierno y el pueblo de la Unión Soviética le prestaron en todos los terrenos.

La histórica declaración de Stalin de que "liberar a España de la opresión de los reaccionarios fascistas no es incumbencia privativa de los españoles sino la causa común de toda la humanidad avanzada y progresista", fué refrendada por el envío de toda una ayuda **efectiva**, de toda la ayuda que a la URSS le fué posible dar a España con el fin de proporcionarle los medios necesarios para triunfar sobre las hordas fascistas invasoras.

Los que han vivido aquellos momentos difíciles en que se encontró la España republicana en los primeros tiempos de la rebelión militar-fascista, conocen el **dolor** que producía ver a los mejores hijos de la clase obrera y del pueblo español ir al frente mal armados para enfrentarse al avance de las hordas fascistas, **bien equipadas** desde el comienzo con el material de guerra robado a la República, y con los formidables elementos mecánicos que recibieron inmediatamente de los gobiernos fascistas de Alemania e Italia. Conocen también lo que significó, tanto desde el punto de vista material como desde el punto de vista moral, la ayuda **generosa** de la URSS.

Al estallar la rebelión militar-fascista contra la República democrática de España y contra su Gobierno legítimo, surgido del triunfo electoral de febrero de 1936, se esperaba



que, en defensa de **sus propios regímenes** e intereses, los países democráticos de todo el mundo —y especialmente Francia, vecina de España— acudirían en ayuda de la República española agredida desde adentro y desde afuera por los enemigos jurados de la democracia: los nazi-fascistas. Se sabe que no fué así. Que sucedió lo contrario. Que los gobernantes de esos países —los mismos que más tarde capitularon ante Hitler— mostraron más bien interés en **sacrificar** a la República española. Que obstaculizaron por todos los medios a la República española, impidiendo que se procurase los elementos necesarios para su defensa. Los agentes fascistas —de adentro y de afuera— y los "apaciguadores", habían conseguido crear, en muchos países democráticos, una atmósfera de **indiferencia** cuando no de **hostilidad**, contra los heroicos combatientes españoles, cuyo "delito" consistía en haber empuñado las armas para defender su **libertad** e **independencia** para oponer un **dique de contención** a los avances de la reacción y, del fascismo en Europa y América.

Ante esa situación, muchos demócratas burgueses, y, sobre todo, muchos "revolucionarios" pequeño-burgueses de España se dejaron ganar por la idea pesimista de que "estando solos" era locura el continuar la lucha. El **histórico** mensaje de Stalin llegó más que oportuno. Es más: el pueblo español comprendió que no estaba solo y que, por el contrario, estaba **bien acompañado**.

Como es sabido, el llamamiento de Stalin fué oído y **ejecutado** no sólo por los comunistas españoles y por el pueblo español, sino por los comunistas y por todos los hombres avanzados y progresistas del mundo entero. La materialización de la solidaridad para con el heroico pueblo español cobró, desde entonces, un gran impulso. Una de las formas más nobles y más emocionantes de esa solidaridad internacional, fué la formación de las Brigadas Internacionales, cuyo abanderado fué Andrés Marty: héroe internacionalmente conocido. La humanidad civilizada y progresista nunca apreciará en todo su valor lo que ha representado el noble gesto de aquellos hombres que, salidos de todos los rincones del mundo, llegaron a España para defender en sus trincheras **la libertad y la independencia de todos los pueblos**. Buscados y perseguidos por los gobiernos reaccionarios y pro-fascistas de sus países, y de los países de tránsito, los héroes que formaron en las Brigadas Internacionales organizaron a escondidas su viaje a España. Cruzando ilegalmente las fronteras, escalando montañas abruptas y nevadas, cruzando los mares en botes de pesca, escapando al control de la policía de la "no intervención", perseguidos y a veces asesinados por la misma, esos hombres llevaron al pueblo español, junto con su tributo de **sangre**, el estímulo, el aliento, el espíritu solidario de la parte **más consciente** y combativa de sus pueblos.

Su noble misión —a decir la verdad— no siempre fué comprendida por ciertos gobernantes de la propia República española. El pueblo **sí que la comprendió**. La gratitud del pueblo español hacia esos valientes luchadores, fué expresada por José Díaz, en nombre de su Partido y de todo el pueblo español, en la oración fúnebre tributada a Hans Beimler, el heroico dirigente comunista alemán muerto en el frente de batalla: "Frente a los miserables asesinos a sueldo, mercenarios de Hitler y Mussolini —dijo Díaz— que vienen a robarnos pedazos de nuestro suelo patrio para cebar a los buitres del imperialismo extranjero, la solidaridad de los hombres que, sintiendo el verdadero patriotismo de sus pueblos, ayudan al nuestro a liberarse de las garras que se lo quieren repartir. Junto con el pueblo español que combate por su libertad, vienen a ocupar su puesto de lucha los hombres mejores y más conscientes de todos los pueblos, que saben que hoy, luchar por la victoria de nuestro pueblo contra el fascismo, es luchar por la libertad de sus propios pueblos y por la consolidación de la democracia y de la paz mundial."

Natural es que los agentes del Eje fascista y de su lacayo Franco, los trotskistas,



los faistas y demás "incontrolados"— exasperados por la ayuda de la Unión Soviética a la España leal, se esforzaron por destruir los efectos **morales** de esa ayuda, ya que no podrán anular sus efectos materiales. Con ese fin, desataron una insidiosa campaña tendiente a desorientar al pueblo haciéndole creer que la URSS no podía o no quería ayudar. Trozkistas, faistas y demás quinta-columnistas rivalizaron en esta infame tarea de desmoralización. Pero, José Díaz y el Partido Comunista la combatieron y destruyeron con apoyo de hechos que nadie podía negar porque todos lo veían.

"Comprendereis toda la mala intención que encierra el hecho de querer desmerecer la ayuda del pueblo soviético. Y yo digo: quien la ignore o la quiera ignorar de una manera mal intencionada, que dé un paso por cualquier frente, y que vea la marca de fábrica de la... "**mantequilla**" con que se alimentan nuestros combatientes.

El pueblo español —particularmente, los bravos soldados que se batían en el frente de guerra— sabían toda la verdad acerca de la ayuda soviética, y se sentían alentados por la solidaridad efectiva del pueblo y del Gobierno de la Unión Soviética.

"La gratitud, el cariño de nuestro pueblo por el pueblo soviético, por el gran Partido que lo dirige y por su Jefe, el camarada Stalin dijo Díaz— han sido bien demostrados en la conmemoración del 20 aniversario de la Revolución Rusa". Y agregaba: "La gratitud de nuestro pueblo hacia el gran luchador anti-fascista, camarada Dimitrov, que sin descanso ha luchado y lucha para que en la ayuda a España se unan y actúen juntas todas las fuerzas del proletariado internacional, todas las fuerzas anti-fascistas, también será eterna."

### XIII

La consecuente política de unidad popular y nacional, de estímulo de la solidaridad internacional, que el Partido Comunista de España, bajo la dirección de José Díaz, puso en práctica, creó todas las condiciones necesarias para el triunfo de la causa democrática sobre los agresores nazi-fascistas. Esa política estaba orientada a obtener no solamente el apoyo de todas las fuerzas internas partidarias de la independencia de España y de la República sino también del apoyo de las fuerzas democráticas en el plano internacional, particularmente de las de Francia e Inglaterra, países que, amenazados en sus intereses nacionales por los avances del Eje Berlín-Roma-Tokío, tenían un interés **propio**, esencial, en prestar al pueblo español toda la ayuda que necesitaba para ganar la guerra.

Desgraciadamente, el enemigo que estrangulaba a España, trabajaba simultáneamente, con intensidad extraordinaria, en el seno de los gobiernos "democráticos" que regían a aquellos países, José Díaz y su partido tenían perfecta conciencia de la grave amenaza que representaba la política "apaciguadora" e **hipócrita** que se ocultaba bajo la mentira de la "no intervención".

A fines de 1937, diez y seis meses después de iniciada la guerra civil, Díaz señalaba con acierto adonde conduciría la política capituladora y pro-fascista de las capas dirigentes de Inglaterra y Francia.

"La lucha que se desarrolla en España es una parte del combate mundial entre la democracia y el fascismo que quiere destruirla.

"La política reaccionaria de las clases dirigentes de Francia y de Inglaterra no evita, sino que acelera la preparación de una guerra, en la que los bandidos fascistas se lanzarán a la destrucción de las libertades de todas las naciones europeas".

Un año más tarde, con motivo de la traición de Munich, José Díaz caracterizaba la política de Chamberlain y de sus cómplices en los términos siguientes:



"Hoy está claro que lo que quiere la parte más reaccionaria de la burguesía de Inglaterra y Francia es que nuestro país deje de ser libre e independiente.

"El ejemplo de España está aleccionando y mostrando el camino a los demás pueblos de Europa de cómo se debe y se puede defender la independencia nacional, unidos todos en una lucha sin vacilaciones. Por esto dan carta blanca en España a los fascistas alemanes e italianos.

"Debemos prever, pues, sobre todo en los frentes, luchas y días muy duros, y prepararnos para ellos".

Los "días muy duros" que José Díaz previó no vinieron sólo para el pueblo español: vinieron para todos los pueblos del mundo. Hoy, a la luz de los trágicos acontecimientos mundiales, se comprende con cuanta razón el gran Stalin señaló al mundo en 1936 que la causa del pueblo español era la causa de **toda** la humanidad avanzada y progresista. Si entonces se hubiese creado el bloque de la URSS con todos los países democráticos, las hordas fascistas hubiesen sido detenidas y **batidas** en España y la humanidad no asistiría a la ola de barbarie, destrucción y muerte que empezó en España —y que hoy envuelve a todos los países del mundo. El bloque de las naciones civilizadas contra el Eje de la barbarie fascista, que no se realizó entonces a pesar del insistente reclamo de la URSS, se está realizando ahora cuando la agresión y la obra devastadora y esclavizadora del imperialismo fascista ha dejado de ser un mero peligro para transformarse en una realidad inmediata para **todos** los pueblos del mundo. Los anti-fascistas, los patriotas, todos los hombres civilizados de los países aún no agredidos **directamente** por las potencias del Eje fascista, deben **unirse** en defensa de la seguridad e independencia nacionales y luchar en común para **obligar** a sus respectivos gobiernos a que se incorporen inmediatamente al frente de las Naciones Unidas. Si se les ponen obstáculos, deben **apartarlos**. Si son necesarios sacrificios para ello, **deben hacerlos**. Para evitar que la Patria sea agredida desde dentro y desde fuera, para evitar que su país sea sojuzgado y esclavizado, bien vale la pena de que los patriotas se decidan a luchar en común con el fin de **imponer** su voluntad a los gobernantes que no quieran tenerla en cuenta.

#### XIV

La historia de la vida política de José Díaz está íntimamente ligada al período de consolidación y desarrollo del Partido Comunista de España. Al analizar la historia de varias décadas del movimiento obrero y popular de España algunos de los cuales los vivió Díaz como actor; al analizar las causas de los flujos y reflujos del movimiento obrero y popular, el carácter de las luchas encarnizadas entre las fuerzas de la libertad y el progreso, por un lado, y las de la reacción y el fascismo, por el otro; al ver los cerroches de energía y heroísmo llevados a cabo por enemigos, el obrero anarcosindicalista sevillano José Díaz, llegó a la conclusión de que sin la clase obrera y el pueblo español sin conseguir el aplastamiento decisivo de sus creaciones de un fuerte y aguerrido Partido Comunista de **temple stalinista**, firme y flexible como el acero, de su partido que reuniese en su seno a los elementos más concientes las fuerzas reaccionarias y fascistas que la oprimían.

En ese sentido, la experiencia hecha en 1931, cuando el advenimiento de la República, había sido **decisiva**. La falta de una línea política acertada de parte del partido del



proletariado, su insuficiente capacidad para colocarse a la cabeza de la clase obrera y de todo el pueblo con el fin de luchar para dar a la República, desde el comienzo, un contenido social popular, impidió que la pujanza revolucionaria de la clase obrera y del pueblo sirviese para liquidar **drásticamente** la base material y social de la contrarrevolución. Hoy es claro para toda persona honrada que, de haberse afianzado la República sobre una base **popular**, en ese momento inicial en que los bandoleros fascistas de Alemania y de Italia no estaban todavía en condiciones de agredir directamente a otros pueblos, el curso de los acontecimientos en España pudo haber sido otro.

Comprendiéndolo así, al hacerse cargo de la dirección del Partido, José Díaz se dedicó con ardor y tenacidad a formar un partido capaz de cumplir esa misión. Elementos proletarios, combatientes probados en la lucha, los había muchos en España. Los había en el propio campo anarco-sindicalista, donde Díaz había militado. Era cuestión de darse a la tarea de apartar el trigo de la paja, de reunir los granos dispersos, de ir concentrando los mejores elementos de la clase obrera en su Partido. Pero, para poder crecer y fortalecerse rápidamente, era preciso que el Partido se diese un programa claro y sencillo, adecuado a la situación **real** de España, que ajustase su actividad política a ese programa, y que, frente a los cambios que se producían en la situación, realizara los cambios tácticos necesarios. Era preciso que el Partido fijara su posición política frente a todos y cada uno de los problemas candentes del momento; que luchase para despejar el ambiente de confusión ideológica y política existente en el movimiento obrero y popular; que se ligase estrechamente a las masas con el fin de llevarlas, en el momento oportuno, a la lucha y al triunfo. Como se ha visto, la lucha por el esclarecimiento ideológico y político del movimiento obrero y popular no era fácil de realizar en un país como España, donde privaba la "ideología" anarquista y, en general, el "revolucionarismo" pequeño-burgués —en gran parte, como reacción contra la política colaboracionista y capituladora del socialismo reformista— y donde la propia burguesía había cultivado una especie de anarquismo burgués (lerrouxismo). Sin embargo, esa tarea fué cumplida con éxito por José Díaz y su Partido.

El justo planteamiento del carácter de la revolución y de las reivindicaciones de la clase obrera, de las masas campesinas, de toda la población laboriosa en la etapa de la revolución democrático-burguesa, es lo que permitió al Partido Comunista de España desarrollarse rápidamente. En 1931, al instaurarse la República, el Partido Comunista de España estaba bajo la dirección de un grupo sectario-oportunista —que luego fué excluido del Partido— y no tenía más de 800 miembros. Bajo la dirección de José Díaz y de Dolores Ibarruri (Pasionaria), el Partido Comunista fué desarrollándose continuamente hasta llegar a tener más de 300,000 afiliados en el curso de la guerra por la libertad y la independencia nacional.

Sin embargo, el crecimiento del Partido no se realizó solamente durante el período de la guerra, como algunos creen. El Partido crecía ya con anterioridad y a un ritmo considerable, tanto en los períodos de la legalidad como en los de ilegalidad; antes de los combates de octubre de 1934 como durante el período de represión brutal que siguió a la derrota; después del triunfo del Frente Popular como en el curso de la guerra. Durante el período de represión, lejos de perder afiliados, el Partido los **duplicó**. Lo que permitió decir a José Díaz en abril de 1936: "El Partido Comunista cuenta ya con 60,000 afiliados, 30,000 de ellos han ingresado después del triunfo de febrero, y esto no es más que el comienzo, el chorro sigue abierto..." En efecto, el chorro siguió abierto, y, en el momento de estallar la rebelión militar-fascista, el Partido Comunista de España contaba ya con más de 100,000 afiliados. Gracias a estos cien mil combatientes y dirigentes de la clase obrera y del pueblo, y a los millares que se sumaron a ellos durante los años de guerra, el Partido Comunista de España pudo desempeñar el grandioso papel



que le cupo en el desarrollo de la guerra de liberación nacional contra los asaltantes fascistas.

¿Por qué el Partido Comunista español pudo crecer con tanta rapidez desde la insignificante cifra de 800 afiliados en 1931 hasta la imponente masa de 300,000 afiliados que tuvo en 1938?

En primer lugar, porque el Partido Comunista de España no se contentaba con la seguridad de poseer una línea justa sino que, en todo momento, ponía el máximo afán en obtener que su línea "haya sido comprendida y aplicada por todas las masas populares," al decir de Díaz.

En segundo lugar, porque el Partido Comunista de España, bajo la dirección de Pepe Díaz y de Dolores Ibarruri, procedió siempre con **gran responsabilidad**. Nunca jugó con los intereses de la clase obrera y del pueblo. Cuidó en todo momento de aplicar su línea estratégica y táctica con la mayor flexibilidad, prestando atención constante a los cambios que experimentaba la situación política del país y adaptando sus métodos y formas de lucha a tales cambios, sin perder de vista el objetivo **principal** de aplastar a las fuerzas de la reacción y del fascismo, y de asegurar el desarrollo de la revolución democrática.

"Hay —decía Díaz— otro aspecto relacionado con el de la responsabilidad, y es el de la **sensibilidad política**. Desde hace muchos años, y hoy más que nunca, los acontecimientos en España marchan con una rapidez enorme. Y tenemos que ser políticamente ágiles, para evitar que los acontecimientos pasen por encima de nuestras cabezas, como nubes, sin que veamos siquiera su velocidad, y sin intervenir en ellos a tiempo con una actividad política determinada. La sensibilidad política consiste también en saber aprovechar cada momento, en lanzar la consigna justa que cada situación exija, en cambiar las consignas ya sobrepasadas por los acontecimientos."

Esta sensibilidad política, unida al análisis marxista-leninista de las fuerzas sociales y políticas en pugna, a una apreciación correcta de la correlación de fuerzas existente en cada momento dado, colocó al Partido Comunista de España en condiciones de poder dar a cada situación determinada una salida política apropiada, una solución favorable a los intereses de la clase obrera y del pueblo. Gracias a esa noción exacta de las fuerzas en juego, gracias a su fe razonada en la capacidad combativa de las masas, el Partido Comunista de España pudo orientar al pueblo por rumbo seguro, evitando por un lado caer en apresuramientos peligrosos y, por otro lado, dejarse llevar por el pánico y la desmoralización en las situaciones de derrota. Dos ejemplos históricos así lo demuestran.

En 1933, después de haber permitido —con su resistencia a la política de unidad— el triunfo de las derechas en elecciones viciadas y después de haber sido ya arrojado del poder por la misma burguesía reaccionaria que lo había utilizado para apaciguar el movimiento popular, el Partido Socialista lanzó la consigna de: "¡Todo el poder al Partido Socialista!" José Díaz y su Partido señalaron que tal consigna era estrecha e irrealizable, pues, lejos de contribuir a agrupar a todas las fuerzas que era preciso reunir para barrer a la reacción del poder, alejaba a los sectores democráticos que todavía vacilaban bajo la impresión del reciente triunfo de las derechas. La consigna debía ser: ¡Por el rescate de la República democrática! De todos modos, antes de lanzar a la clase obrera y al pueblo a la lucha, era preciso tener en cuenta que, en ese momento, la correlación de fuerzas era favorable a la reacción adueñada del Gobierno; que las condiciones para un nuevo triunfo del pueblo estaban madurando al calor de la indignación creciente de las masas, pero, que todavía no había madurado; que, por tanto, era necesario —ante todo— establecer un programa de acción común que comprendiese las reivindicaciones esenciales de la revolución democrática-burguesa, y sobre esa base, encauzar la unidad de acción entre el Partido Comunista, el Partido Socialista, la UGT,



la CNT, los partidos republicanos y demás fuerzas democráticas. Debían crearse comités de alianza obrero-campesina, que sirviesen de espina dorsal a la unidad amplia de todos los sectores obreros y populares.

El Partido Socialista no escuchó la proposición del Partido Comunista. Viendo que, a pesar de todo, la unidad de las fuerzas anti-fascistas se iba realizando y sintiéndose con fuerza suficiente para tratar de impedirla, el Gobierno de la reacción precipitó los acontecimientos y formó el 4 de octubre el gobierno Lerroux-Gil Robles. Como es sabido, se desencadenó la huelga general en todo el país y el movimiento tomó carácter insurreccional en varias regiones, sobre todo en Asturias, donde obreros y campesinos, unidos en los comités de lucha bajo la dirección de los comunistas, se adueñaron del poder durante dos semanas.

Sin entrar a analizar las causas generales de esa derrota momentánea, puede afirmarse que su causa **esencial** fué, por una parte, la insuficiente **popularización** de las reivindicaciones democráticas por las cuales se desencadenaba el movimiento —hecho que se debió a que al Partido Socialista no las aceptó ni comprendió— y, por otra parte, a no haberse **creado** los órganos de lucha correspondientes, o sea, las Alianzas Obreras y Campesinas.

Ahogada en sangre la insurrección de octubre, pero sin haber quebrado el espíritu combativo de la clase obrera y del pueblo, la reacción pro-fascista instalada en el poder tomó una serie de medidas "**fuertes**" para impresionar al pueblo y crear el desaliento en muchos dirigentes "revolucionarios" que no comprendían —o no querían comprender— que la derrota era momentánea. Una parte de los socialistas y otros sectores democráticos cayeron en el derrotismo, y fomentaron la idea de que ya no había "nada que hacer", en vista de que la revolución —según ellos— habría cedido su lugar a un prolongado período de reacción y de terror contrarrevolucionario. José Díaz y el Partido Comunista, por el contrario, no solamente negaron esa perspectiva derrotista sino que afirmaron y resueltamente el carácter **transitorio** de la situación de derrota y la proximidad de un **nuevo ascenso** de la fuerza y combatividad del movimiento popular. El gobierno pro-fascista se encontraba en la imposibilidad de desviar el descontento de las masas, pues no podía abordar ni resolver el candente problema agrario ni ninguno de los demás problemas económicos y sociales que interesaban al pueblo. Las masas no se habían dejado intimidar por la derrota y estaban dispuestas a lanzarse de nuevo a la lucha. La indignación contra los crímenes cometidos en la represión del movimiento de octubre, arrojó un nuevo inflamable en el espíritu de las masas. Por tanto, José Díaz y el Partido Comunista llegaron a la conclusión de que, entonces más que nunca, era necesario **movilizar** y **organizar** a todas las fuerzas obreras y populares en un **amplio** Frente Popular, combinar la lucha por la libertad y la democracia con la lucha de Cataluña, Euzkadi y Galicia por sus libertades nacionales, y, de esta manera, crear un poderoso movimiento de unidad popular capaz de rescatar la República democrática de manos de la reacción.

Para elevar el creciente ardor combativo de las masas, para demostrar que el movimiento de octubre —habiendo sido una lucha en defensa de la República democrática contra la amenaza de una dictadura fascista— era digna de enorgullecer al pueblo, José Díaz, en un improvisado mitin realizado en Madrid el 2 de junio de 1935, asumió **públicamente**, en nombre del Partido Comunista, la responsabilidad por octubre, declarando:

"Por si aún hubiese alguna duda, yo, en nombre del Partido Comunista, digo a todos los obreros, a los campesinos, a los trabajadores todos— y que nos oigan también las huestes de la reacción— que nosotros asumimos la responsabilidad del movimiento y de la insurrección victoriosa de Asturias."

Tales palabras y actitudes mostraron a la clase obrera y al pueblo de España que



en la palestra de la lucha política había aparecido un nuevo guía, un guía **responsable**, que sabía no sólo lanzar las masas al combate sino también afrontar con audacia y firmeza las consecuencias —favorables o desfavorables—, de la lucha. Este guía era el Partido Comunista, dirigido por José Díaz.

Una vez más, los hechos demostraron que Díaz no se había equivocado. Después de aquel histórico mitin, las luchas obreras y populares se sucedieron sin descanso. En medio del terror que siguió a la insurrección de octubre, las calles de España se vieron llenas de pasquines, manifiestos y periódicos clandestinos del Partido Comunista. Su órgano "Bandera Roja" alcanzó en poco tiempo un tiraje de 30,000 ejemplares, a pesar de la ilegalidad. El pueblo vió en los comunistas a sus líderes en los momentos más difíciles de la lucha contra la reacción. Por eso el Partido Comunista creció y se desarrolló, no obstante la severa persecución de que era objeto.

Otra razón por la cual el Partido Comunista de España pudo crecer y desarrollarse con ritmo tan vertiginoso, es el hecho de que, en todo momento, se preocupó de una manera **efectiva** por las necesidades y por las aspiraciones de **todas** las capas de la población española, convirtiéndose por esa vía en un verdadero partido de la clase obrera, del pueblo y de la nación.

En marzo de 1937, la composición social del Partido Comunista español era como sigue: sobre 249,120 miembros, 87,660 obreros industriales, 62,250 obreros agrícolas, 76,700 campesinos, 15,485 hombres de las clases medias, 7,045 intelectuales y profesionales liberales, 19,300 mujeres (dentro de esta cifra no figuraban los 45,000 afiliados del Partido Socialista Unificado de Cataluña). ¿Cómo fué posible que el Partido Comunista de España reuniese en su seno a un número tan considerable de ciudadanos pertenecientes no sólo a la clase obrera sino a todos los sectores progresistas de la sociedad?

Eso fué posible porque el Partido Comunista se destacaba en todas las esferas de la vida social, económica y política de España como el intérprete más fiel y consecuente de los intereses de toda la población laboriosa, como su organizador y conductor en la lucha por la satisfacción de sus reivindicaciones, **grandes y pequeñas**.

El Partido Comunista no se limitaba a exponer las mejores soluciones de los problemas sociales, sino que, en todos los casos, acompañaba sus proposiciones con la **acción** de sus militantes y organizaciones para ayudar a la clase obrera y al pueblo a llevarlos a la práctica. José Díaz se preocupaba de modo constante por orientar y estimular a los comunistas, donde quiera estuvieren, a cumplir sus deberes de manera a servir de **ejemplos** para los demás.

A los comunistas que durante la guerra trabajaban en la industria, Díaz les aconsejaba así: "Es necesario que persuadan a las masas obreras de la necesidad de crear un ejército de la producción, fuerte y disciplinado; que se desvelen por encontrar fórmulas para aumentar la producción, para crear brigadas de choque con el fin de aumentar el rendimiento del trabajo."

"Es preciso que los comunistas sean los iniciadores y colaboradores más entusiasmados en la creación de una gran industria de guerra."

A los comunistas que trabajaban en el campo, les decía: "La preocupación primordial de los comunistas en este momento debe ser la de ayudar a los campesinos a diversificar o intensificar los cultivos, aumentando la producción agrícola para hacer frente a las necesidades de la guerra."

A los activistas del Partido en el seno de las organizaciones sindicales, les recomendaba "que eduquen a la masa sindical para sacar de ella los mejores cuadros para la producción; que luchen por establecer una verdadera democracia sindical que permita a los mejores elementos de la clase obrera, sin distinción de partido y de ideología, ocupar puestos de dirección."



Al mismo tiempo, exhortaba los comunistas a "estrechar cada día más los lazos con todas las fuerzas de la intelectualidad y demostrar prácticamente que el pueblo ama y estima la ciencia, el arte y la literatura, mientras el fascismo es sinónimo de atraso, de barbarie, de destrucción de los valores intelectuales, de negación de la cultura".

Una preocupación constante demostró Díaz porque los afiliados del Partido dieran una atención especial al trabajo entre las **mujeres** y los **jóvenes**. No perdía ocasión para estimular a las mujeres comunistas y a todas las mujeres anti-fascistas en su múltiple y meritoria labor de organizar la retaguardia en ayuda del frente y de dar ejemplo de abnegación y de sacrificio en todos los pueblos de trabajo y de lucha que ocupaban, de acuerdo con las necesidades de la guerra. No se cansaba de estimular a los dirigentes y afiliados de la gloriosa Juventud Socialista Unificada por sus magníficos éxitos en la tarea de **unir** en una sola organización a **toda** la juventud española y en su persistente labor de preparar jóvenes soldados para el frente, de preparar nuevos cuadros para la producción y de educar a la juventud española en un espíritu de **sacrificio** y de **heroísmo**.

Una atención **particular** dedicó José Díaz al papel que correspondía a los comunistas en los frentes de batalla. Teniendo en cuenta la afirmación de Stalin de que los comunistas deben ser "hombres de un temple especial", Díaz dió a los comunistas, consignas de hierro relacionadas con sus deberes en la defensa armada de la Patria:

"Los comunistas deben ser los combatientes más disciplinados, los más heroicos, los que no retroceden nunca; deben ser los que estimulen y organicen la acción ofensiva; al mismo tiempo deben ser los más vigilantes para impedir que las provocaciones y el espionaje enemigo se introduzcan en el ejército.

"Los comunistas deben ser buenos militares, partiendo del principio de que la guerra es una ciencia y un arte. Para vencer hay que aprender bien la técnica, la estrategia y la táctica militar.

"Cuando se dice a nuestra gente en la lucha: 'esa loma hay que tomarla', eso debe hacerse. ¡Hay que hacerlo! Y en primer lugar, los comunistas, porque desde el momento que somos comunistas, la vida no nos pertenece, está a disposición de los obreros, de la guerra y de la revolución. Por lo tanto, hay que hacer lo que diga el mando, aunque allí se deje la vida. Sólo así se es digno del nombre de comunista.

"Si se ve que un mando es flojo, no hay que dejarse amilanar por eso. Cuando eso ocurra que salga el único comunista que pueda haber en su columna, en su regimiento o en su compañía, y se ponga a ayudar al mando y a reemplazarlo si hace falta!

"Los comunistas se pondrán a la cabeza de los combatientes en los instantes de mayor peligro. Porque si así no lo hicieren, no tendrían cabida en nuestro Partido."

Esta es la educación que José Díaz, Dolores Ibarruri y su Partido dieron a los comunistas, a la clase obrera y al pueblo de España; educación inspirada en un espíritu de **abnegación** sin límites y de audacia **heroica** en la lucha por la defensa de la integridad e independencia de la Patria contra la agresión fascista.

No sólo los dirigentes del Partido que tenían cargos en el ejército —jefes militares o comisarios políticos— sino todos y cada uno de los miembros de la dirección del Partido alternaban su actividad política general con su actividad en el frente. José Díaz y Pasionaria, Uribe y Hernández, Checa y Carrillo, se trasladan periódicamente al frente, departen con los mandos y con los soldados, conversan, animan, ayudan y organizan. Allí donde hay una situación difícil, en el frente o en la retaguardia, aparece José Díaz, escucha, discute, propone y **resuelve**. Sus proposiciones son casi siempre aceptadas por todos, porque son acertadas. Luego vendrá el sabotaje de los enemigos del pueblo para impedir su realización, pero también contra este enemigo luchará Pepe Díaz y luchará con éxito.



Ir al frente, pero, no **descuidar** la **retaguardia**. Tal es la consigna de Díaz. En la guerra moderna el frente y la retaguardia forman una sola cosa. Sin una sólida retaguardia no hay frente que pueda resistir. Por eso la preocupación de Díaz es la de conseguir que la retaguardia se **discipline**, que vibre al unísono con el frente, que demuestre el mismo espíritu de sacrificio de los que están en las trincheras. **Trabajo, orden, disciplina** en la retaguardia, para mejor servir al frente. Tal es la consigna de José Díaz y del Partido Comunista.

Por eso, todos los revolucionarios de verdad, todos los demócratas sinceros veían en el Partido Comunista la mejor garantía para consolidar y desarrollar la unidad nacional y para crear las condiciones de la victoria sobre la agresión fascista.

De cómo el Partido Comunista predicaba con el ejemplo, da fé el hecho siguiente: de los 249.120 afiliados que tenía el Partido en marzo de 1937, no menos de 131.600, es decir, más de la mitad, se encontraban luchando en la primera línea de fuego —sin contar los millares de comunistas que durante todo el año anterior habían rendido sus vidas a la Patria. Ningún otro partido, ninguna otra organización podía exhibir un porcentaje que siquiera se aproximase al indicado. Aquello era el fruto de una educación inspirada en el principio de que, para **vencer**, es preciso tener **voluntad** de luchar. En ella reside, en gran parte, el secreto de la admirable resistencia del pueblo español, durante casi tres años de lucha armada contra los agresores fascistas.

Gracias a su actividad **ejemplar** en todos los frentes y en todos los terrenos, gracias a su política consecuente de unidad obrera, popular y nacional, el Partido Comunista de España creció hasta transformarse en la fuerza política más importante del país. De su arraigo en la clase obrera y en la masa campesina, de su autoridad en los círculos de la intelectualidad, de su prestigio en el frente y en la retaguardia, del cariño y el respeto que había por él en todas partes, habla el hecho siguiente: ya no se le llamaba el Partido Comunista, sino simplemente "**el Partido**". Y todos, afiliados y no afiliados, estaban pendientes de la palabra **del Partido** para disponerse a transformarla en acción.

El Partido Comunista de España creció también porque realizó una política sistemática tendiente a educar a nuevos cuadros y a combinar **armónicamente** la actividad de los afiliados nuevos con la de los viejos. Creció porque supo utilizar eficazmente el arma de la **crítica** y **autocrítica**. Creció porque nunca ocultó sus dificultades a la clase obrera y al pueblo y solicitó su ayuda para resolverlos. Creció, además, porque al mismo tiempo de abrir sus puertas de par en par a decenas de millares de obreros y campesinos, o intelectuales y hombres de la clase media, a las mujeres y a los jóvenes que se adherían a él convencidos de la justeza de su política, no descuidó en ningún momento la necesidad de observar una estricta vigilancia revolucionaria sobre la **fidelidad** y **moralidad** personal de los nuevos afiliados. En marzo de 1937, después de haber saludado la avalancha de afiliados nuevos, recién venidos al Partido, José Díaz se refirió a este problema recomendando vigilancia, "pues, entre esa enorme masa de nuevos afiliados el enemigo habrá hecho lo posible para deslizarse a alguno de sus agentes; es preciso establecer la vigilancia más eficaz en la labor de hacer una contrastación metódica de nuestros afiliados, y si de esta contrastación resulta que alguno tiene puntos oscuros en su pasado o en su actividad presente, hay que pedirle que los esclarezca **rápidamente**, y si no lo hace en forma satisfactoria, debe quedar inmediatamente fuera de las filas de nuestro Partido. Nuestro Partido debe ser un ejemplo de honestidad y de moralidad proletaria".

Gracias a su permanente cuidado por mantener limpias las filas del Partido, por cultivar en su seno una férrea disciplina y una recia moral proletaria y por estimular el desarrollo de todos aquellos militantes que se destacaban en la práctica como auténticos líderes de su clase y del pueblo, el Partido Comunista de España, el Partido de José Díaz y de Dolores Ibarruri (Pasionaria), pudo llegar a forjar tan brillantes figuras



de dirigentes del Partido, del proletariado y del pueblo como Uribe, Checa, Hernández, Mije, Antón, Modesto; Lister; S. Carrillo, Diéguez, Girón y tantos otros de grandes méritos. De estos unos están vivos y listos a reaparecer en el escenario de España, frente a su pueblo, en el momento oportuno; otros, han caído en el frente o han sido asesinados por las hordas franquistas, pero su ejemplo de capacidad, abnegación y heroísmo vive y vivirá eternamente en el seno de la clase obrera y del pueblo español. Cada uno de ellos actuó como una cabeza dirigente y, al mismo tiempo de haberse prestigiado particularmente en un determinado sector del pueblo, fué un líder del pueblo español en su conjunto.

Pasionaria es la encarnación del espíritu de rebelión de la mujer española, pero, al mismo tiempo, es un símbolo viviente de la pasión patriótica y revolucionaria de todo el pueblo español. Nadie la caracterizó mejor que el propio José Díaz.

"Pasionaria, nuestra gran Pasionaria, que no es solamente una de las camaradas más queridas de nuestro Partido, su mejor figura tribunicia, sino una de las personalidades más acusadas de la España actual, la que concentra el fervor entusiasta de todo el pueblo español, el símbolo de la España popular que lucha para salvarse de la esclavitud fascista... es todo sacrificio, toda modestia, toda fuerza revolucionaria, algo tan unido al proletariado, al pueblo todo, que ya Pasionaria es casi algo legendario y, cuando va a una Provincia a un local, a una casa de familia —yo lo he visto, y vosotros lo habréis visto también— la tocan para comprobar si es de carne o es de... una materia especial.

Y hablando de los otros líderes del Partido, decía Pepe Díaz:

"Uribe, obrero metalúrgico, Ministro de Agricultura, marxista-leninista y por eso, a pesar de ser obrero, conocer a fondo los problemas de la agricultura..."

"Checa, el **hombre** de nuestro Partido, el trabajador silencioso, vigilante y activo, organizador tanto en el frente como en la retaguardia..."

"Hernández, Ministro de Instrucción Pública, obrero pintor. Demostración práctica de que los comunistas son los mejores defensores de la ciencia, del arte y de la literatura..."

"Mije, obrero panadero, dirigente sindical, sub-comisario general de Guerra..."

"Antón, Diéguez, Girón, almas de la heroica resistencia de Madrid..."

"Carrillo la encarnación del heroísmo y la combatividad de la juventud española..."

"Modesto y Lister, grandes jefes militares formados en la guerra de liberación nacional, símbolos del Ejército popular español..."

Y así, sucesivamente, José Díaz se complacía en recordar, desde la tribuna y desde la prensa, a los nuevos y viejos cuadros del Partido, poniendo de relieve sus cualidades —no para desmerecer las cualidades de los dirigentes de otros partidos políticos o de jefes militares profesionales, muchos de los cuales se portaron de un modo ejemplar durante la guerra, ya que patriotas meritorios surgieron del seno de todos los sectores sociales— sino para decir a todos: estos valores los ha producido mi Partido, y como mi Partido es el Partido de la clase obrera y del pueblo, todos ellos, todos nosotros, estamos al servicio de nuestro pueblo y de nuestra Nación, hoy y mañana, cualquiera que sean las circunstancias por que atraviese.

¿Y qué decir del propio José Díaz, como hombre, como combatiente de la clase obrera y del pueblo?

Sólo faltaría agregar a lo que ya dijimos de Díaz como dirigente político proletario de temple stalinista, una fuerza de voluntad sobrehumana para vencer los dolores físicos que lo asediaban sin tregua, para prolongar su vida y poder así continuar la lucha en beneficio de su clase, de su pueblo y de su Nación.

Sólo un extraordinario esfuerzo de su indomable voluntad mantenía en pie de lucha a su organismo, minado por la cruel enfermedad que acaba de llevarlo a la tumba, prematuramente. El trabajo agotador que Díaz realizaba durante el transcurso de la guerra



de independencia nacional, comprometió seriamente su vida en varias ocasiones. El temple con que Díaz soportaba la dolencia está fielmente reflejado en las siguientes palabras que pronunció en la reunión del Comité Central de su Partido el 16 de noviembre del año 1937, con motivo de su reincorporación a la actividad, después de una segunda y delicada operación quirúrgica.

"Podeis suponer lo que para mí ha representado el estar más de cinco meses ale del contacto vivo de nuestro Partido, con nuestros combatientes, con nuestro pueblo; después de todo esto, una cosa me alegra, y es que he podido recobrar la salud, de la cual tenía unos deseos enormes, para dar mucho más, todo lo que sea posible, a nuestro Partido y a la causa antifascista; para contribuir a que, cuanto antes, ganemos la guerra. Mi vida está a disposición del Partido y del heroico pueblo español.

Tal era la **pasta** de que estaba hecho José Díaz. Era algo así como la expresión concentrada de la fe, del heroísmo, de la energía combativa del pueblo español. Con tal Jefe, y con tales dirigentes, es como el Partido Comunista de España pudo cubrirse de gloria al frente de su pueblo en la lucha por la libertad y la independencia de su Patria.

## XVI

A pesar del derroche de heroísmo y de la capacidad de organización de que dió muestras el pueblo español, los verdugos franquistas y las hordas nazi-fascistas —ayudados por la traición casadista— terminaron por doblegar su resistencia y... **pasaron**. Pero, pasaron a través de la destrucción y de la muerte, maldecidos y odiados por todo el pueblo español. Hoy solamente el terror bestial de los franquistas y la amenaza de ocupación total del país por parte de Hitler —el amo de Franco— retiene todavía a mucha gente que hasta ayer acompañaba a Franco creyendo —¡trágica equivocación!— que efectivamente iba a "salvar a España" de no se sabe qué peligros. Pero, pese a todo, en presencia del carácter cada día más abierto y descarado de la intervención hitlerista en la vida económica y política de España, al ver que Hitler considera y trata a España como una parte de su "espacio vital", los patriotas españoles van perdiendo el miedo al terror y se van reagrupando con el fin de aprovechar las condiciones crecientemente favorables que se presentan —en el orden nacional e internacional— para ajustar las cuentas a los verdugos franquistas y para arrojar del suelo patrio a los invasores nazi-fascistas.

El pueblo español está viviendo actualmente uno de los momentos más trágicos y dolorosos de su existencia. Una dictadura feroz lo explota y lo esclaviza. Suda lágrimas de sangre para alimentar a un régimen que odia, a un régimen que ha sembrado por doquier el dolor, la desolación y el luto. El pueblo español tiene que sufrir la afrenta bochornosa de ver salir de su país cuerpos de "voluntarios" para ir a combatir a la Unión Soviética, a ese gran pueblo hermano, que fué y es su fiel amigo —porque es amigo de todos los pueblos del mundo —y que, durante la guerra por la libertad y la independencia de su Patria, venció toda suerte de dificultades para prestarle una solidaridad **plena**, mezclando la sangre de sus hijos con la suya, para ayudarle a organizar su defensa contra la alevosa agresión fascista.

Pero, el pueblo español sufre —y **lucha**—. Ese pueblo heroico que ha sido educado en el ejemplo del Partido de José Díaz y de Pasionaria; que sabe que su fuerza reside en su unidad, en la unidad nacional de todos los patriotas; va acumulando fuerzas para poder sacudir, en el momento oportuno, el yugo del opresor nacional y del esclavizador extranjero.





Arriba: José Díaz, con Dolores Ibarruri presenciando un desfile del Ejército Popular durante nuestra guerra nacional-revolucionaria. Abajo: José Díaz, con varios compañeros del CC, en su despacho de trabajo.





**El Primero de Mayo  
de 1936, una  
miliciana al frente del  
Jefe del Partido Comunista**



Hoy, como ayer, el Partido Comunista sigue dando el ejemplo. Sus mejores militantes y dirigentes trabajan dentro y fuera del país, según las necesidades de la lucha, con el fin de organizar la resistencia de su pueblo a la explotación inicua de que es víctima y crear las condiciones para rescatar la República de la dictadura sangrienta de Franco. Muchos jefes que quedaron adentro después de la derrota, han caído frente al pelotón de ejecución de las hordas franquistas. Han caído Girón, Bolívar, Cazorla, Valenzuela, Sánchez, Daniel Ortega, Lara y muchos otros. Han caído, después de haber sido torturados bárbaramente. Diéguez y muchos otros que entraron al país después de la derrota para dirigir la actividad del Partido y del pueblo español en su lucha por la libertad y la independencia de su patria. Pero, a pesar de todo, el Partido Comunista vive y trabaja, extiende su organización en todo el país. Hoy como ayer, es el alma de la unidad obrera y popular, de la Unión Nacional. Partiendo del principio de que en esta guerra, cada país tiene su propia batalla que ganar, los comunistas españoles están disponiendo las fuerzas para que España gane su **batalla. Y la ganará.**

La ganará porque la batalla contra el fascismo será ganada internacionalmente. La España popular, que fué la primera en organizar la lucha armada para detener el avance de los agresores fascistas, y que fué batida por insuficiente ayuda internacional, se levantará nuevamente contra el mismo enemigo. Pero, cuando esto suceda, contará con toda la ayuda internacional necesaria para batirlo y aniquilarlo, pues, los pueblos se están desembarazando de los "apaciguadores" y de su política de capitulación ante el fascismo.

La ganará porque el Frente Unido de los pueblos que luchan para liberar a la humanidad de la barbarie fascista, es cada día más **amplio y sólido**. Pese al terror salvaje de que son víctimas, los pueblos sojuzgados por el Eje fascista se agitan, se organizan y luchan **subterráneamente**. Están acumulando fuerzas para destruir el régimen de esclavitud en que han sido sumidos por los "Quislings" y los "Lavales", vende-patrias repugnantes, lacayos al servicio de las potencias imperialistas esclavizadoras de pueblos.

La ganará porque el Frente de la lucha de los pueblos civilizados contra los bárbaros fascistas, están las tres **más grandes** potencias del mundo; la U. R. S. S., Inglaterra y los Estados Unidos.

La ganará porque, en el centro y a la cabeza de todos los pueblos, de todas las fuerzas que luchan con las armas en la mano contra la bestia fascista, se yergue el heroico Ejército Rojo y el glorioso pueblo soviético que han destrozado con fuertes golpes el mito de la "invencibilidad" de los agresores hitlerianos y se preparan a asesarles el golpe final.

La ganará, **sobre todo**, porque a la cabeza de la lucha de los pueblos contra la barbarie fascista está el gran Stalin, amigo fiel de todos los pueblos, quien con su ejemplo de perseverancia en la lucha, infunde a todos ellos el coraje y la voluntad de **luchar y de vencer**.

La batalla contra el fascismo será ganada tanto más rápidamente si nosotros, comunistas y anti-fascistas de América, inspirándonos en el glorioso ejemplo de José Díaz, luchamos tenazmente a fin de conseguir que todo el continente americano se una estrechamente y lance, cuanto antes, todo su peso en la balanza de la guerra a favor de los que luchan por la democracia y la libertad. Para conseguirlo, nos esforzaremos por **unir** a todos los patriotas de nuestro país, por realizar la Unión Nacional, con el fin de dar la batalla a **nuestra** Quinta Columna y aniquilarla, con el fin de obtener que **nuestro** país participe activamente en el frente único de los pueblos (Naciones Unidas).

Para poder juzgar con acierto cual será el desenlace de la gigantesca lucha armada a que asistimos actualmente, no hay que pararse en lo episódico, en lo accidental —como hacen algunos políticos miopes—, sino en lo esencial, en lo permanente. Lo episódico son las batallas que han ganado los Ejércitos de las potencias del Eje por sorpresa



y con alevosía; lo esencial, lo permanente, es la gran batalla que están organizando las naciones unidas, con la Unión Soviética a su frente, las cuales se disponen a lanzar a la lucha todo su creciente poderío militar y ganarán al Eje la batalla **decisiva**. Ganarán esa batalla porque la causa por la cual luchan **es justa**; y porque —esto también **es esencial**— disponen de recursos humanos y materiales **superiores** a los del enemigo.

En el día de la victoria, el proletariado y el pueblo español no tendrán a su lado a su hijo predilecto, a su Jefe querido; José Díaz. Pero, tendrán a su lado a sus fieles discípulos. Tendrán a su lado a su más fiel compañera de lucha: Dolores Ibarruri (Pasionaria). Cumpliendo la última voluntad de José Díaz, todos ellos "piensan en España". Piensan y luchan para rescatar a España de manos de sus verdugos. Piensan, luchan y trabajan, desde adentro y desde afuera, para unir al pueblo español y para llevarlo al combate y al triunfo. Mientras tanto, los discípulos de José Díaz, allí donde se encuentran, ayudan por todos los medios a los pueblos que luchan contra la barbarie fascista. Proceden así porque Díaz los ha educado en el espíritu del internacionalismo proletario, y porque saben que con eso acercan el día de la liberación de su propio pueblo.

Díaz murió en tierra soviética, tierra que él tanto amaba, con su pensamiento puesto en su querida España. Murió en Georgia, en la tierra que vio nacer al gran Stalin, envuelto en el cariño de sus discípulos y de sus maestros, en el cariño de todo el pueblo soviético. Murió sin poder ver el triunfo de la causa por la cual rindió su vida. Pero, murió con la convicción absoluta de que esa causa **triunfaría**.

Después del triunfo, es seguro que el pueblo español llevará las cenizas de José Díaz —amorosamente guardadas en la URSS— a colocarlas bien alto, en el corazón de España, en ese Madrid que él tanto quería, para que sus hermanos andaluces y de toda España tengan siempre presente a su hijo predilecto, a su Jefe, a su gran líder nacional.



**E**stas enseñanzas que nuestro país y nuestra guerra ofrecen a los pueblos amenazados por el fascismo, son, esencialmente, dos:

La primera es ésta: si se quiere contener el avance del fascismo, hay que hacerle frente con todas las armas, con decisión y coraje, sin cederle la más mínima posición.

La segunda es, que, para hacerle frente, el pueblo debe estar unido".

De la conferencia en Barcelona en la UNION IBEROAMERICANA, el 29 de noviembre de 1938.





**E**N la unión nacional entran diferentes grupos sociales, diferentes partidos. Cada grupo social, cada partido que la integra hace los sacrificios necesarios para que puedan existir un bloque de fuerzas capaz de hacer retroceder al invasor, que es el enemigo de todos. Expresión de esta coincidencia de fines es el programa expresado por los Trece Puntos de la República, programa que debe realizarse, que debe aplicarse, ya que su aplicación —nosotros, los comunistas, estamos completamente de acuerdo con quienes la piden— sólo puede servir para hacer más firme la unidad.

En este proceso de unión nacional, la clase obrera no tiene ni puede tener un puesto secundario. Por el contrario, debe tener, y tiene, un lugar muy destacado, conforme ha mostrado hasta la evidencia nuestra nuestra propia guerra, en el curso de la cual, la clase obrera ha asumido el papel fundamental en la creación del ejército, en la producción, en el mantenimiento del orden, incluso cuando ha sido menester poner un freno a extremismos intempestivos.

Y yo pregunto: ¿Es que este papel de la clase obrera debe inducir a celos injustificados a otros grupos sociales? Evidentemente, no.

Este papel de la clase obrera es el que le corresponde por ser ella la que mejor comprende lo que es el fascismo, cuales son los objetivos que persigue y cómo hay que unirse y luchar para hacerle retroceder y derrotarle. En los momentos difíciles, cuando el fascismo se esfuerza en despertar el interés egoísta de cada uno en la burguesía y cunde el derrotismo y la pequeña burguesía vacila, es el proletariado el que enseguida comprende cuál es el camino que debe seguirse."

(De "Tres años de lucha", de JOSE DIAZ.)





**PEDRO CHECA**

# **JOSE DIAZ, constructor del gran Partido Comunista de España**

José Díaz, el gran dirigente de nuestro Partido y de la clase obrera, el dirigente del pueblo español y de su heroica lucha armada contra el fascismo, el hombre en quien millones de seres veían su guía y su maestro, ha muerto en la URSS víctima de traídora enfermedad.

El más profundo dolor anida en todos los militantes del P. C. de España, en los obreros y campesinos, en las grandes masas del pueblo español que amaban y respetaban a este hombre sencillo, inteligente y heroico, el más alto exponente de la clase obrera española.

Las banderas del proletariado revolucionario, del pueblo antifascista de España, están de luto, por la pérdida más grande sufrida después de la momentánea derrota de la República.

José Díaz ha sido el constructor, el organizador el artífice del gran P. C. de España, del partido marxista leninista stalinista de la clase obrera española; del partido que organizó la lucha unida de los pueblos de España contra el fascismo, logrando grandes victorias de repercusión internacional; del Partido que constituye una de los principales garantías para la liberación de España.

Para comprender la grandiosidad de la obra realizada por José Díaz, es menester detenerse en las circunstancias en que fué llevada a cabo por este gran dirigente del pueblo español.

En 1931, y tras heroicas luchas, las masas populares hundían la odiosa monarquía borbónica, tremendo obstáculo al progreso y al desarrollo nacional de España y de las libertades del pueblo, y proclamaban la República.

El 14 de abril de 1931 representaba un momento histórico en el curso de la revolución democrático burguesa en desarrollo en nuestro país. Era el momento de liquidar el estado de atraso y de miseria secular en que vivía el pueblo, de resolver los grandes problemas de la tierra, de la iglesia, del Ejército, de las nacionalidades; de establecer las bases sólidas de un régimen de democracia y libertad; de crear las condiciones esenciales para impulsar una era de bienestar y de progreso para el pueblo español oprimido bajo la reacción semifeudal de la Monarquía, los obreros, las masas campesinas, el pueblo, que había luchado abnegada y valerosamente por la República, esperaba que ésta, efectivamente, diera satisfacción a sus reivindicaciones, que eran las de la inmensa mayoría de la población y correspondían plenamente a los intereses de la nación.

Pero la coalición republicana socialista, que apoyándose en el movimiento de las masas, tomó la dirección de éstas, lejos de dar satisfacción a los anhelos del pueblo, especialmente de los campesinos, conservó casi intacta la base material de la reac-



ción quedando sin resolver los problemas fundamentales de la revolución democrática. Las tierras continuaron en manos de los grandes terrateniente, y sólo una mínima parte de los campesinos, pudieron disfrutar de ellas. La Iglesia, si bien fué separada del Estado, conservó sus bienes materiales y gran influencia política. Si el pueblo catalán logró mayores libertades no se le permitió hacer uso de su libre determinación, dejando en pie el problema de Euzkadi y Galicia. El Ejército no cambió su contenido reaccionario, de casta, nido de la contrarrevolución. La guardia civil siguió en pie, así como la burocracia y la magistratura reaccionaria. La gran burguesía y los terrateniente, desalojados del poder político, seguían conservando sus bases económicas y, a través de ellas, continuaban ejerciendo su dominación sobre el pueblo.

De esta suerte y no obstante que la proclamación de la República representó un gran paso político, y que la presión de las masas sobre el Gobierno Republicano Socialistas determinó el logro de reformas y medidas ventajosas para el pueblo, no resolvió los problemas esenciales que requería la situación y dejó en pie al enemigo tradicional, de todo avance y progreso del pueblo, la gran burguesía, los terratenientes, la aristocracia, el alto clero y los jefes del Ejército. Es por ello, que, un año después, surgió la primera explosión de las castas reaccionarias con Sanjurjo al frente. Es por ello, y al no castigar debidamente la República este desafío criminal que la reacción, cada vez más organizada y unida, obtenía una gran victoria electoral en noviembre de 1933, que le iba a permitir preparar el levantamiento criminal del 18 de julio de 1936 contra la República que tanta sangre ha costado al pueblo español.

La clase obrera y el pueblo pagaron entonces, al precio de inmensos sacrificios, la política de la coalición republicana socialista. Han pagado sangrientamente su división e insuficiente grado de conciencia política y de organización; la falta de un partido leninista stalinista que la pusiera en condiciones de encabezar la lucha del pueblo y de dirigir firmemente la revolución democrática a sus lógicas consecuencias.

Efectivamente, en aquellos momentos trascendentales y decisivos, la inmensa mayoría de la clase obrera hallábase bajo la dirección del Partido Socialista que influyó poderosamente entre las masas campesinas y entre los sectores de la pequeña burguesía y que jugaba un papel excepcional en la política española. Pero el P. S. O. E. minado por el reformismo, lejos de unificar y colocar a la clase obrera al frente del movimiento popular, como vanguardia y dirigente de este para crear y consolidar una República Democrática basada en la solución revolucionaria de los grandes problemas nacionales colocó a la clase obrera y las grandes masas campesinas a remolque de la política de la coalición republicana socialista, subordinando los intereses de la clase obrera, que correspondían a los de la nación, a la burguesía y a los terratenientes.

Pero a pesar de los esfuerzos de los dirigentes republicanos y socialistas por adormecer y paralizar al pueblo, a la clase obrera y los campesinos; las masas populares no tardaron en iniciar de nuevo la lucha. Se desarrollaron grandes acciones de masas en todo el país por obtener mejores condiciones de vida, por el pan, por la tierra, por la libertad, contra la reacción latente y viva. La experiencia dolorosa de la política seguida por la coalición republicana socialista, apresuraba el desarrollo de la conciencia política de la clase obrera, de su organización y de su unidad, a pesar de la represión del Gobierno contra el movimiento obrero. Grandes sectores de la clase obrera comprendían cada día mejor que bajo la dirección social-demócrata no podría el proletariado jugar el papel a que su fuerza, su importancia, su misión, le correspondía. La experiencia de la política de colaboración social demócrata, les hacía ver la necesidad de forjar un "partido de nuevo tipo —como dice nuestro maestro Stalin—, un partido combativo, un Partido Revolucionario, lo bastante intrépido para conducir a los proletarios a la lucha por el Poder, lo bastante experto para orientarse en las condiciones



complejas de la situación revolucionaria y lo bastante flexible para sortear todo y cada uno de los escollos que se oponen a sus fines".

He ahí la tarea que echó sobre sus hombros y llevó a cabo con tenacidad, energía e inteligencia bolcheviques nuestro entrañable guía y maestro José Díaz.

Obrero panadero dirigente forjado en mil combates, luchador consecuente por por las reivindicaciones de la clase obrera, José Díaz, dirigía la organización andaluza del Partido al frente de la cual había puesto de relieve sus dotes de jefe revolucionario. Elevado en 1932 al C.C. del Partido a su Buró político, a la Secretaría General del Partido, comprendiendo con toda claridad la situación y su salida, José Díaz emprendió la lucha resuelta, para forjar la organización de la vanguardia proletaria.

José Díaz, era la expresión consciente de los sentimientos, y las necesidades más profundas de las masas, en su lucha contra la reacción; de los intereses de la Revolución, que exigían la existencia de un verdadero P. C.



Este Partido, el Partido de la clase obrera española, debía estar en condiciones de prever el curso de los acontecimientos y preparar a los trabajadores para hacerles frente; debía comprender la etapa de la revolución en desarrollo y sus objetivos democráticos; debía asegurar con su línea, con su estrategia y con su táctica, el concurso de los aliados naturales necesarios al proletariado, especialmente los campesinos; debía comprender y asegurar, en la lucha misma, el papel dirigente del proletariado en el bloque de las fuerzas populares. Comprendiendo el carácter democrático-burgués de la revolución, el Partido debía tener siempre en cuenta las particularidades, tanto nacionales como internacionales de la situación y sus exigencias, y con arreglo a ellas y apoyándose en la teoría, hallar la línea justa para el Partido, la clase obrera y las masas. El Partido debería estar alerta a cada cambio que se produjera para adoptar con toda audacia el rumbo necesario sin perder jamás de vista los objetivos fundamentales de la lucha. Para ello debía **inspirarse y nutrirse**, convirtiéndose en un guía para la acción, en la doctrina **marxista leninista stalinista**, expresión de los intereses momentáneos y permanentes de la clase obrera, de sus objetivos y de su misión histórica, y bajo cuya sola guía puede ésta alcanzar la victoria.

El partido para poder jugar su papel dirigente de la clase obrera, debía reunir en su seno a los **elementos más conscientes de ésta, de los trabajadores en general**. Debía mantener en todas las circunstancias un **contacto vivo** y estrecho con los **lugares de trabajo y las masas en general**, esforzándose porque su línea política, su táctica, fueran patrimonio de las masas. El Partido debía aprender de las masas y corregir a tiempo ante ellas, sin temor y con toda franquesa, sus errores y debilidades, sobre la base de la **autocrítica revolucionaria**. Era menester que el Partido estuviera constituido en tales condiciones que **en cualquier circunstancia**, legal semilegal o ilegal, bajo el más desenfrenado terror, **estuviera facultado para pelear**, para cumplir su papel dirigente, a fin de que, en ningún caso, se viera privada la clase obrera y el pueblo de su vanguardia.

El Partido sólo podría cumplir su misión sobre la base de la **máxima unidad y disciplina internas** sin grupos ni fracciones, sin tendencias y corrientes divergentes. Unidad y disciplina basadas en los sólidos **principios** del marxismo leninismo stalinismo, en la **compenetración** de todas las organizaciones y militantes con la línea política del Partido y con su dirección, en el ejercicio del **centralismo democrático**. Esta unidad férrea, sólo podría lograrse en una **lucha consecuente contra las concepciones falsas y las tendencias extrañas a la clase obrera**, contra todas las tendencias de compromiso y de capitulación, contra todo género de traidores, de desviaciones e intrigas, en la lucha encarnizada **contra los bandidos troskistas**.



Era menester, en fin, que el Partido recogiera y asimilara las mejores tradiciones y experiencias de organización y de lucha del movimiento obrero español y los fundiera con la invencible teoría y práctica del marxismo leninismo stalinismo. Que el Partido siendo **profundamente nacional**, se basara en el principio y en la práctica del **internacionalismo proletario**. Que se guiara por el ejemplo glorioso del **Partido Bolchevique** que había conducido a los trabajadores, de todo el mundo a su más grande conquista, la URSS; por la **Internacional Comunista** que condensaba la experiencia del movimiento obrero internacional; por el gran jefe de la clase obrera y de los pueblos, nuestro maestro **Stalin**.



Este fué el Partido que osé Díaz, iba a crear con energía de hierro, con inmensa abnegación, con intrepidez bolchevique en medio de enormes dificultades.

Estas, esencialmente, eran de tres tipos. En primer lugar, la situación que presentaba entonces el movimiento obrero. De un lado, una parte de la social-democracia, a pesar de la experiencia nefasta de la política de colaboración practicada y siguiendo el camino del menchevismo en la primera y en la segunda Revolución Rusa, se esforzaba por conservar a la clase obrera a remolque de la burguesía, bajo el pretexto que, al ser la revolución en desarrollo de carácter democrático burguesa, era a la burguesía a quien correspondía dirigirla. Esto significaba la prosecución de idéntica política que había conducido al fracaso en 1931 a la clase obrera. Suponía que la burguesía, una y mil veces, capitularía y arrastraría a la derrota a los trabajadores ante las fuerzas de la reacción, permitía que ésta se organizara y obtuviera la victoria sobre el pueblo.

De otra parte, y aprovechando el hondo desengaño, el descontento profundo que la política de colaboración de la social-democracia había producido en los trabajadores, otra parte de la Social Democracia, bajo el pretexto de **corregir** la política colaboracionista, se orientaba bajo la fraseología pseudorevolucionaria, no a unir las fuerzas populares, bajo la dirección de la clase obrera, para resolver los problemas de la revolución democrática, sino a separar, aislar, a la clase obrera de sus aliados naturales, lo que inevitablemente la llevaba a la derrota.

El anarquismo que no sólo conservaba su influencia, sino que la aumentaba como reacción de los trabajadores a la política social-democrática, con su llamado "apoliticismo", que en la práctica era una política al servicio de la reacción; con sus intentonas putchistas, llevaba a la clase obrera una y otra vez a la catástrofe.

Toda una serie de elementos pequeño burgueses, al amparo de una fuerte demagogia, dividían a la clase obrera y la desorientaban acerca de sus objetivos.

Finalmente, al trotskismo, al amparo de esta situación, hacía mella en el seno de los sindicatos, del anarquismo, del Partido Socialista, de las Juventudes desorganizando a la clase obrera, provocando luchas intestinas, sirviendo a la contrarrevolución.

En segundo lugar el Partido Comunista de España, se encontraba en la siguiente situación: Aunque nacido en 1921 y si bien sus militantes habían luchado con heroísmo contra la dictadura y la monarquía, contribuyendo en primera fila, a la instauración de la República, era sumamente débil política y orgánicamente. Propiamente dicho no constituía un Partido, sino una suma de organizaciones y grupos, dispersos, poco relacionados entre sí, sin estabilidad política y organizativa que, en conjunto, no sumaban al proclamarse la República, 1.000 miembros.

En el Partido faltaba claridad ideológica y política; faltaba una línea clara sobre el carácter de la Revolución democrática burguesa. No había comprensión suficiente del papel del Partido, de la clase obrera y de sus aliados. En su seno existían fuertes corrientes sectarias y oportunistas que impedían su ligazón con las masas y la dirección de sus luchas, así como el crecimiento del Partido



El Partido Comunista sufría las consecuencias de la criminal política sectario-oportunista, del grupo Bullejos-Adame, que, encaramados en la dirección, utilizando métodos caciquiles y sectarios imponían al Partido una falsa línea política, en oposición con el carácter democrático de esta etapa de la revolución. Pretendiendo saltar las etapas de ella alejaban al Partido de la clase obrera y de las masas, de sus aliados naturales, y lo mantenían constreñido a los límites de un reducido grupo de militantes abnegados, imposibilitados por la falsa línea política impresa por el grupo traidor, de ponerse a la cabeza de la clase obrera y de las masas y de dirigir las luchas de estas.

En tercer lugar existía el grave inconveniente de que el ritmo de los acontecimientos era rapidísimo. A marchas forzadas se organizaba y ganaba posiciones la reacción, que amenazaba con tomar en sus manos el Poder, antes que el proceso de maduración política y de consolidación orgánica del Partido se efectuara, y con ello, que la clase obrera estuviera en condiciones de hacer frente eficazmente a los acontecimientos. Era menester suplir el retraso con un enorme esfuerzo que se veía dificultado extraordinariamente por la represión contra la clase obrera y especialmente contra los comunistas llevada a cabo desde el gobierno de la conjunción republicano-socialista.

Pero nada fué capaz de impedir que José Díaz jugara el papel grandioso que se había asignado. Con una energía de hierro, apoyándose en los miembros del Partido y en las masas, José Díaz, barrió al grupo traidor de Bullejos-Adame, unió al Partido ideológica y políticamente, abrió vía libre al desarrollo y elevación de sus militantes y de sus cuadros, dotó al Partido y a sus organizaciones de dirigentes proletarios ligados a las masas, consolidó la organización del Partido.

El Partido, bajo la firme dirección de José Díaz, orienta toda su acción a impedir que las fuerzas reaccionarias, que en las elecciones de 1933 obtenían una victoria, la consoliden y aplasten a la clase obrera y al pueblo. Para ello, realiza un gigantesco esfuerzo por articular un frente único de la clase obrera en alianza estrecha con las masas campesinas y los trabajadores en general, único medio de hacer frente a la reacción y desarrollar la revolución democrática.

Así, el Partido orienta a todos sus militantes, decididamente rumbo a la defensa de las reivindicaciones de la clase obrera, de los campesinos, de las masas populares; a la lucha contra la reacción y el fascismo, mostrando siempre la línea justa, las consignas apropiadas, las formas mejores de organización.

A través de la lucha, el Partido amplía sus filas con el ingreso de miles de obreros y campesinos revolucionarios; logra atraer a sus filas a núcleos importantes de socialistas y anarquistas, así como a núcleos de trabajadores agrupados en organizaciones del tipo del Social Revolucionario y de la YRIA. El Partido se abrió paso jugando un papel cada vez más importante de dirección en las provincias principales de España, afincando su organización en un plano nacional. El proceso de construcción del Partido se desarrollaba en todo el país en condiciones de rapidez y seguridad grande, porque las masas veían en él, a la fuerza política que diariamente les orientaba en sus luchas, que les daba consignas y reivindicaciones adecuadas a su situación, que los comunistas con gran desinterés, eran los militantes políticos de la clase obrera, más abnegados y heroicos en el combate contra la burguesía y los terratenientes, contra la reacción.

Es en gran parte gracias al esfuerzo realizado por el Partido, que la clase obrera y las grandes masas del pueblo fortalecen su organización, su capacidad de lucha, su unidad de combate, que había de permitir al pueblo hacer frente a los reaccionarios profascistas que, en 1934, trataban de dar la batalla al pueblo.





En 1934 el Partido estaba organizado en todo el país, unificado política e ideológicamente, alcanzando la cifra de 20,000 miembros y penetrando cada día más entre las masas si bien no disponía de la fuerza necesaria que los acontecimientos requerían a pesar de ello, cuando estalla la huelga general revolucionaria de octubre, el Partido juega un papel importantísimo en los combates que se desarrollan en todo el país y particularmente en la lucha insurreccional de Asturias en donde la línea política y táctica que los comunistas habían defendido con tesón halló una plena confirmación en los hechos. Aplastado el movimiento de octubre, en la conciencia de miles de obreros penetró la justeza de la línea y de la táctica del Partido Comunista y éste creció y se consolidó a pesar de la terrible represión en todo el país. Sin asomo alguno de pánico y frente a todas las tendencias de pasividad y capitulación, que había en medios socialistas, republicanos y anarquistas, el Partido, bajo la dirección de José Díaz, y Pasionaria, manteniendo en pie sus organizaciones, funcionando en plena ilegalidad era capaz de jugar el principal papel en la organización de la lucha contra la represión desencadenada por Lerroux-Gil Robles y por las condiciones de vida de los trabajadores y de las masas en general; contra la reacción entronizada en el Poder y por evitar que se consolidase, minando día a día sus bases, en combates consecuentes.

El Partido Comunista, a través de los pasos adelante que daba la reacción y el fascismo en España, en todos los países, percibió claramente la amenaza que pendía sobre la clase obrera y el pueblo español, sobre todos los pueblos. Comprendió que el fascismo no era invencible, pero sólo y a condición de que se le hiciera frente por medio de la lucha intransigente y sin cuartel. Supo ver claro que sólo podría lograrse **ésto con éxito uniéndolo en un bloque común** a la clase obrera, a los campesinos, a la pequeña burguesía y a los sectores de la burguesía liberal que por una u otra razón estaban amenazados por el fascismo.

El Partido Comunista luchó encarnizadamente, frente a todas las corrientes y concepciones falsas de la mayoría de los llamados "socialistas de izquierda", de los anarquistas y de los traidores y trotskistas, que con frases extremistas "ultrarrevolucionarias" impedían el frente común de la clase obrera con las grandes masas populares contra el fascismo. Batalló infatigablemente por alertar a la clase obrera, acerca del **peligro esencial** que sobre el pueblo pendía, que era el fascismo, y por unirla a las masas populares para poder rechazarle con éxito.

El Partido, bajo la dirección de José Díaz, se esfuerza en unir a la clase obrera dividida e imposibilitada de jugar un papel dirigente. Gracias a su esfuerzo se verifica la unidad de acción de socialistas y comunistas; se lleva a cabo la fusión de la C. G. T. U. con la U. G. T. y más tarde, durante la guerra, la unidad de acción entre la U. G. T. y la C. N. T. Se esfuerza en lograr el concurso de los aliados de la clase obrera, especialmente los campesinos, y lleva a cabo una lucha tenaz por unir en un bloque compacto a las grandes masas del pueblo para hacer frente con éxito a las fuerzas reaccionarias y llevar adelante la Revolución democrática logrando contra viento y marea la organización del Frente Popular, cuya iniciativa lanzó José Díaz, en junio de 1935 en el Monumental Cinema de Madrid.

José Díaz, y el Partido Comunista, con la creación del Frente Popular, dieron a las masas trabajadoras y al pueblo una amplia perspectiva y un instrumento formidable. El Frente Popular era una forma de unidad superior, ya que vinculaba para la lucha contra el fascismo los intereses de distintas clases entre las cuales había la coincidencia política de desalojar a la reacción fascizante del Poder.

La gran victoria electoral del 16 de febrero ponía de manifiesto la justeza de la política del Partido Comunista bajo la dirección del camarada Díaz. El Partido Comunista, a través de su comportamiento en Octubre, en la lucha posterior y, sobre todo, en la obra de forjar el Frente Popular, se había transformado en un Partido con más



de 100.000 afiliados en todo el país; en un factor político nacional de extraordinaria importancia que no se podía medir sólo por la representación parlamentaria sino por su influencia entre las masas.

Pero el Partido Comunista no se durmió en sus laureles. Comprendiendo que en tanto la reacción conservara sus bases materiales, no desaparecería el peligro, después del triunfo electoral consagró sus esfuerzos al cumplimiento del programa victorioso por la lucha del pueblo en las urnas y a desenmascarar el sabotaje de las fuerzas reaccionarias y fascistas; a poner en guardia a las masas trabajadoras contra los preparativos de sublevación que se iniciaban por los peores enemigos de la libertad de España y de la República, a luchar por anularlos definitivamente quebrando las bases en que se sustentaban.

El Partido, firme y consecuente, no se dejaba adormecer por la confianza y las buenas palabras de algunos republicanos que se basaban en la seguridad del "honor" de los jefes militares fascistas. Alertó constantemente al pueblo y lo puso en guardia para que no le cogiese desprevenido el golpe que preparaba contra la República el fascismo español.

Al mismo tiempo el Partido se esforzaba por desenmascarar y contrarrestar los intentos que los troskistas y los provocadores en general del movimiento obrero, realizaron en aquellos momentos para romper el Frente Popular y facilitar los propósitos de los fascistas españoles. El Partido se esforzó igualmente frente a muchos dirigentes socialistas y republicanos que querían repetir la experiencia del 14 de abril y dar al Frente Popular el carácter de bloque electoral sólo, en defender el papel de la clase obrera en el bloque popular y aclaró como este bloque común de la clase obrera de los campesinos y la burguesía liberal en el frente popular, debía unir al pueblo en la lucha contra la reacción y el fascismo permanente y no sólo en las elecciones.

José Díaz comprendía la importancia extraordinaria de Cataluña y de las nacionalidades españolas en el frente común contra la reacción y el fascismo, y por ello defendió los derechos nacionales de esos pueblos y jugó un papel decisivo en la creación del Partido Socialista Unificado de Cataluña luchando sin descanso junto a los dirigentes y militantes de este por transformarlo en la verdadera vanguardia de la clase obrera y el pueblo catalán; por forjar un Partido unido alrededor de una justa línea política, mediante la educación marxista-leninista-stalinista de sus cuadros y militantes.

José Díaz, asimismo fué quien comprendió mejor que nadie lo que representaba el papel de la juventud española en su lucha contra el fascismo e hizo más esfuerzos para llevar a los jóvenes socialistas y comunistas a su unión. La creación de la J. S. U. con su medio millón de miembros, se debe en una gran parte a los desvelos del Secretario de nuestro Partido que fué siempre un celoso defensor de la unidad de los jóvenes y del carácter independiente de su organización.

De esta forma, manteniéndose firme e inquebrantable frente a todas concepciones nocivas para la clase obrera y el pueblo; sorteando con agilidad y audacia cuantos obstáculos se alzaban a derecha y a la llamada "izquierda" con la vista puesta en el peligro inminente que se alzaba ante el pueblo español el fascismo; **subordinando todo** a la lucha contra el enemigo; el Partido, gracias a la visión clara del camarada José Díaz, a su previsión del desarrollo de los acontecimientos, creaba las condiciones indispensables para hacer frente a la sublevación de los generales traidores, que abrieron las puertas a los invasores germo-italianos, y para sostener la resistencia heroica del pueblo unido contra sus enemigos interiores y contra el fascismo internacional. Para efectuar la histórica defensa de Madrid, para crear el gran Ejército popular y ganar grandes batallas como Guadalajara, Teruel y el Ebro, para organizar en el fuego de



la lucha un nuevo estado democrático que dió nueva vida para las masas, en la República Popular, lo que entrañaba un gigantesco progreso en la Historia de España.



La sublevación del 18 de julio vino a ser una prueba de fuego para todos los Partidos y organizaciones de la República, para la clase obrera y para el pueblo español. Ante el pueblo español se alzaba toda la reacción española, apoyada en el Ejército y en la fuerza represiva y en gran parte del aparato del Estado —mantenidos por la coalición: republicano socialista y por el Gobierno republicano surgido de la victoria del Frente Popular— se alzaba sobre toda la intervención armada de la Alemania hitleriana y de la Italia fascista y la ayuda del régimen reaccionario de Portugal, así como la política de no intervención de los reaccionarios anglo-franco-norteamericanos.

Con el levantamiento fascista, se hallaban en juego, no sólo los intereses de la clase obrera y del pueblo en general, no sólo la democracia y la libertad sino la independencia de España, la decisión de sus destinos, por sí misma, su suerte como Estado independiente. El pueblo español y a su frente la clase obrera debían tomar en sus manos con toda energía la defensa de la independencia y de las libertades del país, amenazadas por los invasores y sus lacayos franquistas. Pero ello sólo podía ser realizando sobre la base de que la clase obrera, comprendiera los objetivos esenciales del momento y subordinara a ellos todo objetivo secundario, manteniendo a toda costa la unidad lograda en el Frente Popular, ampliándola a todos los españoles interesados en defender la patria amenazada y aprestándose a luchar sin tregua hasta la victoria.

En los primeros momentos de la lucha se producía tremenda confusión entre las diversas organizaciones políticas. De una parte los que en el campo republicano y socialista consideraban sin salida la situación y no veían otro camino que la capitulación ante el enemigo. De otra, los que en el campo socialista y anarquista se orientaban a realizar toda suerte de ensayos doctrinarios que, al mismo tiempo que rompían la unidad, abrían el camino al fascismo.

De un lado, los que sin tener para nada en cuenta la experiencia del 14 de abril y del 16 de febrero, al igual que en 1931, pretendían colocar a la clase obrera a remolque de la burguesía. De otro lado los que, olvidando la situación y el carácter de la guerra pretendían ignorar a la burguesía liberal, a las masas de la pequeña burguesía y a los campesinos.

Pero a través de mil batallas libradas contra los enemigos, asimilando las experiencias dolorosas de los últimos años, la clase obrera española, la masas en general habían adquirido una madurez política, una conciencia de su papel, una comprensión política de la situación y de sus deberes frente a ella. Y sobre todo habían forjado un fuerte Partido Comunista que bajo la firme dirección de José Díaz, iba a aparecer ante la clase obrera, ante el pueblo, ante los patriotas españoles, como el eje de la situación, como el dirigente de la lucha.

Frente a la sublevación fascista que se transformaba en días, en una guerra de invasión por las potencias del Eje, José Díaz, al frente del Partido Comunista de España definía ante todos los españoles la lucha que se emprendía como una **guerra nacional en defensa de la independencia y la libertad de España.**

Barriando con los elementos que se orientaban a la capitulación, con toda energía, el Partido Comunista señalaba a las masas el camino de la lucha como el único posible, galvanizándolas y elevando su moral y decisión de combate. Frente a ciertos



dirigentes socialistas y anarquistas frente a los miserable troskistas el Partido bajo la dirección de José Díaz, fijaba las condiciones imprescindibles para la victoria: "Si no ganamos la guerra todos los ensayos doctrinarios caeran como castillo de naipes bajo la bota dominadora del fascismo. Por eso no hay ni puede haber otro programa que ganar la guerra".

La correcta interpretación de la situación de España, del carácter de la guerra, del deber de la clase obrera, de las masas populares, la visión política del Partido acerca de las tareas que era menester llevar a cabo para resistir al enemigo y para lograr la victoria; los esfuerzos gigantescos por mantener, reforzar y ampliar la unidad del pueblo, frente a los enemigos interiores y exteriores; el ejemplo dado con su conducta en los frentes y en la retaguardia, siendo siempre el primero en la lucha, en el sacrificio, en el esfuerzo, hicieron del Partido el centro de las simpatías, de la adhesión y del cariño de las masas.

El pueblo español veía en el Partido Comunista al Partido que no sólo le trazaba el camino justo para la victoria sino al más esforzado realizador de esta con su participación activa y heroica. Así, el Partido planteó frente a los que se obstinaban en mantener las milicias como un instrumento armado de la República, la necesidad de organizar un gran ejército popular. Y dando el ejemplo, con el Quinto Regimiento de milicias populares creaba la base del gran Ejército del pueblo que iba a sostener la lucha durante treinta y dos meses a través de batallas grandiosas como la defensa de Madrid, Guadalajara, el Norte, Teruel, Levante, etc.

El Partido Comunista defendió la necesidad de intensificar la producción agrícola sobre la base de la entrega de la tierra a los campesinos a fin de que estos las trabajaran con arreglo a su voluntad, colectiva o individualmente. Y el primer decreto del Ministro comunista de Agricultura, en este sentido, creaba las condiciones para que las masas campesinas defendieran hasta el fin a la República que les dió las tierras y cooperaran magníficamente al sustento de los combatientes y de la población civil.

El Partido luchó infatigablemente por organizar la industria de guerra subordinando toda la producción a las necesidades de la guerra y venciendo las resistencias, las incompresiones y los particularismos, logró en gran medida lo que era indispensable para sostener la lucha.

Frente a las actividades nefastas de los llamados "incontrolados" de la Quinta columna, de los bandidos trotskistas, que amenazaban con hundir la República desde su retaguardia, el Partido defendió e hizo esfuerzos extraordinarios por establecer un orden democrático republicano que asegurase la disciplina y colocase a todo el país al servicio de los frentes.

Frente a todas las tendencias e intentos de capitulación, de compromiso con el enemigo, de traición, que a lo largo de la guerra se produjeron por quienes, faltos de confianza en el pueblo, o enemigos del mismo, intentaban yugular nuestra lucha y entregar la República a Franco y los invasores, el Partido Comunista fué el que con el apoyo del pueblo de los combatientes y de los patriotas desbarató todos estos manejos.

El Partido Comunista dió todo a la causa de la victoria del pueblo, supeditó todo al triunfo de la República, hizo los mayores esfuerzos y sacrificios par ganar la guerra y asegurar así un futuro de libertad, de paz, de bienestar a España.

Grandes y dolorosas pérdidas sufrió el Partido Comunista de España, en el curso de la guerra, tanto en sus militantes, como en los cuadros dirigentes. Pero la justa política del Partido, su heroísmo, lo fortalecieron considerablemente.

El Partido Comunista veía afluir a sus filas diariamente a millares y millares de combatientes, soldados y mandos; de obreros de las fábricas, de campesinos, de jó-



venes, de intelectuales, de mujeres, de patriotas. Las grandes masas del pueblo lo rodearon de su cariño y simpatía y sus consignas fueron directivas que aceptaban y cumplían millares de españoles que encontraban en ellas la expresión más justa de sus anhelos.

La guerra nacional revolucionaria de España, despertó a la vida política activa a millones de obreros, de campesinos, de mujeres de jóvenes. El proceso de la lucha hizo crecer y desarrollar a millares y millares de jóvenes luchadores y luchadoras, en el frente y en la retaguardia. Sacó a la superficie a capacidades magníficas en el combate y en la producción.

El Partido Comunista, con clara visión de este proceso que se producía en las masas, y frente a la incomprensión de que dieron pruebas los dirigentes de los demás partidos y organizaciones, con audacia y con alto sentido de responsabilidad, ayudó poderosamente a los nuevos cuadros en su desarrollo; supo destacarlos y utilizar sus capacidades fortaleciendo así la resistencia y facilitando la realización de las grandes tareas del pueblo español.

De esta suerte, todo lo **nuevo**, todo lo sano, lo vigoroso, que la heroica lucha contra el fascismo despertaba en las grandes masas del pueblo, se orientaban hacia nuestro Partido, en el que veían **su** Partido.

En el interior mismo del Partido Comunista de España, la política de José Díaz, promovía con audacia, con decisión, a los puestos de dirección a nuevos combatientes, a nuevos dirigentes, sin tener en cuenta el grado de su antigüedad en el Partido, y sí, su fidelidad a la clase obrera, su firmeza, su capacidad para conducir la lucha de las masas y resolver los problemas del pueblo.

Así, el Partido Comunista de España en todo el curso de la guerra, y gracias a su visión política, a su ligazón con las masas, a su sentido de responsabilidad a su capacidad para unir al pueblo y organizar su lucha en el curso de las grandes batallas históricas, en defensa de la independencia y la libertad de España, se transformaba en un gran Partido Comunista de masas, vanguardia de la clase obrera y del pueblo, con 340,000 miembros, convirtiéndose en un poderoso factor político en la lucha y en la vida del país, en un arma temible para la reacción y el fascismo. El Partido de la clase obrera llegaba a ser un Partido popular querido y respetado por las grandes masas del pueblo que veían en él un defensor enérgico y aguerrido de sus intereses, partido que llegó a ser el principal factor en la lucha del pueblo unido por la independencia del país, adquiriendo la categoría de un Partido profundamente nacional lo que no está en contradicción con su internacionalismo proletario.

José Díaz cerró un período en la historia del movimiento obrero español en el que éste se hallaba bajo la dirección e influencia dominante del reformismo y del anarquismo y abrió otro en que el Partido Comunista con su justa línea política, su táctica y organización se transforma en el partido dirigente de la clase obrera española. Sin perder ni por un solo instante de vista las condiciones nacionales e internacionales en que se desarrollaba la gloriosa lucha del pueblo español, el Partido Comunista dirigido por José Díaz, lograba en el curso de los combates, extraordinarias conquistas para la clase obrera, para los campesinos, para el pueblo todo, transformando la República Española en una República profundamente democrática y popular, que iba a quedar honradamente enraizada en la conciencia de las masas e iba a constituir el mayor estímulo para su lucha posterior.

Así mostraba el Partido su capacidad de dirigente. Como en las más difíciles circunstancias, era capaz de llevar adelante a la clase obrera y a los trabajadores, hacia sus objetivos históricos.



Mostraba como era capaz de expresar los más altos intereses de la Nación, de llevar a ésta adelante frente a sus enemigos de dentro y de fuera.

Mostraba cómo era el Partido dirigente de la clase obrera y del pueblo español merced a sus principios marxistas-leninistas-stalinistas, merced a su justa política, estrategia y táctica, merced a sus métodos y organización, merced a su esfuerzo y sacrificio.



No obstante el heroísmo del pueblo español, su esfuerzo gigantesco, su sacrificio derrochado en treinta y dos meses de grandiosos combates, la guerra se perdió, abriéndose así la vía para el régimen que esclaviza a los españoles y para el desencadenamiento de la feroz guerra con que el nazismo ensangrienta hoy al mundo. El Partido Comunista de España hizo todos los esfuerzos y sacrificios para ganar la guerra. Pero la intervención extranjera nazi-fascista, la política de "no intervención" de los círculos apaciguadores de Londres y París, la traición de los elementos casadistas y trotskistas que operaban al servicio de los enemigos, en el territorio republicano, determinaban nuestra derrota. Además, la insuficiente unidad en nuestra filas, a pesar de los esfuerzos del Partido Comunista, dió ocasión a que el enemigo aprovecharse estas deficiencias para profundizar las divergencias en el campo republicano y con ello desmoralizar a las fuerzas combativas y así precipitar el derrumbamiento de la resistencia republicana.

Hoy resulta claro para millones de españoles la razón que asistía al Partido Comunista y la justeza de su política de resistencia frente al invasor. Si se hubieran escuchado sus consejos y orientación por todos los españoles, la resistencia republicana hubiese proseguido y la victoria del pueblo tras largos sacrificios se hubiese conseguido.

Pero la unidad del pueblo español forjada durante treinta y dos meses, la educación del pueblo en el curso de esa lucha, las conquistas por él logradas en el desarrollo de la guerra, el gran Partido Comunista creado por José Díaz, constituyen la base esencial que determina la precariedad del régimen sangriento de España y Falange Española y una garantía sólida de que, a pesar de todo, el pueblo español logrará pronto su independencia y su libertad.

La pérdida de la guerra iba a significar otra tremenda prueba para las fuerzas dirigentes del movimiento obrero, del movimiento democrático español. El terror desenfundado de los franquistas, la persecución despiadada contra millones de seres, la desconfianza que la derrota levantó por todas partes, la dispersión de las viejas organizaciones, todo ello propiciaba la desgregación, el pánico, la tendencia a la pasividad. Con más fuerza que después de octubre, muchos dirigentes social-demócratas, anarquistas y republicanos consideraban que había franquismo para décadas y, que la lucha era inútil.

Pero el Partido forjado por José Díaz, iba a mostrar ser capaz para resistir esta nueva prueba. Contra la dispersión y el pánico, los comunistas, en las nuevas condiciones, cumpliendo las orientaciones de José Díaz, pugnan por reagrupar a la clase obrera, y al pueblo, por unir a la Nación en la lucha contra la invasión y los franquistas, por reconquistar a la República.

Ciertamente que esta nueva tarea de los comunistas requiere terribles y dolorosos sacrificios. Nuestro Partido los ha hecho, como ninguna otra organización. Lo abonan la actitud de hombres que como Girón y Mesón han sido asesinados porque los franquistas sabían que hasta dentro de la cárcel trabajaban por la organización del Partido y de la lucha del pueblo. Lo abonan hombres que como Cazorla fué descubierto organizando la lucha. Hombres que como Diéguez y Larrañaga regresaron desde la emigración al in-



terior del país para cumplir la primera tarea de los cuadros educados por José Díaz: luchar; luchar siempre, sin descanso por liberar al pueblo español de la dominación nazi franquista.

El Partido Comunista de España, continúa su lucha a la cabeza del pueblo en las condiciones más terribles de terror y represión. El Partido Comunista de España constituye una garantía para todo el pueblo para su liberación de las hordas franquistas y de los invasores. El Partido Comunista mantiene su trabajo político y desarrolla su organización en la ilegalidad. Los golpes sufridos no han quebrantado ni desmoralizado a sus cuadros y militantes que continúan reconstruyendo el Partido y organizando la lucha contra Franco.

La solidez del Partido de José Díaz y Pasionaria se ha puesto a prueba en los duros golpes de esta situación. Mientras los demás partidos se encuentran divididos, enfrentados, el Partido Comunista mantiene su unidad férrea, actuando bajo una misma disciplina y orientándose sobre la base de una misma línea política.

Contruido sobre la base de tan sólidos fundamentos, nuestro Partido ha atravesado victoriosamente las más difíciles pruebas, saliendo de cada una más fortalecido y templado que nunca, sin que su unidad política e ideológica, ni la confianza en su dirección, fuesen afectadas al igual que lo han sido otros partidos y organizaciones. Esto mostró a qué punto nuestro Partido era y es realmente sólido. Al organizar y desarrollar en el país, a pesar del terror, la lucha contra el franquismo, nuestro Partido ha destruido por su base todas las patrañas acerca del crecimiento "inusitado" del Partido y del "proselitismo". Este ejemplo, así como el comportamiento de los comunistas en la emigración, muestran que el Partido creció rápidamente no sólo en número, sino en calidad, en solidez, en homogeneidad política e ideológica, y que sus cimientos son tan firmes, que no se podría concebir la reconquista de la libertad y la independencia de España sin su participación.

El Partido Comunista de España se ha desarrollado, ha crecido y se ha formado en un período tempestuoso de la vida política de España y del mundo entero. Ha atravesado por situaciones en extremo complejas y variadas. Ha acumulado inmensas experiencias.

La madurez del Partido, permitía soldar a todos y cada uno, viejos y nuevos miembros, militantes y dirigentes, en el frente y en la retaguardia, en un conjunto armónico en el que todos daban en la medida de sus fuerzas y posibilidades su máxima contribución al Partido y a la causa del pueblo español.

Desde la lucha legal y la participación en el Parlamento y en el poder, a la semi-legalidad e ilegalidad y el terror más desenfrenado del régimen de Franco. Desde la lucha de las masas agrupadas en el frente Popular contra la reacción y el fascismo, y a la guerra nacional revolucionaria del pueblo español contra los invasores y traidores. De ahí por qué, a pesar de su relativa juventud ha adquirido una gran madurez política.

José Díaz forjó un Partido que el camarada Manuilsky calificó en el 18 Congreso del Partido Comunista de: "orgullo de la Internacional Comunista".

La obra de José Díaz posee por sí misma una fuerza tal, que nada podrá destruirla. Ese es su gran mérito, su fuerza enorme, que se sobrepone a las dificultades tremendas del actual período y que es una garantía para la clase obrera y el pueblo, de su victoria final.

La muerte prematura de José Díaz es una dolorosa y terrible pérdida para el Partido para la clase obrera y el pueblo de España, para el proletariado internacional que veía en el compañero de Dimitrov, Manuilsky, Ercoli, Marty, Pieck, a un gran dirigente comunista internacional.

José Díaz a muerto en los momentos en que más necesario era; cuando la clase obrera y el pueblo español bajo el régimen del terror de Franco y la Falange, se ven



amenazados de ser lanzados a la guerra al servicio de sus verdugos hitlerianos, contra la URSS, Inglaterra y los EE. UU. cuando Franco y F. E. acentúan la represión contra el Partido Comunista en el país esforzándose por aislar al pueblo de su vanguardia, para impedir que esta oriente al pueblo acerca de cómo salir de la actual situación y organice la unión nacional de combate contra el hitlerismo y sus lacayos; cuando sus consejos eran más necesarios que nunca.

Pero el duelo que los comunistas guardamos a José Díaz no será de lágrimas, sino de lucha, como él pedía hasta el momento mismo de su muerte. Inspirados en sus enseñanzas y el ejemplo de su vida, los comunistas sabrán mantener y reforzar cada día su organización, resguardándola de la provocación y del terror; sabrán mantener el Partido unido y disciplinado a su Comité Central; ligado a pesar de todas las dificultades a las masas para orientarlas diariamente, para organizar y dirigir sus luchas; sabrán continuar con el mismo heroísmo y abnegación que derrocharon hasta aquí ayudando con resolución al Ejército Rojo a acabar con Hitler y sus lacayos falangistas, desencadenando la lucha de nuestro pueblo, sin esperar pasivamente, para acelerar así el desenlace victorioso.

Con nuestro Comité Central al frente, dirigidos por Pasionaria, la mejor compañera de lucha de José Díaz, que junto con él nos guió hasta aquí, y que hoy recoge en sus manos la gloriosa bandera de nuestro Partido, los comunistas seguiremos el camino que el gran camarada Díaz nos señaló, el camino que nos traza la Internacional Comunista.



**S** IEMPRE que los españoles nos dirigimos a los pueblos de América, lo hacemos con emoción y cordialidad de hermanos. También con la seguridad de que nuestros llamamientos no serán desoídos. Nuestra propia Historia es una constante prueba de la hermandad entre nuestro pueblo y los de América del Centro y del Sur, aun cuando a veces se haya intentado desfigurar tan fraternal identificación. Jamás se ha roto este vínculo. No se rompió, contra lo que gentes interesadas pretendieron hacer creer, cuando los países americanos de habla española dejaron de ser colonias de aquella Monarquía gobernada por funcionarios de mentalidad y procedimientos feudales. Al contrario: cuando los países americanos alcanzaron su independencia, después de heroicas luchas, su vínculo fraternal con el pueblo español, no con los restos de aquella Monarquía, entiéndase bien, se hizo más fuerte, más entrañable, más verdadero".

De la conferencia en Barcelona en la UNION IBEROAMERICANA el 29 de noviembre de 1938.



VICENTE URIBE

# José Díaz y la Revolución Agraria en España

La vida y la obra de José Díaz, es la vida y la obra de un hombre que durante toda su existencia no tuvo otro afán, ni otra preocupación que servir con toda su fuerza y su grandiosa capacidad, a la causa de los explotados y oprimidos. Consagrado por entero a la labor revolucionaria, sin desfallecer un momento en su larga actuación de militante y jefe popular, vemos como su personalidad se agiganta en el combate diario hasta ser el hombre público y el dirigente político más grande de España, precisamente cuando nuestra patria libra tremendos combates contra las hordas fascistas. José Díaz representa genuinamente toda una época de grandiosas luchas de nuestro pueblo. Dirigente y pueblo han llegado a formar un tan sólido bloque, que esta última década de nuestro país no podrá nunca ser registrada sin que inmediatamente la figura gigante de José Díaz aparezca como el cerebro inspirador, el guía político, la mano segura que dirige al pueblo por senderos de victoria. Sin ninguna duda que si las palabras y consejos políticos de José Díaz hubieran sido escuchados a tiempo por todos, especialmente por quienes tenían en sus manos los resortes del poder y los hombres responsables de otros partidos, nuestra guerra habría terminado con la victoria del pueblo. Cada día que pasa se pone más en relieve, hasta para los más ciegos, que la línea de José Díaz era la acertada. Y que los capituladores, aventureros, figurantes y demás ejemplares de la fauna política, no eran otra cosa que gentes pasadas de moda, a 100 metros por debajo del pueblo y de las necesidades de la lucha.

José Díaz, es el mejor dirigente nacional y popular que ha producido nuestro país en estos últimos tiempos por la universalidad de sus capacidades, por la maestría en resolver todos los problemas, desde los más complicados en la dirección política, de los complejos problemas de la guerra, hasta los más simples de la reunión de una célula del Partido Comunista de España. Gran estratega, no deja de la mano la idea principal, cualquiera que sean las circunstancias. En pocas palabras sabía condensar lo más importante, lo decisivo. Después de Octubre del 34 lanzó cruda y llanamente la consigna: "Hay que batir a la reacción". Esto que era la aspiración popular, José Díaz no lo olvidó un solo momento. En el curso de nuestra guerra, en sus comienzos, sintetizó como nadie la finalidad primordial, lo que debía ser resultado, a lo que había de sacrificar todo, a lo que debían ser supeditadas todas las resoluciones política y toda la política. En ocasión memorable manifestó de cara al pueblo "La consigna es: **Hay que ganar la guerra**". Quizás hoy parezca que esto no tenía gran importancia supuesto que estábamos en guerra. Pero hay que recordar las circunstancias de entonces (principios del 37), cuando demasiados elementos de aventurerismo crearon una situación muy difícil en el país, amparados por máximos dirigentes del Gobierno. Podemos recordar algunos ejemplos de hoy, cuando hay que batir a Hitler y asegurar la victoria de los pueblos democráticos, ejemplos de gentes que se encuentran en el campo de los enemigos de



Hitler (quizás algunos por casualidad), y sabotean la unidad y el esfuerzo para lograr la victoria rápida sobre el más jurado enemigo de la humanidad.

José Díaz supo siempre resolver los problemas políticos de acuerdo con la finalidad principal y precisamente para servir a esta. Toda su actuación en el curso de la guerra de liberación nacional, está dirigida a este fin. José Díaz, no es un especialista que se ocupa de cuestiones especiales o particularísimas. No es un literato, ni un orador de relumbrón, ni un especialista económico o militar. Pero escribe con sencillez maravillosa, que pone al alcance de la inteligencia menos desarrollada, los problemas más complicados. Es un verdadero orador de masas, habla el lenguaje del pueblo y las más difíciles cuestiones, son en boca de José Díaz, cosas fáciles para entender por los trabajadores. Nuestros problemas militares y económicos, son tratados por José Díaz, con todo su valor e importancia y su preocupación es que sean comprendidos enteramente por las masas populares. José Díaz, es un nuevo estilo, es un maestro que tiene fe y confianza en el pueblo, es un dirigente que dirige al pueblo, es un jefe que representa lo más honrado y capaz de la nación y sus intereses permanentes en el camino del progreso y la libertad.

Los comunistas somos los depositarios del enorme caudal político que nos legó nuestro inolvidable Secretario General. Tenemos que aprender de él, como se organiza al pueblo para el combate, cómo se es implacable con el enemigo, cómo cada momento político debe ser examinado y resuelto de acuerdo con los factores que lo determinan. Nadie más enemigo que Pepe, del esquematismo embrutecedor, ni de los que esperan que los problemas se resuelvan por sí solos o que otros nos los resuelvan, José Díaz como Secretario General del Partido Comunista, nos ha enseñado y nos ha mostrado con el ejemplo de su actividad, que no hay problemas reales insolubles para los comunistas. En estos momentos de tanta responsabilidad para nosotros, aprender en Pepe Díaz, es saber resolver y realizar las tareas que el Partido y el pueblo español tienen delante de sí, en la lucha contra Hitler y sus miserables lacayos falangistas.

El Partido Comunista de España, bajo la dirección de José Díaz, realizó gigantescos progresos en el camino de su madurez política, de su capacidad, de su sensibilidad y en la tarea efectiva de vanguardia revolucionaria del pueblo. José Díaz, desde el primer momento en que asumió la máxima dirección de nuestro Partido, puso todo su empeño en liquidar las incomprensiones políticas existentes en el seno del mismo. Nuestro Partido fallaba en una de las cuestiones más capitales, en el problema de los problemas de la Revolución Española. Me estoy refiriendo al problema agrario y a la política de alianza de la clase obrera con las grandes masas campesinas. Con perseverancia y tenacidad, José Díaz puso manos a la obra para liquidar las incomprensiones políticas en el seno del Partido en torno al problema agrario. En la marcha, a la par que el esclarecimiento político para armar a los comunistas del bagaje teórico necesario, impulsó el trabajo de las organizaciones de cara a las masas campesinas, a sus necesidades y aspiraciones. Y no exclusivamente entre los obreros agrícolas, sino ocupándose de ligar al Partido con los campesinos trabajadores, que bajo el Gobierno republicano-socialista, continuaban en la misma situación de servidumbre semifeudal que durante la monarquía, recientemente abatida por el pueblo.

El Partido comenzó muy pronto a obtener resultados satisfactorios. Los campesinos ya tenían quienes expusieran sus reivindicaciones, quienes les mostraran el camino de resolver el problema agrario, quienes denunciaran implacablemente el crimen monstruoso de los grandes terratenientes amorosamente amparados por la guardia civil en sus insultantes privilegios y dominio, no obstante haberse establecido la República. El problema agrario en la política del Partido Comunista (bajo la dirección de Pepe) dejó de ser una cuestión abstracta para convertirse en asunto práctico y diario, en muchos casos en el centro de las actividades de algunas organizaciones. Todos los comunistas perci-



bieron la enorme significación que para el victorioso desarrollo de la Revolución tenía el problema agrario. La clase obrera mantenida en la ignorancia sobre el verdadero carácter de la Revolución española, comenzó a tener más claridad sobre su propio papel y de la necesidad del establecimiento de una alianza incommovible con los campesinos, para la liquidación de la base material de la contrarrevolución (sobre lo que tanto insistió Pepe Díaz).

En las elecciones de 1933, primera gran campaña política que realizó el Partido bajo la dirección de Pepe, el cambio fue ya considerable desde el punto de vista de la forma y del contenido en la propaganda del Partido sobre la cuestión agraria. El Partido había asimilado la experiencia de más de dos años de actividad con la República; con José Díaz a la cabeza, el Partido encontró claridad en los problemas de la Revolución. Enseñar al Partido a ligarse a las masas, significaba, en uno de los primeros planos, ligarse a las grandes masas campesinas, decepcionadas con la República; pero no por eso menos deseosas de liberarse de la odiosa esclavitud semi-feudal de un puñado de terratenientes y aristócratas. El Partido realizó, en estas elecciones, una gran campaña en profundidad llegando, en la medida de sus fuerzas, hasta el último rincón campesino, armado de la experiencia y del consejo de José Díaz, nuestro secretario general. Desde el punto de vista de la comprensión y capacidad del Partido en el problema agrario, esta campaña mostró enormes progresos y los campesinos encontraron quien les hiciera sentir que había quien les defendía verdaderamente. Logramos que los obreros agrícolas influídos por los socialistas, llegaran a comenzar a tener otra actitud frente a los campesinos, pues siguiendo prédicas completamente desprovistas de razón y sentido, muchos de ellos veían en los campesinos, no a hermanos explotados por los grandes terratenientes, sino a gentes reaccionarias enemigas del pueblo.

Es decir, la cuestión agraria de tan vital importancia para el movimiento revolucionario, había entrado por fin en el camino de realizaciones prácticas. El Partido bajo la dirección de Pepe, había dado un gigantesco paso adelante. Pepe cuidó siempre de que tan hermosa experiencia no se perdiera y procuró por todos los medios que llegara a todas las organizaciones del Partido y a la masa.

El triunfo de las derechas en estas elecciones del 33, trajo nuevos problemas al Partido, a la clase obrera y al pueblo español. Por causa de la división existente, y por razón de la política contraria al interés del pueblo, del Gobierno republicano socialista, especialmente en la cuestión agraria, pues manteníanse en pie todos los restos feudales y la dominación económica de terratenientes, aristócratas y caciques, la reacción levantaba cabeza, el fascismo hacía visible su propósito de tratar de apoderarse del poder. Para hacer frente a esta amenaza, el pueblo español no tenía otra arma que la unidad y un programa acorde con los deseos de las masas que diera satisfacción a los anhelos de ésta. No podía emprenderse obra útil, si no se tenía en cuenta las experiencias del bienio republicano-socialista, en el problema agrario; el movimiento popular no podía dejar fuera a las masas campesinas, tanto por la fuerza que representaban, como porque sin las masas campesinas no puede haber verdadera unidad popular. Producto de esta voluntad de unidad de la clase obrera y de la necesidad de hacer frente a la reacción envalentonada con el triunfo electoral de Noviembre, nació la idea de las Alianzas Obreras. Esto era un paso muy importante en el camino de la unidad obrera, desgraciadamente muy dividida en aquellas fechas. El Partido Comunista, por boca de José Díaz, saludó con entusiasmo el nacimiento de las Alianzas Obreras, que entraban de lleno en la política del Partido Comunista; política de unidad de la clase obrera para defensa de la Revolución y de los intereses del pueblo. Nuestro secretario general propuso, pública y abiertamente, que las Alianzas fuesen Alianzas Obreras y Campesinas, como la forma más acabada por quel entonces de unidad popular y que en su programa fuesen incluidas todas las reivindicaciones de los campesinos, incluida



la confiscación de la tierra de los grandes propietarios y su entrega a los obreros agrícolas y campesinos pobres. No fueron aceptadas estas ideas tan necesarias para la articulación del movimiento revolucionario. Es bien comprensible que el problema distaba mucho de ser una simple cuestión de nombre. Revelaba el contenido de una política de cara a los verdaderos intereses de las grandes masas populares, y que la clase obrera en estrecha alianza con los campesinos forjara las armas de la victoria sobre los enemigos reaccionarios que se aprestaban al asalto del poder. Los que se encontraban en el campo de los responsables de los avances de la reacción, y que pudiendo, no destruyeron la base material de la contrarrevolución, se negaban a aprender de su propia experiencia y cerraban criminalmente los ojos a la realidad y cerraban los ojos a los obreros que seguían sus prédicas.

Así, el glorioso movimiento de octubre se efectuó sin Alianzas Obreras y Campesinas, a pesar de los esfuerzos de José Díaz y del Partido Comunista. Las alianzas sólo tuvieron efectividad en contados puntos del país. La dirección del movimiento, en el plano nacional a cargo de la dirección del Partido Socialista, cometió enormes errores, y el mayor de ellos fué no haber contado con los campesinos, ni realizado ningún esfuerzo para incorporar a éstos a la lucha, pese a la titánica insistencia de José Díaz. No voy a trazar ahora el cuadro del movimiento de Octubre en toda su amplitud; sólo señalar cómo José Díaz, en los momentos más decisivos del movimiento revolucionario, luchaba por la unidad de los obreros con los campesinos, apreciando en todo su valor, lo que los campesinos y la resolución de la cuestión agraria, representaba para la Revolución y para España.

El pueblo español asimiló las experiencias de Octubre en mucho mayor grado que en ninguna época anterior. El Partido Comunista, bajo la mano firme de José Díaz, llevó a las masas las consignas de lucha, mostró la debilidad de la reacción y las enormes posibilidades que tenía el movimiento obrero y popular para vencer a la reacción. Formuló el programa y las bases para la creación del Frente Popular. Las masas acogieron éstos con gran entusiasmo, dieron la razón al Partido Comunista y a José Díaz. Una expresión acabada de esto, nos lo da el grandioso mitin del Monumental en Madrid, el 2 de Junio de 1935, 10,000 trabajadores acogieron con entusiasmo delirante las palabras de nuestro secretario general que les mostraba claramente el camino de unidad, de lucha y de victoria. Allí propuso José Díaz la formación del Frente Popular públicamente, delante de los trabajadores, (antes no se pudo exponer más que clandestinamente y de manera personal a las organizaciones obreras y democráticas), allí expuso lo que debía ser el programa del Frente Popular. José Díaz, con clarividencia sin igual, en cuatro puntos históricos, llevó al pueblo de Madrid y a todos los trabajadores de España la esencia de la Revolución en aquel período. El primer punto del programa expuesto por Pepe fué **"Confiscación de la tierra de los grandes terratenientes, de la Iglesia y de los conventos, sin ninguna indemnización, para entregarla inmediata y gratuitamente a los campesinos pobres y a los obreros agrícolas."** E inmediatamente puso este comentario, esencia y compendio del carácter de la Revolución "¿Es que nadie que se diga antifascista puede negarse ha aceptar este punto de nuestro programa, que tiende a destruir gran parte de la base material de la reacción representada por el terrateniente, el cacique y el clero? ¿Es que es posible abrir los cauces de la democracia en España sin crear las condiciones materiales para la emancipación de la enorme masa de campesinos y obreros agrícolas que viven todavía en condiciones de opresión y esclavitud que hacen recordar las épocas feudales? Yo no creo que pueda haber nadie que se llame antifascista y que rechace este punto de nuestro programa. Si los hay, es que no son antifascistas honrados; son demagogos que quieren ganar la confianza de las masas con frases revolucionarias para poder escalar de nuevo el poder." Certejas y elocuentes palabras. El problema agrario y su solución entraba en el corazón de las



masas. Ya no era sólo el Partido Comunista y su secretario general quienes luchaban tenazmente por hacer penetrar esas verdades elementales. Aleccionados por la experiencia y gracias a la labor tenaz del Partido Comunista, los obreros de Madrid, el centro político de la nación, hacían suyas las reivindicaciones campesinas y mostraban su entera conformidad con la idea expuesta por el secretario general del Partido Comunista. Había que resolver la cuestión agraria en beneficio de los campesinos y la Revolución. En la crítica que José Díaz hizo del discurso de Azaña en Comillas, nuestro secretario general pone de relieve las insuficiencias de Azaña en orden a la solución de los problemas de España. Para Pepe Díaz, la unidad, la necesidad de articular ésta sólidamente para batir a la reacción, no significa abandono de la lucha por el programa, ni abandono de la crítica fraternal y correcta de nuestros aliados en sus incomprendimientos del momento político. Azaña repetía los errores del bienio republicano-socialista en torno al problema agrario y otros de vital interés. Frente a estos errores José Díaz manifestó en el cine Pardiñas en Noviembre del 35: "¿Es que es preciso decir, una vez más, que hoy no se trata de repetir la experiencia del 14 de Abril? Ningún republicano honrado quiere eso. El movimiento es más profundo. Y lo que nosotros queremos, lo que quieren aquellas masas que escuchaban en el campo de Comillas al señor Azaña es algo más. Y estas cosas hay que plantearlas con claridad. Este movimiento de las masas populares puestas en pie, entraña la lucha por la confiscación sin indemnización de las tierras de los grandes de España y de la Iglesia para entregarlas gratuitamente a los campesinos pobres y obreros agrícolas; ayuda a los parados..." Después añadía: "Sin esto no hay posibilidad de desarrollo para las fuerzas que quieren tierra, pan, paz y libertad."

Las fuerzas políticas de la democracia española llegaron al acuerdo de la formación del Frente Popular. El problema agrario fué el que más tiempo y discusión llevó a la elaboración del programa. José Díaz luchó con particular insistencia porque el problema agrario encontrara en el programa la solución de fondo que requería la situación y recogiera las experiencias de la vida de la República, tanto en el primer período como en el bienio negro caracterizado por una ofensiva a fondo contra los campesinos y las muy tibias medidas del Gobierno republicano-socialista. Los dirigentes republicanos opusieron una negativa rotunda a las proposiciones del Partido Comunista expuestas por José Díaz. Los dirigentes socialistas daban la sensación de no entender una palabra del problema agrario aferrados a fórmulas viejas que ni ellos mismos sabían explicar a satisfacción. A la insistencia de José Díaz, contestaban que los campesinos eran los obreros agrícolas y que lo que convenía era la socialización de la tierra. Los millones de campesinos no existían, ni tampoco los restos de feudalismo, y sobre el carácter de la Revolución española, lo mejor que se puede decir de ellos es que no entendían una palabra. La socialización admitiendo el carácter que ellos daban, era imposible de realizar sin haber confiscado las tierras a los grandes terratenientes. Esta verdad tan elemental no pudo entrar en su cerebro a pesar de los esfuerzos de Pepe. Si el programa del Frente Popular era insuficiente ¡harto insuficiente! en la cuestión agraria, aunque satisfacía las necesidades generales de la lucha contra la reacción y era una poderosa arma de unidad, fué debido tanto a la oposición de los republicanos como a la supina incompreensión de los socialistas incapaces de aprender ni de sus errores ni de las lecciones de la lucha revolucionaria. El programa del Frente Popular no significaba ni podía significar que el Partido Comunista abandonaba las únicas soluciones que realmente podían resolver el problema agrario. En la campaña electoral los agitadores del Partido pusieron el problema agrario en el plano correspondiente sobre la base del programa del Frente Popular y atendiendo los consejos y directivas de Pepe expuestas claramente en un artículo suyo aparecido en "Mundo Obrero" el 3 de Febrero de 1936. Entre otras cosas decía Pepe en el citado artículo "La lucha no



termina el día 16 (refiriéndose a las elecciones). Hay que cumplir el programa y entrar a fondo para quitar a la contrarrevolución su base material. Esta base material, asiento de privilegios y de zánganos, plataforma de dominación de las masas campesinas, es utilizada por la reacción para sus fines contrarrevolucionarios. La minaremos y cumpliremos dos fines; dar a los campesinos trabajadores lo que es suyo, la tierra; y arrebatar de manos de la reacción su más poderoso instrumento: la posesión de la tierra. Expropiar sin indemnización la tierra de los terratenientes, de la Iglesia y entregarla a los campesinos pobres y obreros agrícolas; he aquí el golpe más certero contra la reacción."

El triunfo electoral del Frente Popular despertó el legítimo entusiasmo de los campesinos. Grandes núcleos de éstos habían votado por el Frente Popular y contribuido en no pequeña proporción a la victoria de las fuerzas democráticas y al rescate de la República. Aunque el caciquismo imperante, las violencias de la guardia civil y todas las maniobras de la reacción robaron y arrebataron muchos votos campesinos al Frente Popular, no pudieron robar la victoria del pueblo. El Gobierno republicano surgido de la victoria, iba muy despacio en la realización del programa, que en el aspecto agrario era ya de por sí excesivamente modesto. El grupo parlamentario comunista bajo la dirección de Pepe Díaz, libraba duras batallas en el Parlamento para acelerar la adopción de las medidas correspondientes, tropezando con la inercia de muchos de nuestros aliados y las maniobras de la reacción. El Partido bajo la dirección de Pepe no cesa ni un momento en el Parlamento y en la calle, en la tribuna y en el periódico, en las asambleas y en los sindicatos, de plantear que hay que resolver la cuestión agraria en forma conveniente a los intereses de todo el pueblo y por el bien de la República. En un discurso pronunciado en Cartagena el 5 de Abril de 1936 José Díaz manifiesta lo siguiente, refiriéndose al problema del campo: "¿Cómo es posible decir que algo fundamental ha cambiado en España, cuando las tierras siguen en manos de los terratenientes, mientras en muchos pueblos de España los campesinos siguen comiendo hierba? Una medida democrática de la Revolución española es no solamente el asentamiento —aun cuando todos consideramos que esto es un pasito de avance—, sino el terminar con la situación semi-feudal de España y que los grandes terratenientes dejen de serlo y se haga el reparto entre los obreros agrícolas, para que los campesinos puedan cultivar la tierra e ir acabando con la crisis agraria. Y para conseguir esto no basta con que se reparta la tierra, sino que es preciso que el Estado dé a los campesinos medios para cultivarla y no en condiciones de explotación como hasta aquí se realiza por los bancos y usureros, sino dando todas las facilidades o sea haciendo algo parecido a lo que se hizo en la Revolución Francesa hace más de un siglo." A pesar de estas exhortaciones y otras, el Gobierno no dicta medidas ni procede con la rapidez debida en la reparación de los crímenes cometidos con los campesinos en el bienio negro. Los campesinos se manifiestan pacíficamente, protestan contra el hambre, denuncian las provocaciones de la reacción. Esta, envalentonada por la debilidad del Gobierno usa la sanguinaria guardia civil contra los campesinos. Ocurre la matanza de Yeste, donde 27 campesinos mueren asesinados por el plomo de la guardia civil manejada por caciques y fascistas. En todo España se levanta un clamor de protesta contra tal crimen y exige del Gobierno el castigo de los asesinos y la adopción de rápidas medidas que pongan fin a la situación en el campo, dando satisfacción a las demandas campesinas. El Gobierno no procede; pero los bandidos reaccionarios, (1) preparan el traidor golpe militar contra la República, a las órdenes de Hitler y Mussolini. Los hechos han dado plena razón a José Díaz. Haber dejado intacta la base material de la reacción ha sido fatal para la República y para el pueblo español. Su poderío lo em-

(1) Entre ellos los terratenientes.



plean en sublevarse contra el pueblo, traicionando a la nación, vendiendo la independencia nacional a los monstruos de Berlín y Roma.

Los nuevos y gigantescos problemas que crea la sublevación de los criminales fascistas no apartan la atención de José Díaz sobre la cuestión agraria. Los campesinos han contestado con entusiasmo al llamamiento en defensa de la República atacada traicionadamente. Van al frente, recogen las cosechas, están en el puesto que se les designa. Cuando se plantea al problema de la participación del Partido Comunista en el Gobierno y los puestos que deben ocupar en él los representantes comunistas, José Díaz no vacila en señalar que uno de ellos debe ser irremisiblemente el Ministerio de Agricultura. Sólo el Partido Comunista, como lo ha demostrado la experiencia, es capaz de aportar las soluciones adecuadas al problema agrario en España, complicado con la sublevación, pues hay que asegurar, al mismo tiempo, que la tierra sea trabajada al máximo para satisfacer las necesidades nacionales. Aceptado que el Partido ocupe esta cartera ministerial, bajo los consejos de Pepe, el primer decreto que sale con la firma del Ministro comunista de Agricultura, es el decreto del 7 de Octubre. Por el que quedan confiscadas, sin indemnización, las tierras de los grandes terratenientes, facciosos en su inmensísima mayoría, y entregadas a los campesinos pobres y obreros agrícolas, quedando a voluntad de éstos trabajarlas individual o colectivamente. Con las tierras se entregan las instalaciones, ganados y aperos de labranza. Además se organiza el crédito en metálico por cuenta del Estado. Pepe trabajó en la redacción del proyecto y puso todo su interés y capacidad en que esta ley de la República, tan esperada por los campesinos, fuera decretada a la mayor brevedad. Así entre nuestra entrada en el Gobierno y la aparición del decreto sobre la tierra no transcurrió más que un mes. El Partido Comunista con José Díaz a la cabeza mostraba a las masas campesinas y a todo el pueblo, que sus propagandas tenían efectividad en cuanto el Partido tenía los resortes necesarios para dar satisfacción a las reivindicaciones revolucionarias del pueblo.

La aportación de los campesinos a la guerra de independencia nacional, su fidelidad y entusiasmo por la República que les había liberado de la esclavitud de la tierra, son la demostración más elocuente de que José Díaz tenía plena razón cuando clamaba por la solución integral de la Revolución Agraria. Bajo la mano firme de José Díaz, el Partido Comunista siguió una política firme y consecuente en el problema agrario, estableció sólidamente la alianza entre la clase obrera y la gran masa campesina, realizó la política que venía a liquidar un pasado tenebroso de explotación, ignorancia, brutalidad y miseria de los campesinos españoles.

En el curso de la guerra, José Díaz velaba constantemente por la aplicación de la política del Partido en el terreno agrario, se interesaba por el trabajo de los campesinos, por la nueva situación creada en beneficio de los campesinos, por las medidas llevadas a cabo desde el Ministerio regentado por un representante del Partido, por el estado de unidad en el campo, y llamaba constantemente la atención para que no cesara nunca la vigilancia sobre los quinta-columnistas en el campo. Las medidas puestas en práctica por el Partido Comunista, despertaron el furor de los fascistas agazapados en la retaguardia republicana e hicieron lo imposible para indisponer a los campesinos con la República y el Partido Comunista, llegando desde los asesinatos de campesinos hasta el robo de las cosechas y la colectivización forzosa. Los fascistas encontraron un instrumento fácil para sus propósitos criminales en la tremenda inconsciencia de algunas organizaciones sindicales y en el odio de ciertas gentes excesivamente celosas de la influencia que el Partido iba ganando en el campo, gracias a nuestras acertadas medidas revolucionarias. José Díaz levantó su voz llamando la atención del Gobierno sobre hechos inadmisibles que se producían en el campo. En la reunión de Cortes en Valencia, el 10. de Diciembre de 1936, José Díaz manifestó lo siguiente: "Es preciso que acaben los abusos que de vez en cuando se producen en el campo, donde bandos de



desalmados, arrogándose la representación de organizaciones políticas o sindicales, se apoderan de los bienes de los campesinos, bajo pretexto de proceder a una pretendida colectivización. Sépanlo todos: el campesino ha recibido la tierra de la República para **que la pueda trabajar individual o colectivamente, según su propia voluntad, y contra esa voluntad nadie puede ir.** En otro discurso y también en Valencia el 2 de febrero, José Díaz vuelve sobre el mismo tema que ha adquirido una gran importancia política. Dice en su discurso: "Uno de los aliados que luchan con nosotros para ayudarnos a ganar la guerra son los campesinos. Los campesinos —y entiéndase bien que no me refiero a los obreros agrícolas sino a los humildes propietarios de una tierra que trabajan, que tienen un pedazo de tierra y que, desde la mañana hasta la noche todas las horas del día están trabajando esa tierra con sus familias y pueden, a costa de trabajos y sacrificios, recoger una cosecha de naranjas, arroz, de trigo o de cualquier otro producto; estos campesinos son unos aliados preciosos para nosotros, un aliado que todavía tiene una mentalidad especial y al que debemos ayudar con el más solícito cuidado. El campesino siempre ha sufrido una doble o triple explotación: de una parte, el terrateniente; de otra parte, el fisco con sus inicuos impuestos; de otra parte, el usurero, con sus intereses y sus hipotecas. A este campesino que durante años y siglos ha estado explotado y escarnecido, hay que ayudarlo en estos momentos en que puede confiar en su salvación dentro de un régimen de justicia, y no se puede consentir que un grupo determinado, en nombre de no sé qué ideología o de no sé qué organización, vaya un buen día al campo y le arrebatte la cosecha que tantos sudores y tanta sangre le ha costado recoger.

"Este campesino es nuestro aliado y sus cosechas deben ser sagradas para nosotros". Y más adelante afirma categóricamente: "Porque el que es capaz de atropellar así los intereses de un campesino pobre, ese no puede invocar ninguna ideología; es un bandido, un enemigo del régimen".

José Díaz, a todo lo largo de su actuación como secretario del Partido Comunista, se ha destacado como un jefe leninista, ha sabido aplicar en las condiciones de España la teoría, la ciencia de nuestros maestros, con mano bolchevique, con temple y firmeza stalinianas. La derrota temporal de la República ha significado para los campesinos españoles el retroceso a las peores épocas de la reacción feudal. Miles de campesinos han sido asesinados, culpables sólo de ser fieles a la causa de la República, a su propia causa. La vida que la República conquistó para los campesinos ha sido aniquilada a sangre y fuego por los bandidos fascistas. Cientos de miles de campesinos arrojados de sus tierras, robadas sus cosechas, reducidos a una verdadera esclavitud. Pero los fascistas no podrán borrar jamás ese período en que, gracias a José Díaz y al Partido Comunista, los campesinos vivieron libres, dueños de la tierra que trabajaban, apoyados y estimulados por todo el pueblo, respetados en sus bienes y en su dignidad humana.

La Unión Nacional, que está en marcha para echar del país a los invasores extranjeros y sus lacayos asesinos falangistas, para restablecer el régimen de libertad y justicia que representa la República, no será completa ni dará los resultados deseados sin la participación en ella de las grandes masas del campo. Los comunistas, los más ardientes y abnegados defensores de la Unión Nacional y del bienestar de nuestro pueblo, seremos fieles a la memoria de José Díaz y al caudal inextinguible de enseñanza que nos ha legado, en la medida que reforcemos la alianza de la clase obrera con los campesinos, en la medida que sepamos organizar y movilizar a éstos para la defensa de sus intereses y de los intereses de la patria escarnecida por los monstruos fascistas. El Partido Comunista, bajo la dirección de José Díaz, ha sabido llevar a la práctica una justa política con los campesinos. Honremos a José Díaz luchando con el mis-



mo tesón, con la misma firme voluntad, con el mismo entusiasmo y con la misma confianza con que él luchó. Seguros de que, pese a todas las dificultades, el Partido bajo la dirección de nuestra querida Pasionaria, sabrá alcanzar la meta por cuya consecución José Díaz dedicó todas sus energías y toda su existencia.



**L**A Unidad del Partido es nuestro bien supremo, es lo que nos ha permitido hasta ahora, lo que nos permite y permitirá, en el porvenir, hacer frente a las situaciones más graves, reaccionar rápidamente ante problemas y situaciones nuevas. Sería una ventaja demasiado grande para el fascismo si esta unidad fuese quebrantada. Pero no será quebrantada nunca, porque sus cimientos no consisten solamente en la disciplina y preparación ideológica de los miembros del Partido, sino también en la convicción profunda de que penetra hasta el último de nuestro militantes, de que la línea de nuestro Partido es justa, corresponde exactamente a la situación actual, interpreta exactamente las aspiraciones e intereses de la clase obrera y del pueblo de España, y de que a la justeza y firmeza de esta línea política, bajo la dirección de la Internacional Comunista, se unen la firmeza y el acierto de nuestro Comité Central, que en los momentos más graves ha sabido cumplir perfectamente su tarea de dirigir al Partido entero por el camino justo y mostrar la senda del triunfo junto con nuestros hermanos socialistas a toda la clase obrera y a todo el pueblo español..."

(De "Tres años de lucha", de JOSE DIAZ.)



JUAN COMORERA

# JOSE DIAZ, y el problema nacional

El 6 de octubre de 1934 el pueblo de Cataluña se levantó contra el Gobierno filofascista de Lerroux y Gil Robles. En la noche de ese día casi todos los pueblos de Cataluña proclamaron el Estado Catalán, parte integrante de la República Española. La Generalidad fué la dirigente oficial del Movimiento. El mayor volumen de fuerza organizada y popular estaba en manos de la Generalidad. La Alianza Obrera, minada desde dentro por las provocaciones trotskistas, carecían de la fuerza necesaria para tomar la dirección del movimiento en el curso mismo de la lucha y, sobre todo, al producirse la caída vertical y fulminante de la Generalidad.

En pocas horas de lucha, el movimiento fué aplastado y millares y millares de revolucionarios fueron encarcelados. Con ellos el Gobierno de la Generalidad, con la excepción del traidor Dencás.

Ese fracaso rotundo, sin paralelo en la Historia Revolucionaria de Cataluña, dió origen, en realidad al Partido Socialista Unificado de Cataluña, la realización más fecunda y gloriosa del proletariado catalán. Muchos de los que intervinimos en el movimiento de octubre nos dimos cuenta de que uno de los factores fundamentales del fracaso era la enorme dispersión ideológica y organizativa de la clase obrera y la inrustación en ella de un núcleo trotskista peligroso. Existían en ese momento en Cataluña cuatro partidos obreros, más el grupo trotskista, dos centrales sindicales más una cantidad grande de sindicatos autónomos.

Desde el momento mismo de la derrota empezamos a trabajar por la unificación de los partidos obreros, por la formación del partido único proletario de Cataluña, por la expansión a fondo de la U. G. T. con la perspectiva de su fusión con la CNT en el seno de una central sindical única. Expoleados por la propia amarga experiencia y por la certidumbre de la propia responsabilidad en el fracaso del Movimiento de Octubre, dimos comienzo a los primeros trabajos unificadores. La comprensión de esta necesidad histórica fué rápida en cada uno de los cuatro partidos obreros. No ocurrió lo mismo fuera de Cataluña. Muy buenos camaradas actuales del P. S. U. C. plantearon esta cuestión a dirigentes máximos del P. S. O. E. y de la U. G. T., con resultados negativos. Fueron a plantearle un problema vivo y les respondieron con la letra muerta de Estatutos y Reglamentos. Sólo un Partido Español comprendió en seguida el valor histórico de esta corriente unificadora; porque la había fomentado, desarrollado y sobre ella había trabajado con anterioridad: fué el Partido Comunista y a su cabeza su Secretario General nuestro querido e inolvidable camarada José Díaz.

Con su clarividencia de gran jefe proletario, el camarada José Díaz, apoyó inmediatamente la unificación. Precisamente por esto había luchado durante años. Organizó el



contacto entre los cuatro partidos. Estableció el enlace conmigo, en la cárcel de Madrid y en el Penal de Santa María. Estimuló infatigablemente con su consejo, con su ayuda, a los camaradas dirigentes del antiguo Partido Comunista de Cataluña, de la Unión Socialista de Catalunya, y del Partit Catalá Proletari. Nos ayudó a todos en el estudio de los primeros textos y resoluciones que determinaron la formación del Comité de Enlace, órgano primero de unificación que actuó con la eficacia en el Frente Popular, en la campaña electoral y en la victoria del 16 de febrero. Fuera de Cataluña la unificación política de la clase obrera catalana tuvo solamente un consecuente y resuelto animador y orientador: José Díaz, con su Partido, el glorioso Partido Comunista de España.

Después de la victoria del 16 de febrero, los trabajos de unificación se precipitaron. Los diputados de los diversos partidos obreros, junto con los dos diputados rabasaires, nos incorporamos a la Minoría Parlamentaria Comunista. La Unión Socialista de Catalunya en Congreso extraordinario, aprobó la unificación. El Partido Comunista de Cataluña, en su conferencia, también. El Comité de Enlace, reforzado con los camaradas libertados, desarrolló una poderosa unidad por todo el país. Se acordó la fecha en que reunidos en Congreso Extraordinario los cuatro Partidos se fundirían en el Partido Único. Este Congreso debía celebrarse en agosto de 1936. Se acordó la publicación de un diario a partir del mes de julio. Y en todos estos trabajos difíciles y de gran responsabilidad el Comité de Enlace contó con el entusiasmo y la capacidad de trabajo de militantes comunistas, de auténticos discípulos del camarada José Díaz, seleccionados por él mismo.

En pleno trabajo de unificación se produjo la sublevación de los generales traidores. Y fué en este instante supremo que el camarada José Díaz, respondiendo a una consulta de los dirigentes del antiguo Partido Comunista de Cataluña, dió la prueba que nosotros esperábamos de su genio político de gran jefe proletario bolchevique. Nada de formulismo y a unirse sin más trámite. Este fué el concepto de José Díaz, el empujón definitivo que nos permitió vencer algunas vacilaciones reglamentarias que se oponían a las exigencias de la cruda realidad que vivíamos. Y así fué. Sin formulismo, sin escrúpulos reglamentaristas, tres días después de la sublevación traidora, el 24 de julio de 1936, fué creado el P. S. U. de Cataluña.

Y desde este instante, hasta su muerte irreparable, el camarada José Díaz, nos ayudó a desarrollar y a consolidar el Partido Unificado, a educarlo en el marxismo-leninismo-stalinismo. La tarea no era fácil. La heterogeneidad de sus elementos componentes, la tremenda complejidad de nuestra lucha, pusieron constantemente al joven P. S. U. C., ante peligros mortales. Uno a uno pudieron ser vencidos, por el esfuerzo que todos realizábamos y porque, en toda ocasión, pudimos tener el consejo oportuno, la directiva justa, el apoyo sin limitaciones del camarada José Díaz.

No hemos terminado nuestra tarea. No somos todavía un Partido completamente homogéneo monolítico, bolchevique. No estamos libres aún del peligro de desviaciones hacia el nacionalismo pequeño burgués o hacia el sindicalismo más o menos anárquico contra el cual luchamos hasta su completa eliminación. Desviaciones que tienen su raíz en nuestro medio, en nuestro clima histórico. Pero es indudable que hemos hecho grandes progresos y que podemos tener la convicción razonable que caminamos hacia el éxito definitivo de nuestro trabajo. Si hemos llegado donde estamos, si se nos ha hecho el honor de reconocernos Sección de la Internacional Comunista, es indiscutible que, en gran medida, se lo debemos al camarada José Díaz, y a su Partido, el Partido Comunista de España:

La gran deuda de gratitud que nosotros tenemos con el camarada José Díaz, por sus trabajos incalculables en el progreso de formación, desarrollo y consolidación del P. S. U. C., y, precisamente, con él y no para otros líderes del movimiento político obrero



que estaban representados en Cataluña antes de la fusión, no es hecho casual ni fortuito. tenía que ser así y no de otra manera. Porque de todos los jefes políticos del movimiento obrero, José Díaz, al frente del Partido Comunista fué el único luchador consecuente por la unidad política y sindical de la clase obrera española, él su Partido que estudiaron y asimilaron la teoría leninista-stalinista sobre el problema nacional, él y su Partido que se esforzaron por aplicar la teoría a la realidad de España. La unificación política en Cataluña era un primer paso para llegar a la unificación política en toda España.

El Partido político único de la clase obrera catalana se desarrollaría y estaría en condiciones de cumplir su misión histórica en el curso de la guerra y después de ella, en la medida en que fuere de verdad un partido nacional, dirigido fundamentalmente por los hijos de Cataluña; en que supiera ser el interprete fiel de los sentimientos y de los intereses nacionales de Cataluña y vencer sobre la marcha lo pequeño y lo negativo del problema nacional levantando bien alta, sin reservas, la bandera del internacionalismo proletario; en que entendiera e hiciera entender que en Cataluña como en cualquier otro país la clase obrera es la columna vertebral de la nación. Esto es lo que vió y comprendió y nos enseñó nuestro gran camarada José Díaz, y el Partido Comunista de España.

A esta conclusión llegamos con mayor certidumbre y profundida si analizamos la teoría y la práctica del camarada José Díaz, y del Partido Comunista en relación con los problemas nacionales de España. La teoría y la práctica de un fiel y valiente discípulo de Stalin. Solamente podemos acudir a él y al Partido Comunista de España porque en la historia contemporánea han sabido definir nuestros problemas nacionales y desarrollar la solución justa.

La unión indisoluble del problema nacional y colonial con el problema de la Revolución Proletaria, principio básico de la teoría nacional de Lenin y Stalin, ha de ser aceptado y comprendido por todo verdadero comunista. La comprensión de la teoría leninista-stalinista no ha de ser puramente intelectual especulativa, sino dinámica. Un comunista ha de querer comprenderla y aplicarla, esencialmente, en su propio país.

Conocemos individuos de muy diversas ideologías que saben analizar los problemas nacionales y coloniales, que defendieron la causa irlandesa, que estallan de indignación al recordar la India y sus luchas por la independencia, que encienden una vela a Gandhi y otra a De Valera, que hacen suya la carta del Atlántico en cuanto asegura a los pueblos el derecho a disponer libremente de sus destinos. Pero que se cierran por completo, si de la especulación muy allá de nuestras fronteras, los llamamos a nuestra realidad y queremos hacerles ver que en España misma cabe aplicar la teoría.

Para justificar tan descomunal incongruencia, unos se ponen frenéticos para decirnos que de los Reyes Católicos a hoy, España es una e indivisible, que el problema catalán y el vasco y ahora el gallego, ha sido promovido artificiosamente por los viajeros de tejidos o los accionistas de los altos hornos bilbaínos o determinados poetas snobistas de Galicia. Claro está que si el problema existiera...

Otros cuando mucho, admiten la existencia de minúsculas diferencias "regionales", folclóricas, coloreadas por "dialectos" en decadencia y que en virtud de este nuevo esfuerzo intelectual no se oponen a cierto grado de autonomías administrativas bien entendidas que ni de cerca ni de lejos amenazen la integridad de la Patria.

Otros, menos sinceros, simulan la aceptación del hecho nacional, no se oponen a una solución práctica del mismo, siempre, es claro, que no se llegue al absurdo de fabricar españoles de 1ª. y de 2ª. clase, como ocurre ahora, por ejemplo, con los malandados Estatutos. La Constitución otorga un derecho igual a las nacionalidades y regiones de España, para organizarse en régimen estatuario. Los hipócritas saben bien



que el ejercicio de un derecho otorgado a todos, por una nacionalidad o por una región, no crea privilegio de ninguna clase. Pero, por ahí van removiendo a fondo el lodo de los prejuicios para conducir de nuevo el carro hacia el camino de la España una e indivisible.

Y no son pocos los que, sintiéndose, ultrarrevolucionarios, superinternacionalistas, proclaman a voz en grito que los problemas nacionales de Cataluña, Euzkadi y Galicia, de existir son reaccionarios, armas fabricadas por la iglesia y la burguesía para asegurar aquella la integridad de su dominio espiritual, para arrancar estos a los asustados gobiernos centrales más y más altos aranceles. Y aun afirman que esos "localismos" y "particularismos" estorban o imposibilitan la necesaria solidaridad de la clase obrera, ponen a ésta bajo la inspiración y las maniobras de la burguesía. Y que en nombre de un internacionalismo bien entendido, los pueblos débiles deben renunciar a su propia razón de ser y dejarse absorber por los pueblos más fuertes. Así los social-demócratas alemanes decían a los checos: "renunciad a vuestra pobre personalidad que poco puede daros y aceptad la superior cultura alemana que os puede dar mucho". Hitler ha completado el argumento.

En la barraunda de estas voces que tras la aparente discordia han expresado una identidad de propósitos, un mismo origen histórico, una voz se levantó siempre clara, enérgica, honrada: la voz de José Díaz y del P. C. de E.

Existen en España problemas nacionales no solucionados. Existen en España pueblos oprimidos que pugnan para recuperar su derecho. Y en España, como en todo el mundo, el problema nacional y colonial es profundamente popular, profundamente revolucionario.

España es un Estado imperialista, decía José Díaz. El problema nacional no es secundario, sino principal, y su solución no es posible considerarla aparte de la solución de los problemas que plantea la revolución proletaria. Cataluña, Euzkadi y Galicia son tres nacionalidades oprimidas por el imperialismo de España. Y estas tres nacionalidades tienen el derecho inalienable a resolver por sí mismas sus destinos, a unirse con España, a separarse de España, si ésta es su voluntad. Y nosotros, comunistas, afirmaba José Díaz, tenemos el deber de ayudar a estas nacionalidades, de defender su derecho de autodeterminación, porque un pueblo que oprime a otro pueblo no puede ser libre, y nosotros queremos, de verdad, una España libre.

Las afirmaciones de José Díaz no fueron esporádicas, sino sistemáticas; no quedaron encerradas en los marcos del Partido Comunista de España, sino planteados con la máxima energía y claridad fuera de él, en el campo general de la política española y cada vez que la situación política, antes y después de nuestra guerra nacional revolucionaria exigía el planteamiento de problemas concretos y de soluciones concretas.

Veámoslo con los hechos.

La derrota de la Revolución de Octubre consolidó momentáneamente en el poder al gobierno reaccionario, filofascista, de Lerroux-Gil Robles. La República, prostituída, estaba amenazada de muerte. La victoria del fascismo, sin veladuras ya, era evidente e inminente. Decenas de millares de revolucionarios, de republicanos, estaban en las cárceles. La brutal represión que tuvo en Asturias caracteres monstruosos, no cejaba y se cernía por toda la Península. La censura rigurosa, la entrega de los mandos militares a los generales fascistas, la montonera parlamentaria en frenético desborde reaccionario, la ilegalidad o semi-legalidad de los partidos y organizaciones sostén y substancia de la República, la creciente audacia e impudicia de los señoritos organizados en bandas de pistoleros y apoyados por los degenerados y traidores que acaudillaban los grupos mercenarios del sector "obrero" de Falange: iban creando con rapidez las



condiciones para el definido golpe fascista. En esta situación de extrema gravedad se oyó la voz del Partido Comunista de España, la voz de José Díaz.

Habló José Díaz, el 2 de junio de 1935, en el Monumental Cinema, de Madrid.

Habló para decir a todo el pueblo que ante la gravísima situación política del país, la inminencia del peligro fascista, no cabía más que una cosa: la unión de todo el pueblo, de todos los antifascistas, la concentración popular antifascista. En este mitin histórico nació el glorioso Frente Popular que debía conducir al pueblo a la victoria esplendorosa del 16 de febrero, que hizo posible nuestra heroica guerra de 32 meses contra el fascismo internacional y sus cómplices "no intervencionistas". En ese día, José Díaz formuló el programa del futuro Frente Popular. Constaba de 4 puntos. Proponía: confiscación de la tierra de los grandes terratenientes, de la Iglesia y de los conventos; mejoramiento general de las condiciones de vida y de trabajo de la clase obrera; libertad para todos los presos revolucionarios; amnistía total para los presos y perseguidos de carácter político-social. Y el segundo punto de los cuatro presentados por José Díaz, como plataforma mínima del Frente Popular, decía textualmente lo siguiente:

"Liberación de los pueblos oprimidos por el imperialismo español. Que se conceda el derecho de regir libremente sus destinos a Cataluña, Euzkadi, Galicia y a cuantas nacionalidades estén oprimidas por el imperialismo de España". Y en defensa de esta proposición que planteaba el principio básico del problema nacional, dijo José Díaz:

"¿Es que va a resolver el Gobierno actual el problema de las nacionalidades oprimidas? Yo os digo que no. Y la prueba es ese proceso que se sigue por el tribunal más reaccionario del país contra los Consejeros de la Generalidad. Va a recaer sobre ellos el peso de una sentencia monstruosa. Treinta años de prisión les piden, y no hay duda de que serán condenados a esa pena. ¿Y sabéis por qué van a ser condenados? Porque ese proceso no es sólo el de los hombres a quienes se juzga. Quien va a ser condenado con esa sentencia es todo el pueblo de Cataluña, por su rebeldía, por su levantamiento contra la opresión del imperialismo español. Y contra esa monstruosa condena, contra del odio a la libertad de Cataluña, yo os digo lo que antes: ¿Es que no estamos obligados a luchar en la Concentración Popular Antifascista por la liberación de esos hombres, a quienes se condena como expresión del odio y la opresión imperialista? (Voces: ¡Sí! ¡Sí!) Pues entonces, camaradas, tenemos una razón más para unirnos todos: la lucha por la liberación de Cataluña y de todas las nacionalidades oprimidas a disponer de sus destinos. (Aplausos.)"

Y en el curso de aquella agitada y ejemplar campaña política que concluyó con la victoria del 16 de febrero, José Díaz insistió constantemente en el planteamiento del problema.

En el artículo publicado en "Mundo Obrero", el 3 de febrero de 1936, dijo José Díaz:

"Hay que asegurar la completa libertad de los pueblos catalán, vasco y gallego".

En el discurso pronunciado en el Salón Guerrero, de Madrid, el 9 de febrero de 1936, insistió José Díaz:

"Queremos que las nacionalidades de nuestro país, Cataluña, Euzkadi y Galicia, puedan disponer libremente de sus destinos, ¿por qué no?, y que tengan relaciones cordiales y amistosas con toda la España Popular. Si ellas quieren librarse del yugo del imperialismo español, representado por el Poder Central, tendrán nuestra ayuda. Un pueblo que oprime a otros pueblos no se puede considerar libre. Y nosotros queremos una España libre".

Con la victoria del Frente Popular fué restablecido el Estatuto de Cataluña, fué libertado el Gobierno de la Generalidad. No se fué más allá en la cuestión nacional, ni llegaron a cuajar nuevos planteamientos. La teoría leninista-stalinista sobre el problema nacional aplicada a España, sin dudas ni recelos, sin concesiones por el mejor





discípulo de Stalin que ha habido en España, por José Díaz, continuaba siendo parte indisoluble del problema general de la revolución. Así vemos que uno de los primeros discursos de José Díaz, después de la sublevación criminal de los generales traidores agentes del nazifascismo internacional, transmitido por la Radio de Madrid el 6 de agosto de 1936, dijo, al analizar la trascendental cuestión del porqué estaba luchando el pueblo español:

"Queremos el bienestar para todo el pueblo, y nosotros sabemos que esto es posible dentro de nuestra República Democrática, y por eso la defendemos como defendemos las libertades a que tienen derecho Cataluña, Euzkadi, Galicia y Marruecos".

En el curso de la guerra los agentes del enemigo se apoyaron en los viejos prejuicios que tanto daño han hecho a la causa general del progreso de España, a la consolidación de un régimen auténtico de libertad, de democracia. Pretendían los agentes del enemigo reavivar los rencores, las animosidades, las incompresiones para separar unos pueblos de otros, para vencer por separado a unos y a otros y someterlos a todos al mismo yugo. Saliendo al paso de las maniobras del enemigo común, José Díaz dijo en su informe al Pleno del C. C. del Partido, celebrado en Valencia los días 5-8 de marzo de 1937:

"¿Cuáles son nuestras relaciones con las nacionalidades de España? La política de nuestro Partido respecto al derecho de autodeterminación de las nacionalidades no podía por menos de crearnos buenas relaciones con las mismas. Reconocemos su personalidad histórica y todos sus derechos, y les decimos que éstos sólo pueden alcanzar su plenitud dentro de una España republicana y democrática. Ellos también lo han comprendido así, por eso contribuyen lealmente a forjar un poder central en el que participan, con toda su autoridad, para dirigir en común el frente y la retaguardia. Es preciso luchar contra la tendencia que pretende presentar a Cataluña y a Euzkadi exclusivamente con fines egoístas, atendiendo sólo a la defensa de su territorio y a resolver su economía a costa del resto de España. Si hacen falta ejemplos, ahí está Cataluña, que ha enviado contingentes a Aragón, a Madrid y adonde han hecho falta. Ahí está el gobierno nacionalista vasco que ha mandado, en varias ocasiones, millares de combatientes a los frentes de Asturias. Existe una compenetración exacta por parte del Gobierno central, de la necesidad de reconocer los derechos específicos de esas nacionalidades en el orden económico, político y cultural, de respetar sus creencias religiosas, a fin de que cada día nos unamos más para constituir el bloque de todos los pueblos de España y asegurar la victoria y la construcción de la nueva vida".

Al definir lo que era el Frente Popular, en el Informe pronunciado en el Pleno del C. C. celebrado en Valencia los días 13 y 16 de noviembre de 1937, afirmó José Díaz que recogía de la Historia de España las aspiraciones de los liberales y progresistas, entre las cuales estaban: "las aspiraciones nacionales de Cataluña, Euzkadi y Galicia, oprimidas por el despotismo monárquico". Y al analizar, en el mismo informe, los distintos aspectos de la política de unidad que practicaba el Partido Comunista de España, dijo José Díaz:

"Al mismo tiempo que la unidad del pueblo en el Frente Popular, hay que fortalecer y estrechar más la unidad de todos los pueblos de España en la lucha por la independencia nacional. ¿Cómo se estrecha y fortalece esta unidad? Con el respeto absoluto a las libertades y a las aspiraciones de los pueblos. Hay que tener un respeto absoluto por las libertades de Cataluña. Porque Cataluña lucha al lado de España precisamente para defender estas libertades y acrecentarlas. En la medida en que respetamos las libertades de Cataluña, tengamos una comprensión cordial de los problemas catalanes, Cataluña intensificará su colaboración con España y, juntos los dos pueblos, trabajaremos y lucharemos para ganar la guerra".



Conviene recordar que José Díaz insistía más en el planteamiento claro del problema nacional en momentos difíciles, cuando el Gobierno de la República se trasladaba a Barcelona, cuando la coexistencia de los dos gobiernos, experiencia única en nuestra historia, podía originar dificultades y peligros comunes. Esta clarividencia de José Díaz fué comprobada en el último período de la guerra. Los peligros, las dificultades que previó en parte se produjeron. Y a medida que la situación militar empeoraba, asimismo el problema de mutua comprensión, de mutuo respeto y de mutua y cordial colaboración, se hacía más difícil. Se produjeron choques, malentendidos, fricciones de todo género. Ello fué aprovechado por los enemigos comunes de uno y otro campo, por catalanes que exacerbaban su antiespañolismo, por no catalanes que anatematizaban las libertades catalanas, respondiendo unos y otros a la misma táctica de facilitar el camino al enemigo común. En estos graves días, en vísperas de la ofensiva del nazifascismo, el 23 de noviembre de 1938, José Díaz, ya gravemente enfermo, habló de nuevo y por última vez en España para decirnos:

"Bajo la máscara de un autonomismo que no es sino un separatismo reaccionario disfrazado, se trabaja en la sombra para concertar una paz por separado. Eso, nunca. Sería el triunfo de Franco y de los invasores. ¿Será necesario repetir una vez más que Cataluña no se puede salvar separada del resto de España, y que la libertad y la independencia de Cataluña están íntimamente, totalmente vinculadas a la libertad y a la independencia de todos los pueblos de España?..... No. Esa clase de separatismo es la traición, la derrota..... España no es Checoslovaquia. Y en Cataluña no puede haber sudetas. España resiste y vencerá con la unidad de los hombres y de los pueblos. El asegurar la unidad entre Cataluña y el resto de España, el buscar los remedios que consigan un mejoramiento de relaciones, es la tarea que compete a todas las organizaciones populares, fundamentalmente al Gobierno de la República y al de la Generalidad. No puede haber ningún terreno en el cual no se pueda colaborar abiertamente para afianzar esa unidad. Si es necesario establecer el método de relaciones o crear el organismo conveniente para que estas relaciones se desarrollen con normalidad, no hay que vacilar en hacerlo. Y de esta manera se logrará localizar a quienes están interesados en dificultar o en impedir esta unidad, y entonces se podrá proceder contra ellos sin contemplaciones".

José Díaz, fiel discípulo de Stalin, bolchevique ejemplar, no se limitó a estudiar y asimilar la teoría leninista-stalinista sobre el problema nacional. Se esforzó por hacerla comprender y asimilar a los camaradas del Partido en primer término, a todos los partidos y organizaciones españolas, luego. Se esforzó para aplicar la teoría allí donde veía que existía el problema nacional: en su país mismo, en España. Y antes de la guerra, después del triunfo popular del 16 de febrero, en el curso de la guerra y en la amargura de los últimos meses de nuestra heroica lucha, la voz de José Díaz se levantó serena, valiente, honrada, clarividente, señalando peligros y soluciones. Fué la voz incorruptible de un comunista, de un bolchevique, la voz del Maestro cuya memoria veneramos, cuyo ejemplo estamos obligados a seguir.

Las nacionalidades hispánicas tienen una deuda imperecedera con José Díaz. Deben pagarla ahora uniéndose indisolublemente entre ellas y con España, sin reservas ni recelos, para luchar juntos y vencer juntos al enemigo común, a Franco y Serrano Suñer, a Falange y a los invasores, para contribuir con su esfuerzo directo, con su sacrificio y espíritu indomable de combate a la derrota definitiva en este mismo año de 1942, del nazifascismo, para restablecer la República, sus regímenes estatutarios, su derecho inalienable de autodeterminación.

José Díaz vive en el corazón de Cataluña, de Euzkadi, de Galicia. Ya está cercano el día en que estos pueblos podrán exponer libremente sus sentimientos y hacer del José Díaz que conocieron, modesto, luchador infatigable, su preclaro héroe nacional.



**ANTONIO MIJE**

# **JOSE DIAZ, militante sindical y lider de la clase obrera española**

José Díaz era de origen proletario. Su padre obrero panadero y su madre obrera tabaquera. Esta cualidad nativa brilló con gran esplendor en todas las manifestaciones de su vida.

Era muy joven cuando entró a trabajar y, siguiendo la tradición familiar, comenzó a aprender el oficio de su padre. A muy corta edad se inició como aprendiz de panadero. Por lo tanto, casi un niño, conoció la explotación capitalista, la dureza del trabajo nocturno con jornadas extenuadoras de 14 y 15 horas de trabajo diario.

Su contacto con el trabajo, aquellas jornadas que se hacían interminables, agotadoras, fué creando en él una rebeldía grande, cultivada por su aguda sensibilidad revolucionaria.

Llega a destacarse desde joven entre los obreros panaderos sevillanos. Su vivacidad y alegría, su inteligencia clara y su actitud enérgica, eran condiciones que muy pronto atrajeron el cariño de los obreros panaderos que comenzaron a ver en él a uno de sus dirigentes.

Su primera escuela de lucha, donde aprendió las nociones elementales del combate contra la burguesía, fué en las sociedades de resistencia, muchas de las cuales se transformaron posteriormente, entre ellas la de Panaderos, en sindicatos de oficios, armas rudimentarias de lucha, en las que comenzaban por aquel tiempo a agruparse los obreros de Sevilla.

En la huelga general de los panaderos sevillanos, en abril de 1917, huelga que tenía por objeto conseguir la abolición del trabajo nocturno y el establecimiento de la jornada de trabajo diurno, Pepe es uno de sus dirigentes, de los más combativos e inteligentes. En esta huelga demostró un temple y una firmeza extraordinarias, mucha seguridad personal y una conciencia de clase muy fuerte, al no dejarse embaucar ni sorprender en las discusiones con los patronos y el Gobernador. La huelga fué un señalado triunfo y Pepe acrecienta desde entonces su prestigio y su autoridad entre la clase obrera sevillana.

Poco después ingresa en la C. N. T. y comienza su actuación como sindicalista revolucionario y participa en grandes luchas. Defendiendo los intereses de la clase obrera, hace frente con gran hombría a los provocadores y pistoleros a sueldo de la patronal, con los cuales se bate en las calles en más de una ocasión. Comienzan por aquellas fechas las persecuciones gubernamentales contra él, que, hábil, fino y ágil, sabe sortear en más de una ocasión, tanto en la vigilancia como en las celadas que le tiende la policía.



La seriedad y responsabilidad personal de que daba muestras, a pesar de su juventud, le hacen acreedor a una gran confianza de parte de la organización confederal, por encargo de quien realiza misiones muy delicadas de las que logra salir airoso. Nunca hubo labor difícil para él. En el cumplimiento de las tareas que le asignaba la organización, mostró siempre un sentido ejemplar de la disciplina, cualidad que, después, habría de ser norma de toda su vida.

Al reunir tales condiciones positivas es designado para actuar en nombre de la C. N. T. en otros lugares del país, entre ellos Barcelona, Madrid, Valencia, Granada y Málaga. Obtuvo mercedamente el aprecio y el cariño de los organismos confederales, hasta el extremo que le granjearon simpatías extraordinarias por su gran responsabilidad. Por la dirección de la C. N. T. le fueron confiadas misiones sumamente arriesgadas, las que logró cumplir fielmente, burlando la acción de la policía, y de los pistoleros del "libre" que ya le buscaban afanosamente para asesinarlo. Cuando estaba preparando el cumplimiento de una importante tarea, que tenía encomendada, fué detenido en Madrid.

La policía hizo todos los esfuerzos, desde la tortura y el apaleamiento salvaje, hasta el simulacro de asesinato por el procedimiento de la "ley de fugas", para que declarase. Con empeño inusitado intentaron arrancarle la versión exacta sobre el motivo de su estancia en Madrid. La Dirección General de Seguridad quería montar a todo trance un proceso escandaloso que afectase a cuadros importantes y a organizaciones fundamentales de la C. N. T. No le pudieron instruir proceso ni a él ni a la organización; no delató a nadie, ni dió la más mínima pista; con audacia y valentía negó todos los cargos que se le imputaban. Su actitud ante los jefes de la policía y de los jueces que le interrogaban, fué la de un revolucionario íntegro, la de un obrero consciente. No hubo tortura capaz de doblegar su firmeza. Ninguna argucia policíaca pudo envolverlo en las mallas de la justicia monárquica. Supo negar, hasta exponer su propia vida. Su entereza de gigante llegó a asombrar a jueces y policías.

Sabía que el camino recto para no comprometer a nadie era el de mantenerse firme, no hablar, no ceder una sola pulgada ante los malos tratos de la Policía y las amenazas de los jueces. Tenía la convicción de que hay momentos muy difíciles en los que es preferible arriesgar la vida, llegar hasta el último sacrificio, si es necesario, antes de mezclar a la organización y a los compañeros, que podían correr la misma suerte.

### LA REVOLUCION RUSA ABRE NUEVOS HORIZONTES A SU PENSAMIENTO PROLETARIO

Cuando en España comenzó a conocerse la Revolución Rusa, a través de las informaciones procedentes de las más diversas fuentes, y por medio de artículos, conferencias, etc., en Pepe Díaz se produjo una profunda admiración. La Revolución Rusa inquietaba su ánimo. Desde aquel momento nace su afán por conocer la teoría y la obra de Lenin. Un profundo respeto le merecía cuanto tenía relación con la Revolución Rusa, porque comenzaba a ver en ella el faro luminoso para los trabajadores de todo el mundo. Sus simpatías por la obra de Lenin fueron creciendo, y desde luego, era de aquellos obreros y cuadros revolucionarios de los sindicatos que, sin militar en el Partido Comunista—por aquel entonces en período embrionario—, estaban catalogados como simpatizadores de la Revolución Rusa, camino éste que les llevaría más tarde a ingresar en las filas del P. C.

Sin haber estudiado a fondo el significado de la revolución soviética, sin conocer la obra genial de Lenin, porque en aquel entonces en España no se había iniciado su divulgación, se orientó a defenderla contra los ataques que partían del campo anar-



quista, y frente a las deformaciones que tenían su origen en la propaganda que salía de las filas reformistas.

La Revolución Rusa abría perspectivas enormes para los cuadros y militantes honrados del sindicalismo revolucionario español. Los resultados de la huelga general de 1917 y el ciclo de luchas de 1917 a 1923, les hacían reflexionar constantemente sobre el triunfo de la clase obrera. Se notaba la falta de una teoría revolucionaria y de un partido político dirigente de la clase obrera. En aquella situación ya se comprendía por muchos sindicalistas revolucionarios que el anarquismo era pura utopía, y que la social-democracia no era el partido dirigente de la clase obrera, ni mucho menos estaba dotado de una ideología marxista-leninista. El triunfo del proletariado en la Revolución Rusa, su victoria en la guerra civil contra los intervencionistas extranjeros y los generales zaristas, produjo una honda conmoción en las filas obreras españolas, que comenzaron a dar su adhesión al primer triunfo proletario en el mundo. Por esto, la enorme simpatía y admiración hacia la Revolución Rusa, se traducían, en muchos cuadros y militantes del sindicalismo revolucionario, en un afán de estudiar las teorías marxistas-leninistas, en asimilárlas, en compenetrarse con ellas. Muchos de ellos ingresaron en el P. C. En Sevilla, José Díaz logró atraer a sus filas a un gran cantidad de estos cuadros y militantes, que constituyeron después pilares fundamentales en la construcción del P. C. de España.

#### JOSE DIAZ DURANTE LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA

Al implantarse la Dictadura de Primo de Rivera, en septiembre de 1923, fué uno de los militantes del sindicalismo español que no estuvo de acuerdo con emigrar voluntariamente al extranjero, como tantos otros lo hicieron. No quiso marcharse ni a París, ni a Lisboa, ni a Bruselas, ni a Buenos Aires. Su opinión fué la de quedarse en España, para continuar la lucha y defender los intereses de la clase obrera, más amenazados que nunca.

Fustigó con energía a los que abandonaban el campo de lucha utilizando el argumento de que con la Dictadura no se podía aplicar la táctica de la "acción directa", y que no quedaba otro camino que el del "colaboracionismo". Pepe sostuvo, como otros muchos militantes sindicales, que, no obstante las restricciones impuestas a las libertades de la clase obrera por los militares reaccionarios desde el Poder, debía aprovecharse la más mínima coyuntura propicia para organizar a los obreros y, desde su organización y mediante la lucha, no abandonar sus conquistas. Sostenía el punto de vista de que había que pelear por cada reivindicación, por pequeña que fuera. Y esto lo llevaba a la práctica. Fué irreductible en la crítica hacia los que se marchaban al extranjero sin causa justificada, como también con los que se quedaban tranquilamente en su casa, dejando a la clase obrera abandonada, o que ésta se amparara en las filas de los sindicatos ugetistas, plagados de orientaciones reformistas, de colaboración plena con la Dictadura.

Durante la Dictadura de Primo de Rivera, participó en la organización de varias huelgas de obreros panaderos, por mejoras de salario, que resultaron triunfantes. También intervino en la organización de la huelga de los obreros portuarios sevillanos, con un gran triunfo para éstos. Durante aquellos años, su actividad se manifiesta allí donde hay un motivo de lucha contra la Dictadura y la Monarquía... Organizó en Sevilla la distribución de literatura antimonárquica, y él mismo contribuyó a difundirla, porque de esta forma se incorporaban a otras capas sociales y universitarias contra Primo de Rivera y el Rey felón.

En el otoño de 1928, fué uno de los organizadores de la huelga general en Sevi-



lla contra la Dictadura, huelga declarada cuando se iba a inaugurar la Exposición Ibero-Americana en dicha Capital.

Para José Díaz, el sindicalismo era un instrumento de organización y combate de la clase obrera para la defensa de sus derechos y las conquistas de sus reivindicaciones. Siempre fué hostil a la actitud de los anarquistas vegetarianos y comodones, los que criticaban y nada hacían, a los célebres "Nietzchianos", que anatematizaban a las masas por su "materialismo", porque éstas querían mejorar sus salarios, las condiciones de trabajo y el nivel de su vida. Se enfrentaba con esta clase de gente que tales ideas esparcían, porque él era un hombre de masas, con una confianza grande en ellas, con gran fé en el pueblo. Llegó a ser intransigente frente a las inmoralidades de unos y otros. No transigió con la corrupción impuesta por aquellos que, utilizando las pistolas, querían vivir a toda costa de las cotizaciones de los obreros.

Hacia el año de 1928, Pepe dirigía el S. R. I. y participaba en la dirección del Comité Regional del Partido en Andalucía.

A la caída de la Dictadura de Primo de Rivera, sustituida por el Gobierno del General Berenguer, el ambiente de lucha fué creciendo y en Sevilla hubo luchas en varios gremios de obreros que culminaron en la huelga general de junio de 1930, que tuvo gran importancia política.

### JOSE DIAZ EN LA RECONSTRUCCION DEL MOVIMIENTO SINDICAL DESPUES DE LA DICTADURA

En este período se comienza la reorganización de la C. N. T. Pepe se destaca como un ferviente partidario de reorganizarla sobre nuevas bases de lucha:

Las experiencias principales de 1917 a 1923, le servían para propiciar que la nueva fase de organización del movimiento sindical revolucionario, no incurriese en los grandes errores que se habían apreciado en dicha etapa, llena de episodios heroicos. Los viejos anarquistas y anarcosindicalistas, empeñados en llevar a la Confederación por el camino del apoliticismo, desconociendo en su esencia el carácter de la revolución que estaba en marcha, querían a todo trance imponer el "comunismo libertario" como finalidad de la C. N. T. y la "acción directa" como táctica.

En este período se puso en evidencia que a los cuadros anarquistas y anarco-sindicalistas, las grandes luchas del 17 al 23, no les habían enseñado nada, ni querían aprovechar las mejores lecciones de los combates que el proletariado había sostenido en dicha época por el mejoramiento general de su situación. Tampoco sabían extraer consecuencias políticas de los 6 años de Dictadura, en los que la clase obrera estuvo, muy desorganizada y sufrió constantemente los zarpazos de la reacción en el Poder. Sobre todo, ante una nueva avalancha de luchas revolucionarias, de profundo contenido político, ya que las masas, al luchar por sus reivindicaciones económicas y por sus derechos, luchaban al mismo tiempo contra la Monarquía y por la República, la tarea de la unidad obrera no era siquiera abordada.

Por esta razón Pepe, luchaba sin descanso por la unidad sindical de la clase obrera y apoyaba resueltamente la iniciativa que, posteriormente, lanzó la Federación Local de Sindicatos de San Sebastián, proponiendo la celebración de una gran Conferencia de Unidad Sindical de la clase obrera en España.

Estaba convencido de la necesidad de llegar a la unidad del proletariado español. Propagaba la unidad con todas sus fuerzas, porque la unificación del movimiento obrero español era un elemento esencial para el desarrollo de la revolución democrático-burguesa: con gran insistencia planteaba la necesidad de que el proletariado tuviese en cuenta el papel de sus aliados, principalmente de las grandes masas campesinas. En



la unificación del movimiento obrero veía una base para asegurar la hegemonía de la clase obrera en la Revolución Española, o cuando menos una garantía que impidiese que a la conjunción republicano-socialista, se le escapara de las manos una coyuntura histórica, de consecuencias extraordinariamente favorables para el progreso de España y el mejoramiento de vida y de trabajo de las capas más empobrecidas del país. Sin embargo, por los cuadros sindicales de la C. N. T. no se concibió así. Tampoco los núcleos socialistas que dirigían la U. G. T. y que hacían del movimiento sindical un apéndice de su ya proyectada política de colaboración con la burguesía, a la cual supeditaban los intereses supremos de la clase obrera.

### JOSE DIAZ, ORGANIZADOR DE LA LUCHA DE LA CLASE OBRERA

Así, la instauración de la República del 14 de Abril, acontecimiento que llevaba en sus entrañas amplias perspectivas para el desarrollo de la lucha revolucionaria del pueblo español, sobrevino sin que la clase obrera estuviera unificada, por el contrario, estaba dividida y, en muchas ocasiones, enfrentada, lo que disminuyó su papel dirigente o preponderante en el régimen.

En esta gran falta de unidad hay que encontrar razones políticas fundamentales que permitieron a las fuerzas reaccionarias utilizar las discrepancias y la desunión que prevalecía en el seno de la clase obrera para ahondar la división y provocar grandes disensiones y luchas internas. Seguros estamos de que si los consejos de Pepe hubieran sido escuchados por los núcleos dirigentes confederados y de la U. G. T. y la unidad obrera se hubiera realizado, con un programa de lucha para desarrollar la revolución democrática burguesa, ni la reacción española habría logrado recomponerse tan prontamente y conspirar contra la República desde dentro, ni atacar alevosamente al movimiento obrero. Igualmente seguros que la situación actual de España no presentaría el cuadro de tragedia que todos conocemos bajo la dominación franquista.

En el primer período de la República se consagró a la organización de la clase obrera sevillana. Dió un gran impulso al engrandecimiento de la unión local de sindicatos de Sevilla; ayudó a los obreros de Córdoba, Málaga, Almería, Cádiz y Jaén a organizarse, a crear fuertes sindicatos, a preparar sus reivindicaciones para reconquistar derechos perdidos, a conseguir mejores salarios, jornadas de trabajo de acuerdo con la Ley, contratos colectivos de trabajo y otras muchas reivindicaciones para elevar su nivel de vida.

El movimiento obrero, bajo su dirección, tuvo en Sevilla una fortaleza extraordinaria.

Participó en las principales huelgas y luchas revolucionarias de la clase obrera, entre ellas en la del 19 al 25 de julio de 1931, conocida por la Semana Roja. La huelga general del 25 y 26 de enero en Sevilla, contra los peligros de un golpe de Estado de Sanjurjo, fué absoluta y constituyó una nueva demostración de fuerza de la clase obrera sevillana. Como consecuencia de esta huelga, se decretaron por el Gobierno unas deportaciones a Bata—Africa del Norte— por cuyo motivo se hizo un paro general de solidaridad con los deportados y como protesta contra las medidas del Gobierno, el día 15 y el 16 de febrero, siendo una nueva demostración del espíritu de lucha y solidaridad de los obreros sevillanos. Participa y dirige nuevas luchas en el 1 y el 2 de mayo de 1932 en las que hubo combates en las calles. Se desató inmediatamente después una fuerte represión contra los sindicatos y contra la clase obrera, lo que produjo bastante indignación entre los obreros, hasta el extremo de que el 29 de mayo se llevó a cabo otra huelga general de protesta contra la bárbara represión ejercida contra la clase obrera.

En este período de grandes luchas, de la clase obrera sevillana, la persecución



contra José Díaz, fue cada día mayor y la policía le buscaba con verdadero afán. Logró escapar a todo asechanceo de la policía, burló toda vigilancia y continuó dirigiendo en forma semilegal el partido, y a través de éste, a los sindicatos.

Fué detenido a mediados de junio de 1932 para responder de varios procedimientos que le habían incoado por su acción dirigente al frente de la clase obrera. Varios meses estuvo en la cárcel. Los jueces se negaban a toda demanda que a su favor hacía el pueblo sevillano. Una fianza de 5,000 pesetas, exigían para otorgar la libertad provisional. Por suscripción popular fué recogida y sobrepasada dicha cantidad por la clase obrera sevillana, que daba muestras de su enorme cariño hacia Pepe. De la cárcel salió para ocupar la Secretaría General del Partido, cargo para el cual fué designado en sustitución de Bullejos, que había sido separado de la dirección del partido y expulsado después del mismo.

### JOSE DIAZ EN LA DIRECCION DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

Desde la dirección del Partido, continúa su preocupación permanente por los problemas sindicales, por la situación de la clase obrera, por la organización de la lucha y por la realización de la Unidad Sindical.

Durante los años de 1932, 1933 y 1934, planteó con gran fuerza al Partido que entre sus tareas esenciales estaba la de ligarse a las masas en sus luchas, la de orientarlas. Para ello, la organización del Partido debía mejorar su trabajo sindical, comprender que en los sindicatos estaba su principal trabajo de masas. Luchó para convencer a muchos cuadros sindicales que no era la actividad sindical la única a realizar por el Partido. Luchó políticamente contra ciertas desviaciones sindicalizantes.

En este sentido, hizo grandes esfuerzos para combinar, en los trabajos principales del Partido, la participación activa y diaria en los sindicatos, en las luchas de la clase obrera, con las actividades políticas a las cuales un Partido Comunista debía hacer frente y más aun en la situación revolucionaria que se vivía en España.

Pero al mismo tiempo combatió las tendencias de aquellos que olvidaban sus deberes sindicales. Hizo ver que entre los deberes de los comunistas, uno de los más importantes era su labor sindical. Sobre todo, esto se aplicaba a quienes, en virtud de su profesión u oficio, podían y debían ser militantes de los sindicatos.

José Díaz contribuyó poderosamente a establecer claridad sobre la importancia de los sindicatos y su papel en la lucha revolucionaria de la clase obrera y de los campesinos. Por esto fué él quien más contribuyó a señalar la responsabilidad de los comunistas en la buena marcha de los sindicatos y, principalmente, en la realización de la Unidad Sindical. Con su visión clara logró fijar una línea de trabajo en este aspecto de la actividad del Partido y a corregir los grandes errores sectarios que, como herencia del grupo Bullejos-Adame, pervivían en algunas organizaciones y compañeros del Partido.

Cuando se preparaba la huelga general de los obreros agrícolas y de campesinos del 5 de junio de 1934, frente a la actitud cerril de los grandes terratenientes, José Díaz sostuvo que un movimiento de tales dimensiones debía de tener un apoyo resuelto de la clase obrera para hacerlo triunfar. Basaba su opinión en que era indispensable, para que resultase victoriosa la lucha de los obreros agrícolas y de los campesinos, su alianza con la clase obrera y que ésta diese su apoyo político y dirección efectiva de clase a sus aliados más próximos, en un combate de suma envergadura contra las fuerzas semi-feudales del campo español.



**JOSE DIAZ EN LA LUCHA CONTRA EL ANARQUISMO Y EL REFORMISMO**

Como era un gran organizador de la lucha de la clase obrera por el mejoramiento de sus condiciones de vida y de trabajo, así como para impulsar la revolución democrático-burguesa, fustigaba resueltamente a los que fomentando una impaciencia que conducía a la desesperación malgastaban en forma criminal las energías de la clase obrera en actos putchistas.

En este aspecto no cejó un solo instante de combatir al anarquismo y al anarcosindicalismo, como teorías contrarrevolucionarias, contrarias a los intereses fundamentales de la clase obrera. La experiencia nefasta del anarquismo en los primeros años de la revolución, era muy grande. Especulaban con el sentimiento revolucionario de las masas trabajadoras y las lanzaban a luchas suicidas, sin organizar, movidas por el aventurerismo y la demagogia, en las que cultivaban el putch en nombre del "comunismo libertario".

Por ésta razón, José Díaz, y el P. C. se mostraban severísimos en la condenación de los métodos y tácticas anarquistas, que objetivamente iban ayudando a los enemigos del pueblo; señalaban a las masas que el anarquismo les llevaba a la derrota, causando un daño muy considerable a su clase y a todo el pueblo.

José Díaz ha sido el hombre político de España que más ha luchado contra la ideología anarquista y ha puesto al desnudo su fondo pequeño-burgués y contrarrevolucionario. Lo hizo criticando la obra del anarquismo frente a los problemas de la revolución democrático-burguesa. Contribuyó poderosamente a deshauciar esta ideología de las filas del movimiento obrero, como una condición esencial para que el proletariado español no expiase más culpas de los grandes errores oportunistas y pequeño-burgueses, por la influencia de la ideología anarquista.

Pero la lucha contra el anarquismo no le hizo olvidar un solo momento el reformismo en el seno del movimiento obrero. El reformismo enraizado en la actividad política de la social-democracia, era funesto también para la clase obrera. El no saber combinar una política de coalición con la pequeña burguesía y con sectores de la burguesía, frente a los grandes terratenientes y el capital financiero, con la defensa permanente de los intereses de la clase obrera y de los campesinos, llevaba a la social-democracia a colocar a la clase obrera a remolque de la burguesía. Por este motivo se quería sacrificar casi exclusivamente a la clase obrera y a los campesinos. Se intentó por la social-democracia desde el poder, que sobre las espaldas de la clase obrera recayera el peso de la crisis económica agudizada por las provocaciones constantes de la gran banca privada y hasta de la banca oficial, imponiéndoles grandes sacrificios en algunos casos, como se pudo comprobar en el de los ferroviarios y mineros.

Al no tener una ideología marxista-leninista-stalinista, el reformismo social-demócrata daba saltos enormes en la situación. De una política de colaboración con la burguesía y de supeditación hacia ésta, se pasó a la preparación de la insurrección, con el propósito de instaurar la dictadura del proletariado, entendiendo por tal la dictadura del P. S. O. E.

José Díaz y el P. C. combinaban su política de unidad de la clase obrera, y muy concretamente con el P. S. O. E. y la U. G. T., con la crítica constructiva sobre las falsas concepciones políticas de los social-demócratas, en problemas tan fundamentales como el del carácter de la revolución en curso y los aliados del proletariado en el desarrollo de la lucha revolucionaria. Dar saltos como los que se proponían era quemar las etapas de la revolución, sin que existiesen las premisas indispensables para ello.

Esta conducta de José Díaz y del Partido Comunista permitió esclarecer problemas



de principios y de la revolución a muchos cuadros del P. S. O. E. y de la U. G. T. y de las Juventudes Socialistas, que comenzaron a beber en las fuentes del marxismo-leninismo-stalinismo y a romper con las ideas trotskizantes sobre las fuerzas motrices de la revolución, sobre el carácter democrático burgués de la revolución española, sobre los problemas vitales de la organización de las masas y su preparación concienzuda para la lucha; comenzaron a comprender, en todo su alcance, que el enemigo principal a vencer era el fascismo.

### JOSE DIAZ Y LA ALIANZA DE LOS OBREROS Y CAMPESINOS

En todo momento propició la alianza de los obreros con los campesinos. Fomentó la solidaridad más fecunda entre ambas clases. Por esto actuó enérgicamente en la organización de la huelga general de los obreros madrileños contra la demostración de fuerzas de los grandes terratenientes catalanes del Instituto de San Isidro iniciada con su marcha sobre Madrid para protestar ante las autoridades republicanas por haber promulgado la Generalidad de Cataluña el decreto de "Contratos de Cultivo" que beneficiaba a las capas más pobres del campo catalán. La huelga general de los obreros madrileños fué un acto de solidaridad con los campesinos y rabassaires de Cataluña, pero al mismo tiempo una muestra de simpatía y adhesión hacia el pueblo catalán en su camino de liberación nacional y social. Por eso, cuando surgió la idea de las Alianzas Obreras, defendió con gran tenacidad que éstas fueren Alianzas Obreras y Campesinas, fuerzas motrices de la revolución española, para de esta forma vincular en la lucha los grandes intereses de los obreros y los campesinos, en la cual el proletariado debía ayudar prácticamente y dirigir a los campesinos en las diferentes etapas de la revolución agraria. Combatió con gran fuerza la tesis de los que despreciaban a los campesinos en la lucha e incluso los consideraban como elementos retardatarios y masa fácil de la contrarrevolución. Explicó con gran argumentación política que los campesinos en la lucha por la tierra, en la lucha contra la explotación de los grandes terratenientes y de los caciques, en la lucha contra el régimen semifeudal que imperaba en el campo eran una fuerza positivamente revolucionaria. Era necesario, por consiguiente, para que pudiesen cumplir su misión francamente progresiva, la dirección de la clase obrera y la ayuda política efectiva de ésta.

La línea política del Partido daba pasos firmes en la conquista de las masas campesinas, las cuales comenzaban a ver en el Partido Comunista, un defensor ardiente de sus intereses, un Partido que les orientaba con claridad por el camino de satisfacer sus reivindicaciones seculares de tierra, su afán de libertarse de los grandes terratenientes, los caciques y los usureros.

### JOSE DIAZ EN EL MOVIMIENTO DE OCTUBRE DE 1934

Con una gran visión y consecuencia hizo grandes esfuerzos en la preparación del movimiento de octubre, para que fuese organizado sobre la base del más amplio frente único de la clase obrera y su alianza con los campesinos, no obstante lo quebrantados que éstos habían quedado después de los resultados nada favorables para sus intereses de la huelga del 5 de junio.

Su participación en el movimiento de Octubre fué importantísima, antes, durante y después; orientando en su preparación, colaborando activamente en la calle durante los días de la lucha, animando a las masas para el combate, reorganizando las fuerzas obreras después de la derrota transitoria, a fin de contrarrestar la ofensiva filofascista desencadenada por Lerroux y Gil Robles. José Díaz y el P. C. demostraron que aquella



batalla perdida no era un triunfo rotundo del enemigo. La clase obrera no estaba vencida y quería continuar la lucha. De las experiencias de Octubre extrajeron consecuencias que permitieron dar pasos importantes para preparar nuevas acciones de lucha de la clase obrera, los campesinos y el pueblo español, a fin de impedir que la reacción fascizante se consolidara en el Poder.

Después de Octubre, cuando tanto pesimismo invadió a algunos sectores dirigentes de las fuerzas obreras, Pepe indicó que había que organizar la lucha en las nuevas condiciones, movilizar a las masas contra el cierre de locales de los sindicatos, y de las Casas del Pueblo; no aceptar la ilegalidad, luchar contra la represión, salvar a los mineros de Asturias más perseguidos, organizar la ayuda a los presos, y, de esta forma, elevar el sentido de la lucha, tanto en el aspecto político como en el solidario, para encauzar de nuevo el movimiento revolucionario. La clase obrera y el pueblo español respondieron magníficamente y la lucha empezó a organizarse y a crecer en las nuevas condiciones.

Con esta orientación se presentaba a la clase obrera una salida y una perspectiva para hacer frente a la represión del Gobierno Lerroux-Gil Robles. Combatía toda tendencia de capitulación que surgía en núcleos dirigentes del P. S. O. E. y de la U. G. T. Hizo ver que era posible luchar; sostuvo, plenamente convencido, que, mediante la lucha diaria de la clase obrera, podía defenderse con más posibilidades de éxito frente a los ataques de la reacción fascista.

### JOSE DIAZ EN LA LUCHA POR LA UNIDAD DE LA CLASE OBRERA, Y DEL FRENTE POPULAR

Entre las experiencias principales que brindaba el movimiento de Octubre, destacaba la de una insuficiente unidad. Las masas obreras habían podido conocer, por su propia experiencia, las consecuencias de no haber marchado más unificadas hacia el combate. Esta tarea, pues, en aquella situación, era una de las más importantes a realizar por la clase obrera.

Sin embargo, no era sencillo ni fácil abrir los caminos para la unidad de la clase obrera, cuando estaba muy reciente una derrota cuyos resultados golpeaban duramente sobre organizaciones obreras y partidos, sobre las condiciones de vida y de trabajo de los obreros y los campesinos. Dificultades enormes existían que sólo se podían vencer cuando se poseía una visión clarísima acerca del estado de ánimo de las masas obreras, de su disposición de continuar en la lucha contra la reacción fascista entronizada en el Poder.

José Díaz y el P. C. plantearon con gran audacia, como una tarea realizable, que era posible y conveniente el liquidar la dispersión existente en las filas de la clase obrera. O sea, dar pasos efectivos para que la unidad sindical se convirtiese en una realidad inmediata a fin de batir a las huestes del filofascismo en el Poder y derribar las compuertas que impedían el desarrollo de la revolución democrática.

Si la unidad sindical era viable, había que facilitar todo hecho que contribuyese a su realización. Por esto fué un artífice de la fusión de la C. G. T. U. y la U. G. T., que significó un robustecimiento de las filas de la U. G. T. tanto por lo que representaban las fuerzas organizadas de la C. G. T. U., sus cuadros y sus experiencias de lucha, como porque esto permitió atraer a las filas de la U. G. T. gran número de sindicatos autónomos que funcionaban en el país y muchos de los cuales giraban en la órbita de la influencia de la C. G. T. U. y del P. C. En las filas de la U. G. T. se agrupaban nuevos centenares de miles de obreros y campesinos, y centenares de cuadros



revolucionarios experimentados, con lo que se liquidaba una parte de la dispersión que existía en el campo obrero.

Este período de 1935 constituye una demostración evidente de la capacidad dirigente de José Díaz. Agranda su papel como dirigente del pueblo, como líder nacional, porque en la lucha antifascista, en los combates contra el fascismo, no separa los intereses de la clase obrera de los del resto del pueblo. Los combina, explica, lucha, convence, refuta sectarismos, arrinconar insensateces, logra que se abra paso la idea del Frente Popular, que expone por primera vez en su discurso del día 2 de junio de 1935 en el Monumental Cinema, de Madrid. La idea de agrupar todas las fuerzas posibles contra el fascismo constituye su orientación principal en aquella época. Él fué el forjador que puso en marcha aquel movimiento de unidad popular que había de alcanzar el triunfo de Febrero de 1936.

Grandes incompresiones tuvieron que vencer José Díaz y el P. C. En primer lugar, para arraigar en la conciencia de las masas la idea de que había que luchar contra el fascismo. El fascismo era el enemigo principal de la clase obrera, pero también de todas las masas populares. El fascismo no atacaba exclusivamente los intereses de las masas obreras; cual si fuera un ciclón, venía a hacer tabla rasa con todos los derechos y libertades del pueblo, trataba de ahogar en sangre el ansia de liberación del pueblo español y, en forma particular, las aspiraciones nacionales de Cataluña, Euzkadi y Galicia.

Por lo tanto, los intereses a defender eran de la clase obrera, de los campesinos, de la pequeña burguesía, de la burguesía, de los católicos, de las masas nacionalistas frente al fascismo. La defensa de estos intereses no daría el fruto apetecido si cada cual la organizaba por su lado. Era necesario, como condición indispensable, unir estas fuerzas, vincular sus intereses en un programa mínimo y organizar la acción unida de ellas contra el fascismo.

Los trotskistas, sirviendo los intereses de la reacción fascizante en el Poder, decían que el Frente Popular era, en la práctica, la renuncia de la clase obrera a la defensa de sus intereses específicos, el sacrificio de la revolución. José Díaz y el P. C. demostraron a las masas que tal renuncia no existía, puesto que no había otro interés supremo para la clase obrera que vencer al fascismo. Sin el aplastamiento del fascismo no se podía comprender el desarrollo victorioso de la revolución democrático-burguesa.

La idea del Frente Popular preconizada por José Díaz y el P. C., fué venciendo todas las resistencias e incompresiones. Millones de españoles la hicieron suya y la transformaron en el motor del triunfo electoral del 16 de febrero, con lo que se demostró al pueblo que era el camino de la victoria. En un artículo publicado el 10 de abril de 1936 en "LA CORRESPONDENCIA INTERNACIONAL", José Díaz exponía en un magnífico resumen los factores que contribuyeron a la formación y a la victoria del Frente Popular. Decía a este respecto:

"Nuestro trabajo continuo e incansable en pro del Frente Unico Proletario; la política justa desarrollada por nuestras organizaciones entre los obreros socialistas; nuestro acercamiento y nuestro trabajo cerca de los dirigentes del ala izquierda del Partido Socialista; la gran resonancia que el VII Congreso de la I. C. ha tenido entre los obreros socialistas en España; todo ha contribuido a que, al llegar el momento de la lucha electoral los dirigentes socialistas se pronunciasen en favor del Frente Unico Proletario y de la formación de un Frente Popular para la lucha en co-



mún contra las fuerzas de la reacción y el fascismo. Sólo gracias a la política justa de nuestro Partido, que prendió en la masa obrera y también en los dirigentes socialistas de izquierda, ha sido posible constituir el Frente Popular. Y este Frente Popular, con todos sus defectos y debilidades, ha jugado un papel decisivo en la lucha electoral y ha dado el triunfo a las fuerzas de izquierda".

### JOSE DIAZ Y LA SUBLEVACION FASCISTA DE JULIO DE 1936

Si grande es la obra política de José Díaz y de Pasionaria al frente del P. C., en la etapa correspondiente al período subsiguiente al movimiento de Octubre de 1934, por la cual pudieron articular políticamente las fuerzas integrantes que habían de componer el Frente Popular, es trascendental la visión demostrada después del triunfo de las elecciones de Febrero de 1936. Ni un solo día se dejó de alertar a las fuerzas obreras y republicanas sobre los peligros que encerraba una política de condescendencia con los enemigos declarados de la República que, a plena luz del día, se preparaban para un nuevo levantamiento contra el pueblo.

En una asamblea de militantes comunistas celebrada en el Teatro Barbieri, de Madrid, el día 23 de febrero, a los pocos días del triunfo electoral, decía, previniendo al Partido y a las masas:

"Camaradas: hemos vencido al enemigo el 16 de febrero, pero el enemigo no está aniquilado, está al acecho, agazapado, adopta una postura de resignación, pero eso no es más que una táctica. Lo que se propone es reorganizar sus fuerzas y volver nuevamente al ataque....."

En la vigilancia de la clase obrera, se había creado una base de seguridad frente a los fascistas y a los generales traidores que organizaban la conspiración. Fueron denunciados, con toda valentía, a la clase obrera y al pueblo, los manejos contrarrevolucionarios del fascismo español. Desde la tribuna, en el Parlamento, en la prensa, se fueron exponiendo pruebas tras pruebas sobre el golpe que preparaba el enemigo. Se simultaneaba el desenmascaramiento constante de la reacción, con la preparación del Partido para hacer frente a la nueva situación que se preveía. Por esto, el Partido Comunista de España se orientó claramente desde el primer momento, y pudo proceder, a la cabeza de la clase obrera, orientando al pueblo, con toda audacia, sin vacilaciones de ningún género, a organizar la lucha contra los sublevados.

La clase obrera dió muestras de un magnífico espíritu combativo contra los generales sublevados y contra el fascismo. Actuó desde el primer momento en línea de vanguardia, batiéndose contra las fuerzas armadas del fascismo. Al desmoronarse todo el aparato del Estado, la clase obrera y las masas populares pusieron en juego su iniciativa inagotable, supliendo, aunque con deficiencias lógicas y explicables, a los órganos de la República, que habían fallado por traición o por tibieza.

José Díaz y el P. C. de España, caracterizaron al guerra como una guerra en defensa de la independencia nacional. Por esta razón suprema, desde el primer momento orientó toda su actividad a movilizar a las fuerzas del pueblo que estuvieron de acuerdo en luchar contra el fascismo. Esto permitió que al lado de la República se encontraran combatiendo fuerzas y sectores de la burguesía, núcleos católicos importantes. Con este ejemplo patriótico, la imbecil propaganda "de que la República era solamente defendida por los comunistas", quedó deshecha.



Con suma claridad se exponía esto en el Manifiesto del Comité Central del P. C. publicado el 18 de agosto de 1936 el que decía:

"En los primeros momentos la lucha pudo tener solamente el carácter de una lucha entre la democracia y el fascismo, entre la reacción y el progreso, entre el pasado y el porvenir, pero ya ha roto sus marcos, para transformarse en una guerra santa, en una guerra nacional, en una guerra de defensa de un pueblo que se siente traicionado, herido en sus más caros sentimientos; que ve su patria, su hogar, el hogar donde reposan sus mayores, en peligro de ser desgarrado, arrasado y vendido al extranjero; la independencia nacional en peligro, y, como en las jornadas gloriosas de pasadas luchas, defiende la integridad del país. Toda la España que siente, que piensa, que trabaja, la España de la ciencia, de la cultura, de las artes, del trabajo, las mujeres, los niños, los viejos, los jóvenes, los hombres, impulsados por el mismo anhelo, por el mismo afán, gritan su encendida protesta, empuñan las armas con coraje y se disponen a defender, vendiendo caras sus vidas, el suelo que les vió nacer y que no consentirán sea hollado por la pezuña sangrienta de los traidores a su patria ni por la de los ladrones extranjeros....."

La línea política del P. C. fué defendida por la inmensa mayoría del pueblo que veía en ella las orientaciones más oportunas y justas para crear el Ejército Popular, el Mando Único, las Reservas, la creación de una gran Industria de Guerra, la terminación sin contemplaciones de los llamados "incontrolados" y el establecimiento de una disciplina popular en la retaguardia.

José Díaz y el P. C. hicieron frente a los desmanes de quienes, sin tener en cuenta el carácter de la guerra, se lanzaban a imponer una política de "colectivizaciones" que enfrentaba a los campesinos y sectores de la pequeña burguesía con la República. Sin hacer dejación alguna de los principios marxistas-leninistas-stalinistas, el Partido combatió tenazmente todos los "ensayos" que creaban grandes dificultades en la movilización articulada de los recursos y posibilidades existentes en el país, para ganar la guerra.

Precisamente en el afán inextinguible para ganar la guerra, no se olvidaba un solo momento a los enemigos que actuaban al servicio de Franco y los invasores del territorio republicano. Entre estos enemigos ocupaban un lugar de primera importancia los trotskistas. Esta banda de miserables luchaba contra la República en todas sus formas. Eran quintacolumnistas abiertos y descarados, con prensa, radio, armas, con cuyos elementos pretendieron hundir la resistencia republicana. Fueron los principales promotores del "Putch" de Mayo de 1937 en Barcelona, que, apoyándose en el aventurerismo y en la demagogia de núcleos importantes de fascistas, incrustados y con cierta influencia en los sindicatos de la C. N. T., asestaron una puñalada por la espalda a la República, en combinación con Franco, y pusieron en grave peligro zonas importantes del frente de Aragón que abandonaron. Creaban con esta acción criminal complicaciones muy serias a la solvencia y al prestigio de la República en el exterior.

En su informe al Pleno del C. C. del P. C. de España, celebrado en Valencia el día 13 de noviembre de 1937, señaló:

"Los principales enemigos del pueblo en la retaguardia son los trotskistas; son los enemigos más encarnizados



de nuestra causa, los agentes directos de Franco en nuestras filas. ¿Cuál es la labor de los trotskistas en nuestra retaguardia? Minar las bases de unión antifascista, demoralizar a los obreros, servir de espías. Las relaciones de los trotskistas con Franco, los servicios de espionaje y de provocación que el P. O. U. M. presta al fascismo se han demostrado ya suficientemente. Contra los provocadores del P. O. U. M. no sólo existen ya las pruebas políticas de los artículos que reparten; existen las pruebas criminales de las claves, las cartas y los documentos encontrados por la policía en sus locales y en poder de sus dirigentes".

"¿Qué son los trotskistas descubiertos últimamente en Barcelona, según la nota oficial del Jefe Superior de Policía de aquella ciudad, publicada en la Prensa, más que una partida de bandidos?"

"Precisamente, este descubrimiento ha demostrado la extensión del espionaje y la ruindad de la traición trotskista".

El Partido Comunista luchó eficazmente de forma inigualada desde el Ministerio de Agricultura para atacar a fondo los intereses económicos de los grandes terratenientes y grandes capitalistas complicados en la sublevación, y que apoyaban a los facciosos. Pero demostró que era contraproducente lesionar los intereses de los campesinos y de los pequeño-burgueses, incluso los de aquellos que habían militado en organizaciones derechistas, porque podían y debían ser aliados y combatientes de la República, contra Franco y los intervencionistas nazifascistas extranjeros.

Hubo demagogos en el campo socialista y faista que enjuiciaban esta política en un sentido negativo. Decían que el P. C. renunciaba a un programa revolucionario, que protegía a los elementos derechistas. Sin embargo, el P. C. demostró a la clase obrera y al pueblo que no había otro objetivo más revolucionario de inmediato que vencer a los generales sublevados y arrojar de España a los fascistas extranjeros, que habían venido a luchar contra la República, para lo cual debíamos utilizar todos los aliados posibles, no importando gran cosa el que no hubieran sido durante toda su vida militantes de izquierdas. Sin lograr esto, la República no hubiera podido sobrevivir, la clase obrera y los campesinos quedaban sometidos a la condición de esclavos, el pueblo ahrorojado, sin libertad, y bajo la dictadura feroz del fascismo. Había que vencer al fascismo, como condición indispensable, para asegurar el progreso de España.

Por eso, sus esfuerzos constantes para que el movimiento sindical colocase entre sus preocupaciones vitales la de dar el máximo rendimiento para la guerra, la de que asegurase, con su concurso y ferviente cooperación, el mejor funcionamiento de la vida industrial, y vigilase que no se produjesen derroches de materias primas, suprimiendo la producción de cuanto fuese innecesario. La razón política que determinaba esta posición estaba fundamentada en que la clase obrera, que había logrado impedir el colapso de las industrias, debía aprovechar su papel predominante en la dirección de la producción para que el heroísmo de los milicianos en los primeros tiempos, y posteriormente de las fuerzas regulares del ejército popular, encontrasen una compensación en las fábricas y talleres, en las minas y en el campo, donde la producción alcanzase un nivel más elevado desde donde se alimentase de todo lo necesario a los frentes de batalla, y se supliese con la máxima eficacia, la asfixia enorme que sufría la República por la odiosa política de "No Intervención".

Esto logró arraigar en las filas obreras. Fueron cortándose abusos y reduciéndose



ciertas extralimitaciones contra elementos de la burguesía y del campo, que luchaban al lado de la República. La clase obrera ayudó valiosamente a dar un gran impulso a la creación de la industria de guerra; merced a sus esfuerzos y sacrificios y sobre la marcha, asimiló la técnica de la construcción de nuevos materiales de guerra, brotando del trabajo miles de obreros y de obreras calificados.

### JOSE DIAZ, PALADIN DE LA UNIDAD OBRERA, POPULAR Y DE LA UNION NACIONAL DURANTE LA GUERRA

Durante la guerra, no cejó un solo momento de impulsar la unidad de la clase obrera. Expuso ante el Partido que esta era un factor de victoria, y que el Frente Popular y luego más tarde la Unión Nacional, debían tener su robustecimiento y consolidación garantizada, por una mayor unidad de la clase obrera.

Cuando se inició la aproximación de la U. G. T. y de la C. N. T. el Partido ayudó a que cuanto antes se llegase a la firma de un pacto de unidad de acción, base para una ulterior inteligencia y premisa para crear la Central Sindical Unica en España.

El Pacto de Unidad de Acción firmado a mediados de 1937, por la UGT y por la CNT, era una etapa tendiente a evitar roces y enfrentamientos entre las fuerzas obreras en el país y a unir en un sólo esfuerzo, previa garantía política de unos acuerdos firmados, a los trabajadores españoles que en su inmensa mayoría se encontraban agrupados en las filas de estas dos centrales sindicales. Las consecuencias del Pacto firmado, se dejaron inmediatamente sentir en las fábricas y talleres, en las minas y en el campo. Constituyó un serio avance —aunque con cierta tardanza— en el mejoramiento de la producción y en el aumento de su cantidad. Si mediante la unidad de acción se llegaba a una gran mejoría en la producción, era incuestionable que de realizarse la unidad sindical, hubiese sido un paso importantísimo para ganar la guerra. El Partido saludaba el Pacto de Unidad de Acción como un paso muy positivo y planteó a sus militantes que era el camino para avanzar hacia la unidad completa de la clase obrera en el terreno sindical.

Esto se combinaba perfectamente con la idea de no sobrestimar el valor y el papel de las fuerzas sindicales españolas. Unidad de acción, sí. Unidad sindical, mejor. La clase obrera organizada en los sindicatos como factor importantísimo de la victoria, también. Pero esto no era congruente con las tendencias aparecidas, divulgadas y defendidas principalmente por los anarquistas, de que los sindicatos reunían la mayoría de las fuerzas obreras y campesinas del país, que sobre los sindicatos recaía el peso principal de la guerra y que, por lo tanto, los sindicatos debían gobernar. La idea de establecer un Gobierno Sindical en España había que rechazarla y combatirla, por improcedente y negativa, por inadmisible en el orden político, y por inaceptable en todos los terrenos.

Fué el P. C., el que con tesón y empeño pulverizó tales concepciones sindicalizantes, sin negar a la clase obrera ninguno de sus derechos, ya que en cuanto a representación de la clase obrera no podía concederle primacía a ninguna otra fuerza.

Además, en el aspecto internacional, cualquier intento de Gobierno sindical, hubiese constituido un serio golpe a la República, puesto que la práctica semejante propuesta equivalía a que la gobernación del Estado pasase a manos de las organizaciones de la clase obrera, con menos precio absoluto del carácter principal de la guerra de independencia nacional que se libraba.

José Díaz y Pasionaria, al frente del P. C., habían llamado la atención en muchos casos sobre las extralimitaciones sindicales para que no pusiesen en peligro la unidad de las fuerzas patrióticas que combatían contra los generales traidores y contra



los invasores, y tampoco permitían que algunos núcleos burgueses —entre los cuales la capitulación rondaba con más asiduidad— descargaran la culpa de las deficiencias y errores que había en la marcha de la guerra sobre los sindicatos y sobre la clase obrera. Supieron demostrar lo ilógicas que resultaban ciertas ambiciones de poder y de mando de algunos de estos sectores, con pleno desconocimiento, intencionado o inconsciente, de lo que significaba la aportación de la clase obrera a la causa de ganar la guerra, de los sacrificios que representaban sus esfuerzos en el frente de batalla y en la batalla de la producción, para que hubiese, además, el interés, que ponía en peligro la unión establecida para batir a Franco y a los invasores, de que la clase obrera no tuviese una representación digna y justa en aquella situación, hecho este motivado por el afán de dar satisfacción a quienes desde el primer momento habían tendido un nudo corredizo a la República, y hacían todos los esfuerzos para ahogar su resistencia.

Durante el transcurso de la guerra, José Díaz, en nombre del P. C., junto con representantes de otras fuerzas obreras del país, se dirigió en varias ocasiones a las organizaciones obreras internacionales, sindicales y políticas, con el objeto de proponerles la unidad de acción para la ayuda a la República Española, y para organizar la acción unida del proletariado mundial contra el fascismo. Sus llamamientos a las organizaciones sindicales de todos los países y a la Internacional Socialista, eran alabanzas a fin de que vieran en la guerra de España el camino para hacerle frente a la política expansionista del fascismo, y mediante la unidad de todas las fuerzas de la clase obrera mundial, cerrarle el paso a la monstruosa dictadura terrorista del fascismo alemán, que amenazaba ya con sojuzgar a los pueblos de Europa y de todo el mundo.

Después de la pérdida de la guerra con la victoria transitoria del franquismo, José Díaz ha expuesto algunas experiencias fundamentales que hemos de tener presentes en todo momento. En su artículo "LECCIONES DE LA GUERRA DEL PUEBLO ESPAÑOL", publicado en "NUESTRA BANDERA" del mes de julio de 1940, nos ha enseñado que:

"La experiencia de esta guerra y de las actividades del P. C., demuestran que la fuerza de la clase obrera se centuplica cuando está dirigida por un Partido revolucionario, unido, monolítico, y por una organización sindical unida, conducida por ese Partido.

La garantía fundamental de una alianza de la clase obrera con el campesinado y la clase media, es la unidad revolucionaria del proletariado dirigido por el Partido Comunista.

La firme solidaridad del P. C., hasta su célula más modesta, su iniciativa, sus firmes lazos con las masas y, en particular, su actividad independiente, son condiciones esenciales para reducir al mínimo las vacilaciones de sus aliados y descartar las posibilidades de traición".

"Para obtener la victoria en una lucha similar a la sostenida por el pueblo es esencial contar con un gobierno firme y con un movimiento inspirado por una voluntad común, que sean capaces de vencer todos los obstáculos y de agrupar a todo el país para el único objetivo de destruir al enemigo..."



## LA UNIDAD SINDICAL DE LA CLASE OBRERA ESPAÑOLA DEBE SER UN TRIBUTO A LA MEMORIA DE JOSE DIAZ

Toda la vida y la obra de José Díaz, es la de un gran luchador proletario, de un combatiente abnegado y esclarecido, de la unidad de la clase obrera y del pueblo, que puso todas sus energías y su saber al servicio de la causa de la liberación de la clase obrera y del pueblo español.

Ayudó al movimiento sindical español de forma extraordinaria a encontrar una línea clara y justa en la defensa de los intereses de las grandes masas proletarias, en lucha política contra la ideología reformista y anarquista, para hacer de los sindicatos instrumentos de lucha y escuelas de educación revolucionaria de la clase obrera.

Fortaleció la preparación política y la asimilación de las teorías marxistas-leninistas-stalinistas, de la clase obrera española, para que supiera orientarse en los grandes combates contra el fascismo y sus agentes.

Contribuyó poderosamente a cultivar la educación de las masas obreras españolas, en el espíritu del internacionalismo proletario, y en el de la solidaridad más efectiva con los pueblos en su lucha contra la tiranía de la reacción y del fascismo.

Dedicó grandes esfuerzos a la realización de la unidad sindical de la clase obrera española. Supo, como nadie, inculcar la idea de la unidad en las masas trabajadoras españolas, lo que ha abonado el campo por que ésta unidad sea pronto una realidad en España. Mejor dicho, lo está siendo, por que la clase obrera, a pesar del terror más criminal que se ha conocido en nuestro país, cada día une más sus fuerzas, en una forma rudimentaria, como puede, aunque no sea más que en pequeñas acciones de protesta, en su resistente frente a todas las medidas impuestas por el franquismo, pero que, en definitiva, son los pasos elementales para la unidad sindical de mañana.

José Díaz ha muerto. La clase obrera española ha perdido a su líder. La unidad sindical ha perdido su campeón infatigable.

El Partido Comunista y a su cabeza Pasionaria y la clase obrera tienen en la obra de José Díaz un camino a seguir. Tienen además el compromiso solemne de cumplir su voluntad de llevar a feliz término y lo antes posible la unidad sindical de la clase obrera española, con la creación de una sola central sindical en España.

Al unir todas las fuerzas antifranquistas españolas para la lucha contra Franco y Falange Española; al contribuir con nuestros esfuerzos y sacrificios al gran combate mundial contra Hitler y sus cómplices, en la organización de la lucha diaria para impedir que nuestra patria sea arrastrada a la guerra al lado del eje fascista, representa una deuda de honor para la clase obrera española el marchar unida, más unida que nunca, en la Unión Nacional de todos los españoles, que habrá de liberar a España de tiranos y verdugos y abrir una era de libertad, trabajo y progreso, para todos los españoles.





**SANTIAGO CARRILLO**

# **Cómo aprovecha la Juventud las enseñanzas de JOSE DIAZ**

**"La guerra hay que sentirla aunque los cañones no retumben en nuestros oídos".—José Díaz.**

La muerte del camarada José Díaz, Secretario General del Partido Comunista, guía de la clase obrera y del pueblo de España en sus grandes luchas por la libertad y la independencia, ha causado el más hondo dolor entre las filas de la juventud revolucionaria y anti-fascista de nuestro país.

José Díaz, fue un gran amigo de la juventud, su mejor guía, y maestro; en medio de su agotadora actividad revolucionaria supo encontrar tiempo y energías para ocuparse de los problemas de la juventud, y mostró hacia ellos más comprensión que ningún otro hombre político de España, comprensión que supo inculcar a los cuadros militantes del Partido Comunista. A la vez, José Díaz se esforzó —y lo logró en una parte muy considerable— en hacer participar de la misma actitud hacia los jóvenes, a las otras fuerzas políticas del Frente Popular, porque este gran jefe revolucionario comprendía con absoluta claridad la enorme importancia de ganar a la nueva generación para la causa común de la lucha contra el fascismo.

José Díaz, educó a las masas, y las condujo por el camino del Frente Único y del Frente Popular; pero a la vez, enseñó al proletariado y al pueblo español cómo luchar para impedir que el fascismo corrompa la conciencia de la juventud y la convierta en una fuerza de choque contra el movimiento revolucionario y popular.

Al examinar los grandes resultados de la obra de José Díaz, no se puede olvidar el hecho característico de que en España, las grandes masas de la juventud obrera, campesina y estudiantil han permanecido fieles al lado de la clase obrera y el pueblo, y han peleado en las primeras filas contra el fascismo. Incluso, tras la derrota de la República, pese a los inauditos esfuerzos realizados por el régimen franquista para atraerse a la juventud —campamentos de reposo, organizaciones juveniles, desfiles, Frente de la Juventud, etc., los falangistas encargados de organizar a los jóvenes han tenido que reconocer su fracaso; la generación joven sigue siendo fiel a la causa del pueblo, se añade el hecho de que algunos grupos de jóvenes que fueron seducidos por la demagogia falangista, comprenden ahora que han sido víctimas de un engaño, al ver cómo Franco, Serrano, Suñer y Falange, arruinan a España y la ponen de rodillas delante de los opresores alemanes.

Mientras que esto sucede en España, ¿qué pasó con la juventud en otros países dominados por el fascismo? ¿Qué pasó en la Alemania de Hitler? Un revolucionario alemán escribe:



"Las leyendas bárbaras de la antigua historia alemana hablan de los niños que comían el corazón de los lobos feroces para adquirir la misma ferocidad de estos animales".

El fascismo alemán ha convertido estas leyendas en una realidad y las ha superado. Ha llevado a la sangre de la mayoría de la juventud alemana la ferocidad del lobo, los instintos bestiales y la crueldad del podrido imperialismo alemán.

Las madres alemanas parieron hijos para que se hicieran hombres; pero Hitler los convirtió en lobos".

Ningún revolucionario español ha tenido que escribir tales cosas de la juventud española; ésta ha permanecido fiel a las tradiciones revolucionarias y antifascistas del proletariado y del pueblo de nuestro país. Los jóvenes españoles han peleado y pelean no para sojuzgar a otros pueblos, como la corrompida juventud alemana, sino para defender la independencia y la libertad de nuestra Patria.

Pero esto ha sucedido, no porque España sea un país especial, o por un milagro; ésto fué el fruto de la comprensión que la clase obrera y las fuerzas antifascistas en general —merced principalmente a los grandes esfuerzos de nuestro entrañable guía y maestro José Díaz, a la cabeza del Partido Comunista— mostraron hacia la juventud y sus problemas; fué el fruto de la gran lucha por la unidad de la juventud, que culminó en la fundación de la Juventud Socialista Unificada, y en la creación de la Alianza Juvenil Antifascista. La clase obrera y el pueblo español supieron mostrar a la juventud que su porvenir estaba indisolublemente ligado a la lucha por la libertad y la independencia, por los derechos del pueblo; el aplastamiento de los restos semifeudales y del fascismo.

José Díaz, advertía constantemente la necesidad de ayudar a la Juventud, de ponerla en condiciones de que no fuese afectada por la demagogia fascista. "Hay que dar también satisfacción —decía— a las legítimas aspiraciones de la juventud trabajadora, a la nueva generación, y liberar a importantes sectores de la juventud de la nefasta influencia de los partidos reaccionarios y fascistas, de la influencia de los Jesuitas. Para ello debe lograrse por todos los medios el mejoramiento de la situación material, y la elevación del nivel cultural y profesional de la juventud".

José Díaz, mostró a la juventud comunista y socialista cómo luchar más eficazmente por las reivindicaciones de los jóvenes, cómo cerrar el paso a la propaganda corruptora del fascismo. La gran huelga general de Madrid y las demostraciones de masas que hubo en toda España el 23 de abril de 1934, para impedir la concentración fascista del Escorial, encontraron ya a los jóvenes socialistas y comunistas peleando unidos en una serie de lugares. Lo mismo sucedió en la movilización contra la concentración fascista de Covadonga. Y más tarde durante la huelga de campesinos. En vísperas del movimiento de octubre, del mismo año se celebró en Madrid, organizado en común por ambas juventudes, el gran mítin del Estadiun, demostración extraordinaria de la fuerza de la unidad. De este modo la juventud trabajadora, atendiendo los consejos luminosos de José Díaz marchaba por el camino de la lucha, por sus reivindicaciones, por las libertades y el progreso, contra su peor enemigo: el Fascismo.

Durante los combates de octubre, y más tarde, bajo la represión del bienio negro, esa unidad continuó desarrollándose, hasta que culminó en la fundación de la Juventud Socialista Unificada a principios de 1936, tras un largo período de lucha común y de educación de la juventud, en el que se forjó la conciencia combativa antifascista y revolucionaria de grandes masas de la juventud trabajadora española.

La creación de la J. S. U. estimulaba, a la vez, el desarrollo de otras organizaciones





antifascistas de la juventud, como las republicanas, nacionalistas vascas, catalanas, y libertarias, las cuales fué también un hecho muy positivo porque contribuyó a arrebatar fuerzas al fascismo, que pasaban a formar en las filas del Frente Popular.

A la vez, la J. S. U., fué el alma de la lucha por la unidad de todos los jóvenes antifascistas y patriotas en la Alianza Juvenil Antifascista, que jugó un gran papel en la movilización de la juventud española para la resistencia contra el fascismo y los invasores.

Así es como la juventud española dió su sangre generosa en las primeras filas de la lucha contra los traidores y los invasores extranjeros fascistas, así fué como hasta los niños de 14 y 15 años querían empuñar el fusil para pelear, y los falangistas han tenido que reconocer que en España "hasta los niños son rojos".

Si en España el fascismo no corrompió a la juventud; si las madres españolas no han visto a sus hijos transformados en lobos feroces, en falangistas sin entrañas, no fué por casualidad, sino porque José Díaz guió a la juventud y al pueblo por el camino de la unidad, porque se fundó la Juventud Socialista Unificada y la Alianza Juvenil antifascista.

Es cierto que aun hay gentes, incluso antifascistas, que se resisten a ver y comprender esto. La derrota transitoria de la República ha creado confusión, recelo, desconfianza que impiden ver los hechos con claridad, y lo que es peor, hacen más lento el ritmo para la consecución de la unidad nacional que nos ayudará a reconquistar la libertad y la Independencia de nuestro país. Para cualquier obrero honrado, cualquier antifascista que piense sobre las experiencias de nuestra lucha tendrá que reconocer que si Franco no ha logrado ganar a la Juventud, si ésta pelea codo con codo al lado de sus mayores, contra el fascismo, se debe en gran parte a la unidad juvenil, y muy directamente a la existencia de esa gran organización de más de medio millón de miembros, la Juventud Socialista Unificada, a cuya creación y desarrollo prestó José Díaz una ayuda valiosa e incansable.

Muerto José Díaz, sus consejos y sus enseñanzas siguen siendo una fuente de inspiración para la lucha de la Juventud, porque el nos enseñó a mirar hacia adelante y no hacia atrás; a recoger de una manera viva las enseñanzas de nuestros maestros y no caer en las repeticiones mecánicas, en las fórmulas estereotipadas; a comprender los cambios que se producen en el desarrollo de la lucha y actuar conforme ellos nos aconsejan.

Nos hallamos hoy en el curso de la gran guerra mundial de liberación contra el fascismo. El Jefe genial de los pueblos soviéticos, camarada Stalin, ha dado al Ejército Rojo la orden de conseguir que 1942, sea el año de la derrota definitiva de las tropas germano fascistas, del hundimiento del hitlerismo.

Esto significa que el régimen sangriento de Franco, Serrano Suñer y Falange tienen sus días contados; que se aproxima el instante en que nuestro pueblo romperá los muros de las prisiones y dará la libertad a los centenares de miles de presos, se pondrá fin al terror y al hambre, al paro y la miseria; a los atropellos de los oligarcas falangistas, traidores nacionales que hacen atropellos, incluso con la independencia de la nación.

Por eso precisamente la orden de Stalin no concierne sólo al Ejército Rojo. Concierne también a todo el pueblo, a todos los jóvenes españoles que deben luchar con heroísmo y con tesón para contribuir a la derrota de los monstruos hitlerianos. Pasionaria, la gran dirigente del pueblo español y del Partido Comunista, la más fiel compañera de lucha de José Díaz, ha transmitido en un reciente artículo el mandato de éste: José Díaz, repetía incansablemente, hasta el último momento de su vida, que el pueblo



español no podía esperar pasivamente ser liberado por el Ejército Rojo. Que su deber histórico era organizar la lucha, apoyándola con una unidad nacional amplia que abarcara a todos los españoles que aman a España libre de tuteladas extranjeras y de regímenes extraños.

Efectivamente, el deber sagrado de la juventud española y en primer término de la J. S. U., es luchar al lado de la clase obrera y el pueblo contra el régimen franquista, hacer que hierva sobre nuestro territorio la lucha de las guerrillas contra los convoyes de armas y víveres; las manifestaciones, huelgas y todo género de luchas contra la ayuda a la Alemania hitleriana, contra el hambre; por el pan, por la amnistía, contra el terror y la pena de muerte.

Nuestro deber es poner en pie de lucha toda la juventud patriota, convertir nuestro país en un frente de batalla anti-nazi, prepararnos para volver a tomar las armas contra nuestros opresores.

"La guerra hay que sentirla aunque los cañones no retumben en nuestros oídos", decía José Díaz. Efectivamente, la juventud española siente como suya la guerra que libran la URSS y sus aliados y se da cuenta que ha llegado el momento de realizar los mayores sacrificios, los más valerosos y heroicos esfuerzos para ayudar a los soldados y los pueblos de la Unión Soviética a hundir la tiranía nazi en 1942.

El régimen franquista, por el contrario, ha ligado su suerte a la de la Alemania nazi; sabe muy bien que se hundirá junto con ella en 1942. Por esa razón, y primero Franco y luego Serrano Suñer, han prometido a Hitler **un millón de soldados** si el gran baluarte alemán no puede contener el tremendo peligro ruso". Ante el gran desastre nazi que se aproxima, los bandoleros falangistas se hallan dispuestos a sacrificar un millón de jóvenes españoles, a verter a torrentes la sangre de nuestros hermanos para tratar de salvar a Hitler y su pandilla, y salvarse también a sí mismos.

Los planes de Hitler, Franco y Serrano Suñer son un complot de muerte contra cada joven español. De realizarse, centenares de miles de jóvenes compatriotas, vestidos con el casco y las ropas de los cadáveres alemanes, seguirán la triste y vergonzosa suerte de los soldados de la División Azul que han muerto como salteadores mercenarios al servicio de los déspotas alemanes.

Pero la juventud española piensa unánimemente: ¿Morir por Hitler? JAMAS. ¿Morir por el monstruo que ha provocado la guerra y se ha servido de manos traidoras para asesinar y oprimir al pueblo español? JAMAS.

¿Morir por quienes roban a España el pan y los víveres mientras los españoles millón de españoles caídos en uno y otro campo durante nuestra guerra, estén pudriéndose bajo la tierra víctimas de sus infames planes de conquista y de dominación mundial? JAMAS.

¿Morir por los que han destrozado con bombas extranjeras nuestras ciudades y hogares, sepultando entre los escombros a nuestros viejos, nuestros niños y nuestras mujeres? JAMAS.

¿Morir por quienes nos roban a España el pan y los víveres mientras los españoles mueren de hambre, por quienes depauperan y arruinan a la juventud española? JAMAS.

La juventud española no quiere morir por Hitler. Aquellos jóvenes que supieron pelear como valientes durante treinta y dos meses contra los invasores nazis y los traidores nacionales, falangistas, no están dispuestos a llenar el deshonroso papel de mercenarios del nazismo contra nuestros hermanos soviéticos, esos héroes admirables, que lanzan sus bombas contra la División Azul, con el recuerdo de Madrid en sus labios convencidos de que los frentes soviéticos son una prolongación gigantesca del frente de Madrid donde se defendió durante dos años la causa de la libertad del mundo, que ahora ellos, los pueblos soviéticos, bajo la dirección del genial Stalin, están llevando a la victoria.



Incluso son muchos los jóvenes que pelearon en las filas franquistas forzados o voluntariamente porque creían que luchaban en realidad por una España grande y libre, que se dan cuenta ahora de su error y se niegan a morir por Hitler.

La juventud española no es una juventud de mercenarios. El falangismo ha podido arrastrar a unos centenares de señoritos corrompidos y degenerados y a unos cuantos aventureros de oficio. Pero la juventud trabajadora y estudiosa no ha sido corrompida. Independientemente de las diferencias ideológicas o religiosas, y de la condición social, el patriotismo, el amor a la libertad y a la Independencia de España el odio a los tiranos sangrientos que venden el país al nazismo, domina en cada joven español.

Pero, para hacer abortar los planes criminales de Falange, la juventud española tendrá que incrementar y reforzar su lucha, unirse en un sólido frente, forjar su Alianza nacional. Deberá hacer suyo el lema estampado en el importante llamamiento pro Alianza que firman los principales dirigentes juveniles antifascistas en la emigración: "Ni soldados, ni obreros, ni trigo, ni arroz, ni mineral, ni carburantes, ni aceite; ni cartuchos para la Alemania nazi. Toda la juventud deberá alzarse como un solo hombre para evitarlo por todos los medios sin reparar en ningún sacrificio".

Todos los jóvenes españoles están interesados en luchar; todos los que no quieran ser **uno** entre el **millón** de los que irán forzados a morir por Hitler; los que no quieran ser esclavos de la Alemania nazi; los que aman la independencia y la libertad de España. Se trata de una cuestión de vida o muerte para cada joven. Y la lucha es muy dura y difícil.

Por eso debemos unirnos, Aunque no pensemos del mismo modo sobre todas las cuestiones, aunque haya entre nosotros diferencias ideológicas, políticas, religiosas o de condición social, nos unen, hoy por hoy, muchas más cosas que las que pueden separarnos. Por otro lado, a medida que la lucha en común se desarrolla nos separarán menos diferencias; no hay cosa que una tanto como el pelear juntos. Sabido es que en el crisol, al fundirse, el mineral se separa de las impurezas, y sale neto tal como es; del mismo modo en el fuego de la lucha unida sale a la superficie el fonde de honradez y sinceridad que hay en cualquier joven revolucionario y antifascista, si no es un politicastro corrompido y traidor o un aventurero. La unidad de lucha exalta las mejores virtudes de la juventud en general, y de cada joven en particular.

¿Para qué quiere la J. S. U. la unidad? Para qué necesita la juventud española cerrar sus filas y organizarse en una sola columna de combate? Para que 1942 sea el año de la victoria sobre el fascismo. Concentrando todas nuestras fuerzas y golpeando a la vez será como podremos derrumbar al franquismo, impidiendo sus planes criminales y contribuyendo así a la lucha heroica del Ejército Rojo y sus aliados.

A estas alturas es incomprensible que haya gente que se consideran antifascistas y se oponen a la unidad, es incomprensible que haya aun algunos insensatos —sin hablar de los enemigos— que aun acarician la idea, por ejemplo, de ver escindida J. S. U. Sólo cuando se renuncia de antemano a luchar, a hacer de 1942 el año de nuestra victoria, pueden albergarse tales ideas sin sentido. Sólo cuando se vive soñando con el pasado, cuando se olvida que lo que importa es el presente y el porvenir, derrotar a Hitler, salvar a nuestros presos, detener la mano del verdugo, librar del hambre, la miseria y la tiranía a nuestro pueblo, impedir que un millón de jóvenes españoles sean enviados al matadero hitleriano, puede pensarse en volver al pasado. La historia no vuelve hacia atrás. Y los que lo hacen corren el peligro de transformarse en estatuas de sal; como la mujer de Lot; de fosilizarse políticamente.

Por fortuna, las grandes masas de la juventud miran hacia adelante y comprenden que hay que unirse, que incluso los grandes progresos unitarios que se hicieron anteriormente **son aun insuficientes y hay que superarlos.**

¿Sería suficiente hoy que nos propusiéramos reconstruir la Alianza Juvenil Antifas-



cista con su antigua composición? En su momento la creación de la AJA fué un paso tremendo para unir y movilizar a la juventud española en torno a la República y contra los enemigos de ésta.

Hoy mismo, el llamamiento pro-Alinaza que firman los dirigentes emigrados de las organizaciones juveniles que participaron en la AJA equivale a un gran paso adelante. Es de suponer que muy pronto nuestros dirigentes, o sus representantes, se reunirán para trazar juntos todo un programa de acción y de lucha bajo la bandera de la creación de la Alianza Nacional.

Pero sin embargo hoy no podríamos darnos por satisfechos con reagrupar las fuerzas que ya estuvieron en la AJA; hay que ir más allá: **Hay que unir a todos los jóvenes que no quieran ser uno entre el millón que Franco y Serrano Suñer han prometido a Hitler.**

Y entre estos hay muchos que por fuerza o error estuvieron del otro lado de las trincheras, porque pensaban que allí se defendía efectivamente una causa nacional. Si comprenden su error, si hoy se unen a nosotros de buena fe en la lucha, si aprovechan su posición de ex-combatientes, de miembros de las organizaciones creadas por el régimen franquista para ayudarnos a organizar y desencadenar la lucha contra los enemigos del pueblo, tendrán un puesto de combate dentro de la Alianza Nacional, y no serán mirados como extraños o enemigos en una España Independiente y libre.

Y si en el terreno de la Alianza Nacional debemos llegar a una tan amplia unidad, ¿podríamos limitarnos, en cuanto concierne a la juventud trabajadora, a luchar por mantener la unidad interna de la J. S. U.? ¿Expresa ésta conquista totalmente las exigencias de la lucha, hoy?

Los jóvenes socialistas unificados debemos tener muy presente que como decía José Díaz "para defender la civilización contra la barbarie, para aniquilar la bestia del fascismo, para abrir amplios cauces a la democracia social y al progreso, hay que avanzar en el camino de la unidad". Debemos recordar también que "luchando por la unidad continuaremos desarrollándonos y fortaleciendo nuestras filas".

Un informe sobre la organización de la J. S. U. que nos llega desde una ciudad de provincia de España —cuyo nombre no especificamos por razones que están al alcance del lector—, nos dice que allí existe una organización ilegal de la J. S. U. compuesta por 144 miembros. De ellos tan solo pertenecían a la J. S. U. antes de la victoria momentánea del franquismo, 30 eran miembros de las juventudes libertarias, 10 de juventudes republicanas, y los 14 restantes no pertenecieron antes a ninguna organización, ya que eran todavía demasiado jóvenes.

Estos datos de una ciudad, se reproducen en forma muy parecida en otros puntos del país. Ellos demuestran, en primer término, que el estado de espíritu en el interior de España es favorable para una unión más amplia y sólida de la juventud trabajadora —y entiéndase bajo este término principalmente a la juventud obrera y campesina, pero también a los empleados, estudiantes e intelectuales jóvenes—, incluso para una sola organización.

Demuestra, asimismo que ciertos obstáculos ideológicos, de principio, que eran un impedimento para la participación de los jóvenes libertarios en una misma organización con los miembros de la J. S. U., que se inspira en los principios victoriosos del marxismo-leninismo-stalinismo, han sido superados ya por muchos miembros de las juventudes libertarias, y que otros muchos están también en camino de superarlos. Las experiencias de nuestra guerra, de varios años de fascismo, durante los que se ha puesto a prueba el valor y la justeza de la teoría marxista-leninista, la experiencia de la victoria del Socialismo en la sexta parte del mundo, bajo la dirección del Partido Bolchevique, y el genial liberador de la humanidad camarada Stalin, evidenciada ahora en el fuego



de la gran guerra contra la Alemania hitlerina, demuestran que no hay ideología revolucionario proletaria fuera del marxismo-leninismo.

Del mismo modo, la lucha heroica de la J. S. U., las pruebas de heroísmo, capacidad y experiencia dadas por nuestra Federación, sus militantes y sus cuadros, han influido también poderosamente en esta evolución. Los jóvenes libertarios se liberan de las concepciones ideológicas erróneas que durante el pasado, esterilizaron muchos de sus nobles y abnegados esfuerzos revolucionarios y buscan en la unidad con la J. S. U. el camino del derecho, el camino de las luchas victoriosas.

Estos datos que vienen del país, demuestran también que la experiencia ha hecho comprender a muchos jóvenes republicanos, parte del pueblo trabajador, que ganan su vida con su propio trabajo intelectual o de otro género, que su suerte está ligada a la de la juventud obrera, y tratan de estrechar la unidad con ésta, no vacilando, incluso, a marchar dentro de la misma organización.

Fuerzas nuevas, de los jóvenes que han crecido bajo el fascismo se suman también a la lucha.

¡Es evidente que el camino para la unidad más amplia de toda la juventud trabajadora en una sola organización está abierto! ¡Comencemos a marchar por él, con tenacidad y energía, y a la cabeza de todos abriendo el paso, los jóvenes socialistas unificados! ¡Ir hacia ese fin, hacia la unificación de la totalidad de la juventud trabajadora, ni demasiado deprisa, para no tropezar, ni demasiado despacio, para no quedarnos atrás! En la lucha por este fin, no olvidaremos jamás, que la cuestión inmediata principal, que se presenta delante de todos hoy, es desencadenar la lucha contra el franquismo y su política de guerra y entrega a Hitler, apoyándola en una amplia y fuerte Alianza Nacional de la Juventud.

¿Quiéreme esto decir que todo va a ser fácil en la lucha por la unidad? ¿Quiéreme decir que ya no tendremos dificultades incluso para la unidad interna de la J. S. U.? De ninguna manera. Es en el curso de la lucha contra el franquismo, para hacer de 1942 el año de la victoria, que la unidad irá desarrollándose, y estas son luchas duras y difíciles que están poniendo a prueba y lo pondrán aún más el temple de la juventud.

El fascismo no cede el campo por las buenas. Tampoco renunciará a mover sus agentes para dificultar, e impedir si puede la unidad de las fuerzas del pueblo y de la juventud. El fascismo asigna esta tarea particularmente a los perros sarnosos del trotskismo, los Gorkin y compañía, que tratan de sembrar su veneno en el campo de la juventud antifascista, intentando engañar algunos jóvenes que se mueven dentro de una gran confusión, que buscan el camino justo de la lucha revolucionaria y que aun no lo encuentran, y que están propensos a caer, por su desorientación, en las manos de esos taimados espías y quintacolumnistas. Nuestro deber es desenmascarar a estos repulsivos agentes hitlerianos, y prestar nuestra ayuda y colaboración fraternal a todos aquellos jóvenes que en el campo antifascista y revolucionario tienen confusión, pero buscan honradamente el camino justo.

Al mismo tiempo que realizamos una gran labor de esclarecimiento de los fines y objetivos de la Alianza Nacional de la Juventud, los jóvenes socialistas unificados no debemos descuidar ni un minuto el estudio del marxismo-leninismo-stalinismo, y divulgar las obras de nuestros maestros, principalmente de Lenin y Stalin, entre los jóvenes trabajadores de otras organizaciones, ayudándolas en su estudio y facilitándoles de este modo el orientarse y encontrar el camino justo de la lucha revolucionaria, que buscan con afán.

La J. S. U. por su mayor comprensión y experiencia, está en el deber de mostrar a la juventud trabajadora el camino de su completa unificación, el camino del triunfo y la victoria.

Marchando por esta vía seremos dignos de los consejos y las enseñanzas que nos



legó José Díaz. El fué quien nos mostró hace tiempo el camino de la lucha por una sola organización de los jóvenes trabajadores, él insistió mil veces en la necesidad de que construyésemos una Alianza Nacional de la Juventud, para ayudar a nuestro pueblo a reconquistar la libertad e independencia de España.

"Si el porvenir pertenece a la Juventud —decía José Díaz— ésta tiene el deber de luchar sin descanso por él. No hay que dudar que de esta lucha depende, que la nueva generación pueda vivir feliz en el regazo de un pueblo libre, culto y sin hambre, o en las negruras de un régimen fascista basado en los privilegios de casta, la miseria y el dolor de pueblo trabajador".

José Díaz nos enseña a marchar adelante, en la lucha por nuestro porvenir, nos enseñaba a no repetirnos mecánicamente, a no estancarnos, a no estar repitiendo siempre las mismas fórmulas.

Para marchar adelante necesitamos una unidad mayor, necesitamos en primer término una gran Alianza Nacional de la Juventud patriótica, necesitamos también avanzar hacia una mayor y más amplia unidad de acción y orgánica de la juventud trabajadora.

El clarín de la batalla suena de nuevo para los jóvenes españoles. ¡Vayamos unidos a la lucha, en España y en la emigración! ¡Ayudemos con nuestro esfuerzo al Ejército Rojo.

¡Vengamos la muerte prematura de nuestro mejor amigo, guía y maestro José Díaz, destrozando con nuestros puños, el régimen traidor y criminal de la Falange!

Al levantar sus banderas enlutadas por la muerte de este gran hombre, de este gran conductor del pueblo español, la juventud promete seguir adelante en la lucha, por impedir que un millón de españoles mueran por Hitler; por hacer de 1942 el año de la victoria sobre el franquismo.

¡Adelante por una gran Alianza Nacional de los jóvenes patriotas dispuestos a salvar la independencia y la libertad de España!

¡Adelante por el reforzamiento y ampliación de la J. S. U., por la unidad de las más amplias masas de la juventud trabajadora en su organización de combate!

